This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

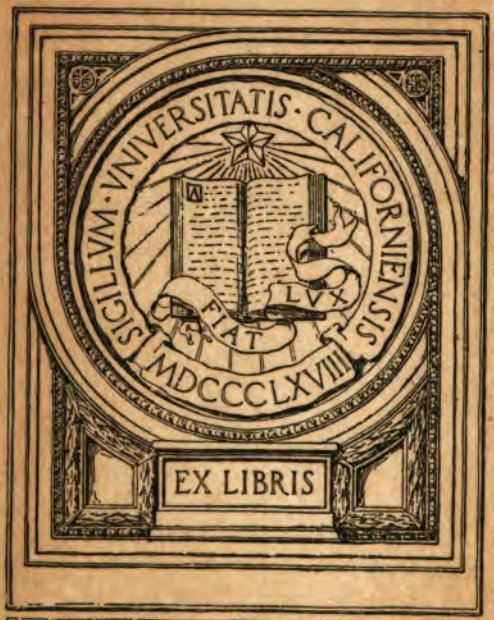
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



788
S112

REPÚBLICA LITERARIA

Y

DIALOGO

DE LAS LOCURAS

DE EUROPA.

POR

DON DIEGO SAAVEDRA FAJARDO,
CABALLERO DEL ÓRDEN DE SANTIAGO, DEL CONSEJO DE S. M. EN EL SUPREMO DE LAS INDIAS, Y SU EMBAJADOR PLENIPOTENCIARIO EN LOS TRECE CANTONES, EN LA DIETA IMPERIAL DE RATISBONA POR EL CÍRCULO Y CASA DE BORGOÑA, Y EN EL CONGRESO DE MUNSTER PARA LA PAZ GENERAL.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE GARCÍA.
1819.

Con este tomo y los tres de las Empresas Políticas *impresas en igual tamaño, se completa una selecta coleccion de las obras mas preciosas del autor.*

A. G. Cabrian

NOTICIA
DE LA VIDA Y ESCRITOS
DE
D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

Don Diego Saavedra Fajardo nació el dia 6 de mayo de 1584 en Algezares, lugar del reyno de Murcia, en el obispado de Cartagena. Fue hijo de Don Pedro Saavedra y de Doña Fabiana Fajardo: fue bautizado por el cura de aquèl pueblo Don Diego de Vinuesa, siendo padrinos Don Gabriel Dávalos con su muger Doña Blanca (1). En la Biblioteca de Don Nicolás Antonio, y en

(1) Así consta de su fe de bautismo, dada por el Párroco D. Juan Lopez Bueno en 27 de julio de 1787.

*

S
471040

su epitáfio, que existe en el convento de religiosos Agustinos Recoletos de Madrid, se le llama murciano, sin duda porque la familia de Saavedra y los padres de Don Diego estaban avecindados en la ciudad de Murcia.

Así parece por lo que dice el Licenciado Cascales en sus Discursos históricos de la ciudad y reyno de Murcia. En el diez y nueve, que trata de los linages, expresa que los Saavedras descienden de Galicia: que habia de ellos muy principales caballeros en Sevilla, Córdoba y en otras partes: que de la misma casa son los condes del Castellar y los Saavedras de Murcia.

„El primero, dice Cascales, que „vino á esta ciudad fue Alfonso Fer„nandez de Saavedra el año de 1330, y „vino por Adelantado de este reyno „despues de haberlo sido Pero Lopez

»Ayala. Tienen estos caballeros Saave-
»dras capilla y asiento en la Iglesia
»Parroquial de san Pedro, fundada por
»Gonzalo de Saavedra, caballero de la
»órden de san Juan, y Comendador
»que fue de la villa de Calasparra: vi-
»ven hoy de este apellido Don Pedro
»de Saavedra, casado con Doña Fa-
»biana Fajardo, descendiente de Pero
»Lopez Fajardo, Comendador que fue
»de la villa de Caravaca, y de Doña
»Mencía Lopez de Ayala: tienen por
»hijos á Don Pedro de Saavedra, que
»casó con Doña Eusebia Perez, ma-
»yorazgo de esta casa, y á Don Juan de
»Saavedra, Regidor de esta ciudad, que
»ha casado dos veces... y á Doña Cos-
»tanza Fajardo, que casó con Don Al-
»fonso de Leiva, y á Don Sebastian de
»Saavedra, que está por casar, y al
»*Doctor Don Diego de Saavedra, Ca-*

»*nónigo de la santa Iglesia de Santiago*, »que sin esta posee otras Prebendas bien »merecidas por ser un excelente suge»to, muy versado en ambos Derechos »Cesáreo y Pontificio, docto en la len»gua francesa y latina, buen matemá»tico, singular en letras de humanidad, »y general en todas ciencias."

Estudió Don Diego de Saavedra la Jurisprudencia en la Universidad de Salamanca; y por los años de 1606, siendo de veinte y dos años, pasó á Roma en calidad de familiar y secretario de la cifra del Cardenal Don Gaspar de Borja, embajador de España en aquella Corte. Desde luego principió á distinguirse por su inteligencia, discrecion, actividad y zelo en los intereses de la Corona; y al principio del año de 1607 le condecoró el Rey Don Felipe III con hábito de caballero en la órden

de Santiago. El año de 1617 obtuvo Canongía de la metropolitana de Santiago; que disfrutó seis años, siempre ausente en importantes comisiones y servicio del Estado. Acompañó al Cardenal con el mismo destino cuando pasó al Virreynato de Nápoles, y le sirvió en los Cónclaves de los años de 1621 y 1623; en que fueron electos los Papas Gregorio XV y Urbano VIII.

Sirvió tambien en Roma con mucha aceptacion la Agencia general de España (1), y en el reynado de Don Felipe IV fue nombrado Secretario del Rey; y con este carácter desempeñó gravísimas comisiones en varias Cortes. El mismo declara cuáles fueron estas en sus *Empresas políticas*, obra insigne que dedicó al Príncipe de Asturias Don Bal-

(1) Así lo refiere Don Nicolás Antonio en su Biblioteca.

tasar Cárlos. En la empresa que sirve de prólogo dice: que en la trabajosa ociosidad de sus continuos viages por Alemania, y por otras provincias, pensó en dar la idea de un Príncipe político cristiano en cien empresas, escribiendo en las posadas lo que habia discurrido por el camino: que al fin publicaba su libro, "porque no se perdiesen, »dice, las experiencias adquiridas en »treinta y cuatro años, que despues de »cinco en los estudios de la Universi»dad de Salamanca, habia empleado »en las Cortes principales de Europa, »siempre ocupado en los negocios pú»blicos, habiendo asistido en Roma á »dos Cónclaves: en Ratisbona á un con»vento Electoral, en que fue elegido »Rey de Romanos el presente Empera»dor: en los Cantones esguízaros á ocho »Dietas, y últimamente á la Dieta ge-

»neral del Imperio, siendo Plenipoten-
»ciario de la Serenísima casa y círculo
»de Borgoña."

Por su epitafio se sabe ademas que residió con carácter de ministro de España en la Corte de Babiera: que desempeñó este encargo con el decoro correspondiente á la magestad del Monarca á quien representaba. Expresa tambien que fue enviado por la Dieta de Ratisbona á S. M. I., y otra vez á los Cantones suizos.

Esto es cuanto se sabe de sus ministerios y de su persona hasta el año cuarenta de su siglo, y cincuenta y seis de su edad, en que principió á ser célebre por sus obras literarias.

Sus *Empresas políticas* son de lo mas docto y excelente que se conoce en este género de literatura, y se han

hecho de ellas varias reimpresiones y traducciones en latin y toscano. Nuestro crítico Don Nicolás Antonio las llama *trabajo limado por las nueve Musas.* Se publicó esta obra la primera vez en Mónaco el año de 1640, en cuarto, y se reimprimió en Milan en 1642 corregida y aumentada considerablemente por el autor.

El año de 1643 fue nombrado uno de los Plenipotenciarios de España al Congreso de Munster y de Osnabruk en Westfalia, para la paz general de Europa, fatigada y empobrecida de tan largas guerras. A su ida al Congreso enfermó de grave dolencia en Bruselas, y allí le asistió el docto Juan Jacobo Chiflet, Protomédico del Rey Don Felipe IV, y de la Archiduquesa Isabel, Gobernadora de los Paises Bajos; y en esta ocasion exhortó al sabio Chiflet á

que publicase su obra intitulada: *Vindictiæ Hispanicæ*, como el mismo escritor lo dice en la prefaccion de su erudíta obra. Al fin del referido año, ya convalecido, llegó al Congreso importantísimo, que produjo despues de mucho tiempo y dificultades de encontrados intereses políticos la célebre paz de Westfalia, aunque nuestro Saavedra se retiró antes de la conclusion de ella, esto es, el año de 1646.

En la ociosidad que á su pesar le ofrecian las dilaciones del Congreso, publicó su historia intitulada: *Corona Gótica castellana y Austriaca*, impresa en Munster el año de 1646: obra que tambien dedicó al Príncipe de Asturias Don Baltasar Cárlos. De esta obra publicó Saavedra la primera parte; y aunque parece que tenia escrita la segunda, que contenia la historia de los Reyes de

una habitacion, que actualmente es parte de la celda Prioral. El sepulcro de marmol existe allí, siendo en verdad mas apreciable por la memoria que conserva de este insigne español, que por el mérito artístico ni por la elegancia del epitafio.

Cuanto puede decirse del mérito literario de Don Diego de Saavedra, ha de ceñirse á la erudicion y buena crítica que manifestó en su obra intitulada: *República literaria*; pero por desgracia esta obra no la publicó su autor, ni consta que la hubiese acabado y perfeccionado como convenia para darla á la estampa, y que correspondiese á las erudítas ideas con que la concibió. Se publicó siete años despues de su fallecimiento, con este título: *Juicio de artes y ciencias. Su autor Don Claudio Antonio de Cabrera. Sácale á*

la comun censura Don Melchor de Fonseca y Almeida, en Madrid por Julian de Paredes, año de 1655, en octavo. El nombre del autor es supuesto y desconocido en aquel tiempo, así del editor Don Melchor de Fonseca, como de los aprobantes, pues aseguraron que no tenian noticia alguna del verdadero autor de la obra. Tambien lo ignoró Don Nicolás Antonio en su Biblioteca, pues nada dice de ella. Algunos años despues, esto es, en 1670, se publicó en Alcalá de Henares como nueva é inedita por Don Josef de Salinas, dignidad de Tesorero de la Magistral de Alcalá, con este título: *República literaria. Escribióla Don Diego de Saavedra Fajardo.* Del prólogo de esta edicion que compuso el Dr. Don Francisco de Porres, Canónigo de la Magistral y catedrático de griego en la

referida Universidad de Alcalá, se sabe la procedencia y legitimidad de la copia manuscrita de este trabajo del señor Saavedra, disipando cuantas dudas pudiera producir el título apócrifo de la primera edicion, y la variedad que ofrece el mas propio y acomodado de la segunda. Todo lo que pudiéramos decir de esta obra, que ahora se reimprime con mucho esmero, se leerá con mas gusto en el prólogo y discurso que acompañan del erudito Don Gregorio Mayans y Siscar, promovedor infatigable de la fama de nuestros literatos, y apasionadísimo de nuestro autor.

Se atribuye tambien á Don Diego de Saavedra un elegante diálogo de Mercurio y Luciano, intitulado: *Locuras de Europa*; y así por la pureza y facilidad de la locucion, como por la viva y exacta

pintura del estado de las cosas é intereses de las potencias européas, y en suma por el genio y filosofía que reina en esta obrita, parece que no sin razon se le atribuye. Nada se sabia de la existencia de este diálogo, ni aun el diligentísimo señor Mayans tuvo noticia de él, hasta que le publicó Don Antonio Valladares en el tomo VI de su Semanario erudíto el año de 1787. Publicóle como inédito por una copia manuscrita que le franqueó generosamente el Excmo. Sr. Duque de Hijar; pero por una feliz casualidad vino á nuestras manos un ejemplar impreso en 1748 en octavo, sin expresar el lugar de la impresion, que sin duda es extrangera, y al parecer de Amberes ó Bruselas, y en ella se atribuye el diálogo á Don Diego de Saavedra. El contexto apenas difiere del publicado por el señor

Valladares: sin embargo se conoce que proceden de dos copias diferentes, y de la comparacion de ambas resultan algunas correcciones de importancia en una y otra, que no carecen de descuidos.

Todo esto ha contribuido á que esta nuestra edicion sea mas correcta y digna del aprecio del público, que ha sido nuestro especial intento.

PROLOGO

DE DON GREGORIO MAYANS Y SISCAR, puesto en la reimpresion de la República literaria, *hecha en Madrid el año de* 1735.

Este es uno de los libros que necesitan de prólogo, no para grangear la benevolencia de algunos lectores (diligencia ociosa, de que los juiciosos se rien) sino para dar á entender quién es el autor verdadero; porque es muy justo que se sepa á cuyos desvelos debemos tan ilustre obra para corresponder á su trabajo con las debidas alabanzas. En el año de 1655 publicó este libro en Madrid Don Melchor de Fonseca y Almeida con el siguiente título: *Juicio de artes y ciencias. Su autor Don Claudio Antonio de Cabrera.* Habíale comuni-

cado á Don Melchor Don Gaspar de Seijas Vasconcelos, caballero del hábito de Cristo, de quien hace honrosa memoria Don Nicolás Antonio en su nunca bastantemente alabada *Bibliotheca Hispana.* Los aprobantes, que fueron Don Agustin de Caravajal, y el Padre Fr. Diego Niseno, célebre varon en aquellos tiempos, aseguraron que no se tenia noticia del verdadero autor. Lo mismo protestó Don Gaspar de Seijas Vasconcelos en una prefacion que hizo en aquella primera impresion. Y así el nombre de Don Claudio Antonio de Cabrera fue supuesto. Quince años despues, en el de 1670, no sabiendo que dicha obra hubiese salido á luz, la publicó como nueva en Alcalá Don Josef de Salinas, Dignidad de Tesorero de aquella santa Iglesia Magistral. La dió á la estampa con este otro título: *República*

literaria. Escribiola Don Diego de Saavedra Fajardo, caballero del Orden de Santiago, &c. De lo referido pues podrian nacer dos dudas. Una sobre el título, ¿cuál debe ser? Otra sobre el autor, ¿si fue Don Diego ó no? Si el muy erudíto Don Nicolás Antonio hubiera sabido esto é interpuesto su juicio, nos hubiera librado (segun era su crítica) de exponer el nuestro. Pero sin embargo una y otra duda tienen muy facil decision. No se puede negar que en este libro se hace juicio de artes y ciencias. Pero tambien es cierto que en todo él se describe una ciudad, la cual Marco Varron, el que se ofreció á mostrar lo mas curioso de ella, dice que es la *República literaria*: título que comprehende y declara mucho mejor la idea del libro, en que apenas hay hoja donde no leamos *República, ciudad y ciudada-*

nos. Debiendo pues el título convenir á la obra lo mas que pueda, debe preferirse este último como el que mejor denota la alegoría que en toda ella se sigue y el fin del libro, qué es enseñar cuáles han sido los mas excelentes profesores de las siete artes liberales en todos los siglos. Con razon pues se ha seguido este título en tan repetidas impresiones como hasta hoy se han hecho de este libro, así en España como fuera de ella. En lo que toca al autor hay irrefragables testimonios para afirmar que fue Don Diego Saavedra. Este ilustrísimo varon empezó el prólogo de su *Corona Gótica*, diciendo así: "Pudiera, ó lector, entretenerte con obra de »mas novedad y mas estudio que esta." ¿Pues qué mayor novedad que una invencion fabricada de muchas verdades, que aún despues de la ficcion siempre

quedan las mismas? ¿Qué mayor estudio que una exactísima crítica sobre los autores mas clásicos de las siete artes liberales, y una curiosa informacion de los mas ilustres profesores de las subalternas á ellas? Fuera de que el mismo Don Diego hablando del censor que reveía los libros de política, viendo que algunos se arrojaban al fuego, dice de sí modestamente: "Algo me encogí te»miendo aquel rigor en mis *Empresas* »*políticas*, aunque las habia consultado »con la piedad y con la razon y jus»ticia." Pudiera alguno responder que esto es añadido, pues no se lee en la primera impresion; pero yo le diría, ¿y por qué en la primera no pudo omitirse, como otras muchas cláusulas, ó por malicia ó por descuido? ¿Por qué aquella copia no pudo serlo de algun borrador antiguo de Don Diego, algo dimi-

nuto, ó de otra copia poco fiel? Y esto último es para mí lo mas cierto. Fuera de que en caso de duda, ¿quién ignora que se debe mas fe al testimonio positivo que al negativo? Asegura el Doctor Don Francisco Ignacio de Porres en la prefacion que hizo á la segunda impresion de este libro, que el Eminentísimo Cardenal Don Antonio de Aragon mandó sacar una copia del mismo original de Don Diego, y que de aquella copia fue traslado fiel el que despues publicó Don Josef de Salinas su Bibliotecario. ¿Pues quién puede ya dudar si fue Don Diego el autor? ¿Pero qué mas prueba que el mismo estilo? Prueba, que cuanto parece menos eficaz á los ignorantes, tanto mas fuerte es para los que tinen juicio y han leido algo. La eleccion de voces, el modo de colocarlas, y el cortesano ayre de decir

en este librito es el mismo que el de la *Corona Gótica*, y aún hay muchas cláusulas que se leen enteras en las *Empresas políticas*. Pues el autor de la República no da sospechas de copiar á la letra á otro contemporáneo suyo; y no es cosa vergonzosa que uno se copie á sí propio tal cual vez. Pudiera yo probar esto muy por menor. Pero eso sería hacer otro libro. Basta apuntarlo para que tengas el gusto de observarlo por tí. Lee y coteja, y creerás lo que digo. Y si con todo eso no te dieres por convencido mueve pleito á Don Diego. El tiene en su favor una posesion sexagenaria y muy pacífica. Prosiguiendo yo mi prólogo tengo aún que añadir, que como esta obra es póstuma, se ha publicado siempre con muchísimos yerros, que sin duda alguna tenian las dos copias que sirvieron de original á las dos pri-

meras impresiones; cuyas varias lecturas he procurado cotejar con alguna diligencia, eligiendo siempre la mejor, y atendiendo á un mismo tiempo á las fuentes donde bebió Don Diego, que son los mismos autores que aquí celebra. Fuera de esto, por no haber dado el autor á esta obra la última mano, y por consiguiente no haberla sujetado á la juiciosa censura de algun buen amigo, como prudentemente lo solía practicar, segun me acuerdo haberlo leido en Don Josef Pellicer, habia en ella tambien tal cual gentilismo que se le pegó á Don Diego de la leccion de los poetas, y excedia los límites de una permitida ficcion; y particularmente habia algunos errores de Platon, que en la boca de éste, como de un gentil, se pudieran tolerar; pero no en la de Don Diego siendo católico. Por esta causa en el año de

mil setecientos y treinta, con ocasion de haber aconsejado á un librero que hiciese reimprimir en Valencia la *República literaria*, le dí la referida copia escrita de mi mano, en la cual ademas de haber enmendado los muchos defectos, así de la imprenta como de los traslados que sirvieron de originales en las dos primeras impresiones, sin menoscabo del sentido, y con la nota de los puntos puestos á lo largo, que son indicio de que falta algo, quité los gentilismos que Don Diego habia puesto en su persona, no advirtiendo que eran opuestos á los dogmas del cristianismo. Accidentes á que estan expuestas las obras póstumas, si quien las publíca ó aprueba no entiende lo que lee, y deja de usar la prudente diligencia de que tal vez usaría el autor, sujetando su obra á la censura de algun hombre sabio.

Tengo por cierto que si viviese Don Diego me agradecería mucho este buen oficio. Protesto que es hijo de la aficion que le profeso mucho tiempo há; la cual quise manifestar en el Discurso que publiqué en elogio suyo diez años há, á los veinte y cinco de mi edad. Deseaba yo entonces ejercitar mi pluma: vínome á la imaginacion ensayarme á crítico. Rebocé mi juicio con la aparente capa de aquel Discurso, haciendo como quien tomaba por asunto alabar á Don Diego Saavedra, cuyas obras son tan justamente celebradas. Sucedióme entonces lo que á Terencio en su *Hecira*. Como la mayor parte de los lectores es aficionada á ingenios volatines, y gusta de ver las pruebas que se hacen, no ya sobre maromas, sino sobre hilos de arañas, fueron poquísimos los que se detuvieron en mi Discurso. Mas esto no im-

pide que habiéndose hecho raro, y deseando algunos leerle, permita yo que se repita su impresion por no dar lugar á nuevas instancias: aunque yo mas quisiera dilatarlo hasta que saliesen juntas mis oraciones, para que la misma variedad de los asuntos previniese alguna disculpa á mis errores. Pero pues escusas largas no satisfacen á muchos, entretanto sirva mi Discurso de introduccion á la *República literaria.* Bien que considero preciso advertir aquí que el impresor Josef Gramiñani hizo en Palermo en el año de mil setecientos una impresion en cuarto de la *República lituraria*: impresion que él llamó segunda, teniendo falsamente por primera la única que él habia visto de Amberes del año de mil seiscientos setenta y siete, fingiendo haberse impreso en Alcalá. Y lo peor es que ofreciendo la suya

mejorada de muchos errores, quitó y añadió con disimulado atrevimiento lo que se le antojó, sin juicio y sin arte. Esto tenia que prevenirte. No quiero cansarte mas, ni quitarte el tiempo, que estará mejor empleado leyendo la *República*. Dios te guarde.

DISCURSO

DE DON GREGORIO MAYANS

EN ELOGIO

DE DON DIEGO SAAVEDRA.

Considerando yo con atencion que el mejor maestro que he logrado para aprender la propiedad y grandeza de la lengua castellana ha sido y es el excelentísimo escritor Don Diego Saavedra Fajardo, y que á la frecuente leccion de sus limadísimos escritos debo este mi estilo (tal cual sea) he juzgado que no puedo desempeñar mejor mi gratitud que dando al mundo un testimonio público del alto aprecio que formo de sus inmortales obras: no por entender que necesita de que yo le alabe, sino porque habiendo sido Don Diego el es-

pañol que con pluma mas airosa y con mayor destreza ha procurado copiar muy vivamente aquella idea perfecta de la pureza y magestad de esta lengua nobilísima, será obsequio debido á su venerable memoria ver si puedo aficionar á su provechosa y dulce leccion á los que viven hoy gustosamente enagenados con el embeleso falso de una locuacidad inútil, hipócritamente suave y harmoniosamente lisongera de tantos y tan incautos oidos. La dificultad está en que todos quieren ser árbitros de la lengua castellana, sin advertir que es difícil el poder determinar aquella tan delicada perfeccion, que recatándose tanto de la inteligencia ordinaria, llega á estado de desaparecerse á los entendimientos comunes. Fuera de esto la variedad de los genios suele inclinar á los lectores á que celebren mas un es-

tilo que otro, porque en aquel encuentran su congenial carácter y no en este. Aman unos el estilo que solo brilla por el exterior artificio como piedra falsa. Aprecian otros (con mas razon) el que sin apariencia alguna, cual ruda concha, contiene mucho valor por lo que en sí oculta. El cuerdo juez de los estilos prefiere aquel que como inestimable diamante tiene muy altos fondos de juicio, y está tambien artificiosamente pulido con primorosa destreza.

Tal es el que Don Diego usó en todas sus obras; pues se descubre en ellas un maravilloso juicio esquisitamente perfeccionado con una constante aplicacion, observacion atenta, sagaz industria y diligencia suma. Voy á decir una verdad; y para que no sea odiosa á los que hoy ennoblecen el lenguage español con singular elocuencia, preven-

go antes que sin atreverme á defraudarlos de su merecido aplauso, únicamente hablaré de los que ya murieron, pero de tal suerte que aún viven por sus eternas obras. Digo pues que Don Diego Saavedra debe tener en España lugar muy eminente entre los escritores elocuentes de primera clase.

No quisieran oirme los que no siendo capaces de discernir el estilo que se debe á cada especie de asunto, no proporcionan su juicio al argumento propio, sino que pretenden arrastrar la materia al genio suyo. Pero pues ellos sienten lo que quieren, permítanme que yo diga lo que juzgo: que no ha de ser menos benemérito de libertad mi juicio que su mero antojo.

Cuando con atencion leo las *Empresas políticas*, y me representa la memoria á los que sobre tales asuntos

he leido, ninguno encuentro entre los nuestros que igualmente feliz haya llenado tanto el estilo filosófico: aquel estilo digo con que se debe tratar la filosofia moral, de quien es la política muy ilustre parte. Así vemos que su decir es alto y sublime como el de Cornelio Tácito: tan frecuente en las sentencias como el de Lucio Séneca: breve como el de Cayo Salustio: libre como el de Suetonio Tranquilo; y que á imitacion del de Marco Tulio toma prestada de la oratoria la conveniente vehemencia y eficacia, y á un mismo tiempo hermosea la sequedad del asunto con la deleitable amenidad de la erudicion y composicion dulce. Nada vemos escrito con precipitacion de ánimo. Todo arguye un juicio sumo. Todo lo apoya con razon. O con infame rebeldía hemos de negar que la

conocemos, ó ceder á ella. Tal es el nervio y energía.

Pero lo sumo es, que levantandose Don Diego sobre toda humana política, á cada paso se vale de los irrefragables testimonios, y segurísimos egemplos de las sagradas letras; porque (como él mismo dice con el Rey David) (1) "la política que ha pasado por su crisol, es plata siete veces purgada, y refinada al fuego de la verdad. ¿Para qué tener por maestros á un éthnico ó á un impío, si se puede al Espíritu Santo?"

Fuera de esto es cosa muy digna de admirar, que estando compuesta toda esta obra de sentencias y máximas de estado, que son las piedras cuadradas sobre que firmemente se levantan

(1) En el prólogo de las Empresas políticas, Psalmo 11. verso 7.

los edificios políticos, no se colocan acaso sino con mucha órden, y permanente y hermosa trabazon. No diria de las *Empresas* el Emperador Calígula, que son cal sin arena (2): porque en ellas las sentencias (como Don Diego dice (3) y es así) "no van sueltas, sino atadas al discurso, y aplicadas al caso, por huir del peligro de los preceptos universales." Lograba esto Don Diego haciendo suyas las sentencias con el cocimiento y hervor de una larga meditacion, al modo que las solícitas abejas van cociendo en su estómago aquellos varios licores que han chupado de diferentes yerbas, hasta que convertidos en nueva sustancia toman el debido punto de una miel dulcísima. De aquí infiero que aunque Don

(2) Suetonius in Calígula cap. 53.
(3) En el prólogo de las Empresas políticas.

Diego dice (4) (y lo debemos creer) que en la trabajosa ociosidad de sus contínuos viages pensó en aquellas *Empresas* que forman la idea de un Príncipe político cristiano, escribiendo en las posadas lo que habia discurrido consigo por el camino, cuando la correspondencia ordinaria de despachos con el señor Don Felipe IV y con sus ministros, y los demas negocios públicos que estaban á su cargo, daban algun espacio de tiempo; sin embargo despues añadia larga y fastidiosa diligencia para la juiciosa eleccion de los mas ilustres ejemplos de la antigua y moderna edad, para la viva espresion de las sentencias, para la colocacion ordenada y contestura lisa, para hermosear y perfeccionar el estilo. Ni podia ser de otro modo; porque aquella al-

(4) En el principio del prólogo.

ta prudencia en dirigir por las sendas de la razon natural y política al entendimiento humano: aquellas sentencias tan eficazmente penetrantes: aquellos ejemplos tan oportunos: aquella erudicion tan puntual y vária: aquella grandeza, magestad, hermosura y aire de estilo, estan arguyendo un ánimo tranquilo, que desprendido de todo pensamiento llega á elevarse sobre sí, intentando solo trasladar al papel una elegantísima copia de la razon natural, siempre honesta, siempre recta y constantísimamente digna de ser seguida. Por esta causa cada sentencia es un oráculo: cada periodo un texto de la mas segura política, y todo el libro un manual muy útil para Príncipes, ministros, cortesanos y cualquiera hombre de mediana razon; ó por mejor decir, una fiel aguja de marear que señala el nor-

te del acierto humano con tantos rumbos como letras.

Considerando esto muchas veces, seriamente creo que la naturaleza y arte se unieron para conseguir hacer el mayor milagro de la política práctica que se podia idear; ó por mejor decir, me parece que fue necesario que precediesen tan excelentes maestros de la política como el mundo ha tenido, para que Don Diego, que en su capacísimo talento abrevió su doctrina, fuese un oráculo perpétuo de todos ellos. Así vemos que por su pluma se esplican con felicidad nueva y admirable los mayores políticos. En todas sus *Empresas* se muestra un segundo Genofonte, proponiendo la idea de un Príncipe político cristiano: un divino Platon, manifestando practicable el gobierno de una república sábiamente or-

denada: un Aristóteles perspicacísimo, que deriva siempre de la razon natural el justo regimiento de las familias, ciudades, repúblicas y monarquías: un Salustio prudentísimo, no ya instruyendo á Julio Cesar para poder establecer el Imperio usurpado, sino á todos los Príncipes legítimos que son y serán para reinar justísima y clementísimamente: un Lucio Séneca juiciosísimo, que para domesticar y reducir á mansedumbre tantos leones coronados, les va infundiendo con encubierto halago un alto amor de la piedad y clemencia; y por fin parece un cristiano Tácito que con altísimo juicio ha reducido la política á una piadosa arte. De los documentos y sentencias de aquel gran político formó Don Diego la mayor parte de sus *Empresas*, para que cualquiera Príncipe sin ofensa del pie

coja sus flores trasplantadas allí, y preservadas del veneno, y espinas que tienen algunas en su terreno nativo, y les añadió la malicia de estos tiempos.

Todo esto que he dicho se encamina solo á manifestar los fondos de las *Empresas políticas*. Veamos ahora qué consiguió Don Diego en el lenguage español; y para mejor declararme permitid, señores, que renueve yo en vuestra memoria el infeliz estado en que antiguamente yacía feísimamente desaliñado este mismo idioma, aun habiendo en España eruditísimos hombres.

Tiempo hubo en que constantemente se creía que no era capaz la lengua castellana de perfecta elocuencia. Veían los críticos que muchos españoles que en latin habian hablado elocuentísimamente, no lo habian conseguido en su propia lengua. Intentábanlo muchos, pe-

ro vanamente. Esto dió motivo de prorrumpir en justas quejas al ilustrísimo español y excelentísimo poeta Garci-Laso de la Vega. "Yo no sé (decia) (5) »qué desventura ha sido siempre la nues»tra, que apénas ha nadie escrito en »nuestra lengua, sino lo que se pu»diera muy bien escusar; aunque esto »sería malo de probar con los que traen »entre las manos esos libros que ma»tan hombres." Decia Ambrosio de Morales, hombre de gran juicio, que una de las causas por que muchos no acertaban á escribir en español, era porque »faltaban en nuestra lengua buenos ejem»plos del bien hablar en los libros, que »es la mayor ayuda que puede haber »para perfeccionarse un lenguage; y »donde falta el arte, la imitacion con

(5) En la carta á la muy magnífica Señora Doña Gerónima Palova y Almogavar.

»los buenos dechados alcanza mucho;
»y la excelencia y la gloria de los que
»parecen tales, que deban ser seguidos,
»incita y enciende á los otros para tra-
»bajar de hacerse semejantes, y mere-
»cer ser como ellos alabados. ¿Quién no
»entiende que es gran pobreza que ca-
»si no haya habido en España hasta
»ahora alguna buena escritura, cuyo
»estilo ó género de decir pudiese uno
»seguirlo para emendar su habla, con
»seguridad que cuando lo oviese saca-
»do bien al natural, habria mejorado
»su lenguage? ¿Quién podría señalar
»muchos libros castellanos con confian-
»za que leidos y imitados se alcanza-
»ría perfeccion, ó señalada y conoci-
»da mejoría en el uso de nuestra len-
»gua? Bien entiendo la respuesta, y
»bien veo que se me podría dar en los
»ojos con algunos libros que de algu-

»nos años á esta parte se leen con gran »de aprobacion del pueblo, que los es»tima por muy elegantes. Mas yo ha»blo con los doctos, y con los buenos »juicios que tienen muy vista esta fal»ta, y por muy justa esta queja; y no »hago caso de gente vulgar que estima »y aprecia algunos estilos por su gusto, »lo cual basta para que no se tengan »por buenos." Así justísimamente se quejaba Ambrosio de Morales en el juicioso y erudito prólogo que hizo á las doctísimas obras póstumas de su sapientísimo tio el Maestro Fernan Perez de Oliva; y para mayor apoyo de tan severa queja advierto que luego exceptúa de ella al nobilísimo poeta Garcilaso de la Vega, á quien llama *luz muy esclarecida de nuestra nacion*, añadiendo "que ya no se contentan sus »obras con ganar la victoria y el des-

»pojo de la Toscana, sino con lo me-
»jor de lo latino traen la competencia,
»y no menos que con lo muy precioso
»de Virgilio y Horacio se enriquecen."
Es tambien muy digno de notarse que aun en aquel tiempo no se habia impreso, sí bien andaba frecuente entre curiosas manos, la guerra de Granada que escribió con delgadísima pluma Don Diego Hurtado de Mendoza, español Cipion, cuyos ocios militares fueron mucho mas útiles á la República literaria que los de cualquier otro que en España se hubiese enteramente entregado á la perfeccion del lenguage.

Parece que á la voz y exhortacion de Ambrosio de Morales se animaron luego algunos grandes ingenios, que teniendo por inutil la flojedad antígua, intentaron hablar nerviosamente.

Es deudora España de inmortales

alabanzas al Venerable P. Fr. Luis de Granada, que fue el primero que con leccion vastísima, diligencia suma y ardentísimo deseo de persuadir la virtud, y desterrar el vicio, dió fuerza, eficacia y natural dulzura al lenguage español.

Siguieron luego esta robusta elocuencia en la variedad de sus escritos, el P. Pedro de Rivadeneira, varon elocuentísimo; el P. Juan de Mariana, inmortal blason de toda España; el P. Martin de Roa, varonilmente facundo; el Maestro Fr. Juan Marquez, gran benemérito de la dulzura castellana; el Obispo de Tarazona Don Frai Diego de Yepes, persona de gran saber y de gravísimo decir; Manuel de Faria y Sousa, hombre acre y de valentísimo estilo; el Licenciado Luis Muñoz, puro, suave, piadoso y eficaz;

Don Francisco de Quevedo Villegas, que así en lo serio como en lo chistoso fue, si no igual, no muy inferior á los mas célebres hombres que la antigüedad logró; y en lo que toca al estilo, tan propio y natural, que si por razon de los argumentos no hubiera afectado la vulgaridad, y por la grandeza de su ingenio la extravagancia del discurso, sería hoy el ejemplar primero de la elocuencia española.

Ya parece que me olvidaba yo del Doctor Bernardo Alderete, á cuya diligencia, erudicion y autoridad debió el lenguage español grandísima parte de sus dilatados progresos. El fue el que manifestando eruditísimamente el origen y principio de la lengua castellana, probó que era igualmente capaz que la latina su madre de la mayor elocuencia.

Reconocieron esta verdad algunos ingenios eminentes; y logrando entonces un Rey amante de la poética, levantaron sus voces con harmoniosos números; y de esta suerte Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, el Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja, Don Luis de Góngora y Argote, Frey Lope Felix de Vega Carpio, Don Juan de Jáuregui, Don Francisco de Quevedo Villegas, Francisco Lopez de Zárate, Don Pedro Calderon de la Barca, Don Antonio Hurtado de Mendoza, y Don Antonio de Solís, renovaron la memoria, invencion, variedad, dulzura, y acrimonia de Plauto, Terencio, Catulo, Horacio, Virgilio, Propercio, Tíbulo, Ovidio, Persio, Marcial y Juvenal, y hicieron soberbio el juicio de los oidos, que habiendo ya percibido la suavidad del número no

se sabian contentar con una cláusula proferida acaso, si no la hacia el artificio acordemente harmoniosa.

Consiguió en la prosa este singular primor con una facilidad rarísima, digna por cierto de su gran ingenio y natural facundia, el Maestro Fray Hortensio Felix Paravicino: y aquella grata novedad captó tanto los oidos que tenia suspensa de una flaca voz toda la discrecion de la Corte, pero con fruto no correspondiente á una predicacion apostólica; porque aquel estilo no tanto aprovechaba como deleytaba por su mucha agudeza y composicion artificiosa. Era ciertamente cual obra de alquimia, que si bien reluce como el oro no vale mucho; y ojalá que todos los que le siguieron despues, y aun hoy se precian de ser sus monas, tuviesen tanto ingenio, doctrina y erudi-

cion como Paravicino. La lástima es que pensando muchos imitarle (presuncion ridícula) han atendido solo al vano estrépito de ruidosas palabras, diciendo mucho, y significando nada: cosa que Marco Tulio condenó como conocido furor (6).

Miguel de Cervantes Saavedra, aunque de estilo fácil, con evidencia se conoce que trabajó muchísimo en la colocacion castellana; y he observado en sus obras que intentando imitar á los latinos hacia muy estravagante por la trasposicion el lenguage español. ¿Quién no se rie al leer? (7) "A la »cual sus querellas (cuando ocasion se

(6) Lib. 1. de Orat. cap. 27. Quid est enim tam furiosum, quam verborum, vel optimorum atque lectisimorum sonitus inanis, nulla subjecta sententia, nec sciencia?

(7) Cervantes en el libro 1.º de la Galatea.

*

»le ofrecia) declaraba... Sintió que de »unas apretadas zarzas la entristeci»da voz salia; y aunque interrota de »infinitos suspiros, entendió que es»tas tristes voces pronunciaba." No quiero pasar adelante para que nadie entienda que yo desprecio á un tan benemérito varon de la pureza castellana, de que fue gran maestro: fuera de que entiendo seriamente que en sus escritos logró (8) "que el melancólico se mueva á »risa, el risueño la acreciente, el sim»ple no se enfade, el discreto se ad»mire de la invencion, el grave no le »desprecie, ni el prudente deje de ala»barla; y que por último llevó la mi»ra puesta á derribar (y lo consiguió fe»lizmente) la máquina mal fundada de »caballerescos libros, aborrecidos de

(8) El mismo Cervantes en el prólogo del Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

»tantos, y alabados de muchos mas." ¡Inmortal hazaña de su valentísimo ingenio! Y aun del vicio antecedente se fue despues enmendando poco á poco, esperimentando sin duda que nuestra lengua, que carece de la variedad de casos, no admite en sus cláusulas tan artificiosa colocacion como la griega y latina; y que en ella el artificio en tanto es loable en cuanto no se afecte apartándose del comun modo de hablar. Sea para la poesía esa mayor licencia, y para los aprendices de ella la de ir anteponiendo siempre los genitivos aun en la prosa; porque acaso oyeron decir que Ciceron solia practicarlo así.

Pero dirán algunos impacientes ¿que á dónde va mi discurso? Atended, y lo vereis, que si no me engaño por un breve rato he imitado al alcon, que

si bien se vá entreteniendo en dar algunos tornos, nunca pierde de vista la presa á que anhela, y con uno y otro giro va tomando ímpetu para arrojarse sobre ella.

Consiguieron algunos (bien que raros) la gloria de escribir con juicio y propiedad; pero la de acompañar ese decir con una composicion muy dulce, constantemente suave y no afectada, y con un estilo enmendadísimo, casi estoy para decir que se guardaba solo para Don Diego Saavedra. A lo menos él mismo como varon de cándido y sincerísimo juicio sencillamente lo advirtió, diciendo así (9): "con estudio particular he procurado que el estilo sea levantado sin afectacion, y breve sin obscuridad: empresa que á Horacio pareció dificultosa, y que no la he

(9) En el prólogo de las Empresas políticas.

»visto intentada en nuestra lengua cas»tellana. Yo me atreví á ella."

No amo mas á Don Diego que á mi propia libertad y juicio. Ingenuamente pues con brevedad diré lo que siento. Si consiste ser elocuente en pensar aquello que mas conduce para convencer lo que se pretende, y en expresar eso mismo con claridad y dulzura, ¡cuán pocos ha habido en España que le hayan igualado! Yo solo hallo uno ú otro. Es tan valiente su decir, que al que no arrebata con la eficacia de la razon, á lo menos le lleva con la dulzura del estilo, siendo este tal y tan harmonioso (principalmente cuando huye de amontonar sentencias) que sublima la razon, y logra como transportarla maravillosamente.

¿Pues qué diré de su claridad? No necesita de intérprete. Parece que tenia

muy fija en la memoria aquella grande regla de Julio Cesar (10), de que se debe evitar una palabra no usada, como peligroso escollo. Así vemos que sus obras son las que mas libres estan de antiquísimos y lunares peregrinos: cosa muy de admirar cuando por su erudicion se ve que tenia siempre delante las Partidas del Rey Don Alonso, y muchos escritores latinos y de otras lenguas, singularmente italianos, que en su tiempo tenian mayor aprecio que hoy.

Pero no está en eso su mayor atencion. Ninguna voz y frase vulgar de aquellas muchas que suelen afear tanto el lenguage de los mayores hombres, se podrá hallar en sus obras. Léanse to-

(10) A Gellius lib. 1. Noct. Attic. c. 10. Tanquam scopulum, sic fugias inauditum, atque insolens verbum.

dascon reflexion, y no se encontrará una. No es pequeña gloria ni argumento leve de la perfeccion de su estilo que hasta él casi ninguno hubiese sido capaz de evitar en todos sus escritos aquellos innumerables vulgarismos, que con mucha diligencia recogió el año de 1626 aquel católico Luciano, gran benemérito de la propiedad y pureza de la lengua castellana, Don Francisco de Quevedo Villegas en su Cuento de Cuentos, donde se leen juntas las vulgaridades rústicas que habia y hay en nuestra habla; las que va multiplicando de cada dia la inconsiderada diligencia de muchísimos modernos indiscretamente aplicados á aumentar el vocabulario de los necios.

Un estilo tan puro y limpio como el de Don Diego Saavedra no es conocido de aquellos que nunca probaron

lo que cuesta escribir así. Pero alabanza será singularísima la que habiéndola procurado tantos hombres doctos, solo han conseguido lograrla el Padre Pedro de Rivadeneira en todo lo que escribió, que fue muchísimo: Don Francisco de Quevedo Villegas en su Marco Bruto y en tal cual obra séria: el obispo de Tarazona Don Fray Pedro Manero, gran máestro de la mas hermosa elegancia: el Padre Antonio de Vieira (hablo de lo que escribió en castellano) de lenguage castísimo, y muy pocos mas; cuya memoria escuso por evitar á otros la nota de un oprobioso silencio. Dejo aparte á Santa Teresa de Jesus, porque si los ángeles habláran no hablarían de otra suerte.

Esta perfeccion en el decir qué logró Don Diego, obligó á Don Nicolás Antonio, varon de grande y profundí-

simo juicio, á que en su Bibliotheca hispana digese que las nueve Musas asistieron para labrar y perfeccionar las *Empresas políticas*; y fue tanta la aceptacion que tuvieron que aun viviendo Don Diego vió repetida su impresion diferentes veces, comunicadas ellas al idioma italiano, y traducidas en latin por aquel eruditísimo discípulo de Justo Lipsio, Ericio Puteano.

Pero porque el estilo campea mas en una historia, por no haberse de cortar con tan repetidas sentencias como piden los argumentos políticos, y porque son muy propias de la narracion histórica la corriente y lisura, veamos ahora cómo se portó Don Diego en su Corona gótica.

Mas para que entendais llanamente cuan ingénuo soy, nunca he aprobado que Don Diego tan fácilmente se arro-

jase á escribir historia. Es un empleo este que pide una increíble diligencia, gran sosiego y quietud de espíritu: cosas muy agenas de un hombre totalmente entregado á los negocios públicos, peregrinando siempre por naciones varias sin asiento fijo; porque de Secretario que fue del Eminentísimo cardenal Don Gaspar de Borja, pasó á ser agente del Rey de España en la Corte romana, asistió en Ratisbona á un Convento electoral: en los Cantones esguízaros á ocho Dietas: fue plenipotenciario de la Serenísima casa y círculo de Borgoña en la Dieta general del Imperio celebrada en Ratisbona: poco despues en el congreso de Munster plenipotenciario de Felipe IV para la paz general con los holandeses; y últimamente consejero de Indias. Cuan incompatibles eran estos grandes em-

pleos con el de ser historiador, harto lo conoció y confesó el mismo Don Diego cuando ingenuamente dijo (11): »obra es esta que requeria mas tiempo, »y menos ocupaciones." Mas ya que quiso emprenderla por no estar ocioso, valiérale mas omitir aquella confusa selva de impertinentes citas, que no añadiendo luz, antes sirven de obscurecer la verdad histórica. Digo esto porque siento muchísimo ver allí citados aquellos abominables partos de falsedades indignas, que produjo el capricho del Padre Gerónimo Roman de la Higuera, y de Antonio de Nobis, conocido por el nombre de Don Antonio Lupian Zapata y otros tales: digo á Flavio Dextro, Marco Máximo, Luitprando, y los semejantes á éstos, que tan mal empleados ilustraron Don Tomas Tama-

(11) En el prólogo de la Corona gótica.

yo de Vargas, Don Lorenzo Ramirez de Prado, el Licenciado Rodrigo Caro, y algunos otros que por el camino que viviendo se hicieron plausibles en opinion del vulgo, han conseguido ser despreciados de la posteridad atenta al examen de la verdad.

Pero dejando aparte la diligencia necesaria de un historiador, en que ciertamente se aventajaron á Don Diego por la ociosidad de que lograron, el Maestro Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales, Gerónimo de Zurita, el P. Juan de Mariana, Antonio de Herrera y algunos otros; solo es mi intento proponer aquí el estilo de Don Diego como ejemplar perfectísimo de la elocuencia española: la expedicion digo en referir los sucesos, las máximas políticas tan del intento y sin afectacion: la discrecion en las cartas, la eficacia en los

razonamientos: la lisura y corriente del decir. Yo comparo su historia á un rio navegable que corriendo arrebatadamente por su acostumbrado cauce, sin parecer que se mueve, nos va conduciendo presurosamente al destinado término; y aquellas oraciones se me representan una estraordinaria avenida que lo inunda y arrebata todo. Nace esto sin duda de aquella dulce harmonía con que dispuesto artificiosamente lo que se dice (que siempre es alto y elevado) queda suspenso el oido, como si á él sonase la misma lira de Orfeo. Conseguia esto Don Diego, no atándose á pueriles reglas en que vanamente trabajan muchos, sino con haber acostumbrado sus oidos á aquella gran dulzura de los autores clásicos latinos y excelentes poetas castellanos de aquella edad, añadiendo la eleccion de las pa-

labras y frases mas vivamente espresivas, y procurando ajustarlas al primoroso gusto de su delicadísimo oido.

Siento mucho que lo que voy diciendo no podrán entenderlo todos, sucediendo á algunos lo mismo que referia Gelio de aquel que no sabia cómo consultar á sus oidos (12), ó lo que á los ignorantes de la música, que aunque la oigan no perciben su mayor primor. A los tales suplico que lean tanto á Don Diego y á otros buenos autores, que lleguen á fastidiar los duros desapacibles estilos que tanto alaban. Verán entonces como Don Diego en su Corona gótica es el historiador español que mejor supo imitar el raro magisterio de enseñar deleitando de Cayo Crispo Salustio; la grandeza en referir las cosas de Tito Libio; la solídez en los

(12) A. Gellius lib. 13. Noct. Attic. c. 10.

discursos políticos (sin afectarlos un ápice) de Cornelio Tácito; y todo aquello que en estos tres maestros de la historia romana admira el mundo tantos siglos ha. Que fuese ese su intento lo dice él mismo, aunque modestamente. Sus palabras son estas (12): »En el es»tilo procuro imitar á los historiadores »latinos, que con brevedad y con gala »esplicaron sus conceptos, desprecian»do los vanos escrúpulos de aquellos »que afectando en la lengua castellana »la pureza y castidad de las voces, la »hacen floja y desaliñada. Dote fueron »de la latina la elegancia y las flores de »la elocuencia; ¿pues por qué no ha de »suceder en ella su hija la lengua caste»llana? ¿Por qué no hemos de atrever»nos á escribir como escribieron aque»llos grandes maestros? Séame lícito

(12) En prólogo de la Corona gótica.

„imitarlos, si no para ejemplo, para „prueba."

Pero lo que yo mas admiro es que en esta historia no se leen impropias frases poéticas para poder conseguir la grandeza del estilo: hazaña que muy pocas plumas modernas han podido blasonar. De cuanta dificultad sea haber de llegar á la mayor alteza del decir con una frase propia, lo conocerá cualquiera que repare que aun las plumas primeras se han valido á cada paso de expresiones poéticas para deslumbrar con ellas al necio vulgo, que incapaz de conocer la perfeccion del estilo, prefiere aquel en que por mas admirable brilla mas la impropiedad.

Tropezó en esto la delicada pluma de Don Antonio Solís, siendo capaz de escribir con suma pureza y hermosura, como lo dan á entender sus

discretas cartas familiares. No lo invento yo, sino que el mismo Solís lo dió á entender hablando en su prólogo de las leyes de la historia.

Mucho mas que Solís ofendió tambien los oidos de los que saben distinguir la diferencia que hay entre poesía y prosa, el Ilustrísimo Obispo Don Fray Damian Cornejo.

Pero mas osado que entrambos Don Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer, primer Perfecto que fue de la Real Biblioteca, varon de juicio muy sublime, y de toda aquella erudicion que pudo adquirir un hombre que nunca saludó las escuelas; nos dejó una historia, que ademas de estar llena de cuestiones fisicas y teológicas, está toda entretegida de locuciones poéticas.

Pero observando y no siguiendo las huellas que dejaron estampadas estos

tres varones, á quienes he querido nombrar, mas por respeto y veneracion de su memoria, que por introducirme censor; y con el justísimo deseo de exceptuarlos de la general invectiva que voy á hacer, han desfigurado tanto el lenguage con las locuciones poéticas algunos necios atrevidos, y se alaba tanto una cierta algarabía, que se desconoce ya el idioma natural. Agradeciera yo que nos dieran desatado en prosa aquel sublime género de hablar (13): "Cuando me paro á contemplar mi estado: (14) Las »armas y varones señalados"; pero ya es frecuente hablar de manera que ni el mismo que escribe sabe lo que se dice. De aquí nace que como el vulgo admira lo que no entiende, yacen

(13) Garci-Laso.
(14) Luis Camoens.

hoy despreciados *los buenos* libros, y comunmente se aprecian los que solo sirven para calificar la extravagancia de sus dueños. Elegantísima comparacion me ofrece Manuel de Faria y Sousa (15). No me atrevo á omitirla.

Atraviesa el prudente
la plaza, y es mirado de bien pocos;
mira infinita gente,
si la atraviesan desatados locos.
La gala mas pulida
pocos á ver combida;
una máscara vana
á mucho pueblo para verla afana.

Yo no puedo tolerar tan depravados juicios. Poco saben éstos lo que cuesta escribir con claridad y pureza; y por eso *se enciman* (permítaseme una

(15) En la Egloga crítica *Manzanares.*

vez hablar como ellos, y reirme de ellos con Don Francisco de Quevedo Villegas) (16) *se enciman* (digo) *en los precipicios inaccesos de otra, si no tan siderea estimacion, aplaudida*; y de esa suerte manifiestan que son observadores diligentísimos de la *Aguja de navegar cultos.*

Pero dejemos ya á los que hazañeros del estudio embelesan al vulgo con un hechizo fantástico; y como falsarios de la elocuencia imponen precio á un aparente estilo estimado del vulgo, no por otra causa, sino porque atiende solo al engañoso sonido sin descubrir el alma.

Resta ahora que digamos algo de la *República literaria*, hija póstuma del excelentísimo ingenio de Don Diego Saavedra: obra tan admirable por

(16) En la dedicatoria de la Culta Latiniparla.

cierto, que despues de leida, ninguna alabanza es igual, ninguna exageracion es arrojo. Yo entiendo que Don Diego aludió á ella cuando en el prólogo de la Corona gótica empezó diciendo: "Pudiera, ó letor, entretenerte »con obra de mas novedad y mas es»tudio que esta." Y de aquí se puede colegir cuánto apreciaba él este librito de oro, pues le preferia á una historia general de España. Á tan precioso libro debo yo sin duda aquello poco que sé. Él ha sido mi direccion en el escogimiento de los libros; y siendo ésta (hablando de letras) la mejor enseñanza, bien me puedo honrar con el glorioso nombre de discípulo suyo. Cada dia le estudio, y en cierto modo me parece que no le acabo de aprender. Cada vez encuentro un nuevo gusto y una enseñanza nueva y muy pro-

funda, si me pongo á examinar los fondos de aquello que dice. De donde vengo á inferir que será eruditísimo quien le llegáre á saber, y que es libro que solo no se debe estudiar, pues sin leccion dilatada no se puede comprehender.

Si atendemos bien á la invencion de la obra, es tal y tan admirable que solo ella puede competir con la de los mas famosos escritos que produjo el mundo. Aquel Menipo de Italia, Trajano Bocalini, dijo varias veces que despues de Grecia sola su nacion escribia con invencion y arte. Esta vana arrogancia claramente arguye que no leyó Bocalini las coplas de Juan de Mena, ni el Labricio Portundo de Luis Megía, ni la famosa comedia de Calisto y Melibea, vulgarmente conocida por el nombre de Celestina, ni las ad-

mirables Lusiadas de Luis Camoens, ni otros muchísimos autores de la nacion española. Pero sin sacudir el polvo à tales libros, parece que quisieron desmentir á Bocalini muchos grandes ingenios, escribiendo á porfia con maravillosa invencion. Frey Lope Felix de Vega Carpio, Don Pedro Calderon de la Barca, Don Antonio de Solís y otros muchos dejaron muy atrás la invencion cómica de Marco Plauto, y Publio Terencio, que mas fueron intérpretes que autores de las comedias que escribieron. Miguél de Cervantes Saavedra ha sido el milagro de la invencion y arte en sus novelas, Ingenioso caballero y viage del Parnaso: librito raro que merece ser mas conocido. Don Francisco de Quevedo Villegas fue casi igual á Luciano. El P. Baltasar Gracian si no hubiera afectado

tanto el jugar de vocablos, y su estilo hubiera correspondido en la pureza á su gran idea y erudicion vastísima, hubiera escrito un Criticon á quien la crítica mas elevada no tuviera aliento de atreverse. Y por eso estraño muchísimo que Don Lorenzo Mateu y Sanz, ocultándose en el nombre de Sancho Terzon y Muela, intentase morderle tan inútilmente, manifestando en su *Reflexion* la poca que tuvo en reprehender tal vez las alusiones ocultas que no entendia: comun error de los que pretenden apoyar su crédito sobre los agenos descuidos, y facilísima censura, en que hasta el desden es crítico. Aunque yo creo que Don Lorenzo tomó la pluma por un amor zelosísimo de su patria, que creyó ofendida, y le pareció obligacion desagraviarla contra un autor que no perdonó á la suya.

Prosigo ya, ó acabo. Por fin Don Diego Saavedra en lo que toca á inventar ingeniosamente ha llegado á tanto que ha vencido á todos. Él fue el que con maravilloso artificio levantó sobre profundos cimientos de sólida erudicion la *República literaria*; cuyos beneméritos ciudadanos vivian antes esparcidos por tantos siglos. En esta admirable obra (que es la que yo prefiero á todas las otras) es muy oculta su erudicion, conocida solo de los que con leccion universal han fatigado la vista. Su agudeza, discrecion y gracia son casi incomparables: el estilo parece inimitable; y por último todo el libro tal, que solo él debe bastar en mi juicio para que Don Diego se tenga por un varon sumamente juicioso, sabio y elocuente.

Lo que siento es que desfigurase

tanto la malicia este libro publicándole primero tan maltratado, y con el mentido nombre del falso autor Don Claudio Antonio de Cabrera. Desconoció al impostor y libro Don Nicolás Antonio, sagacísimo juez de supositicios libros. De donde infiero yo que no debió leerle. Despues le vindicó á su legítimo dueño Don Josef de Salinas; pero sin hacer mencion de la impresion primera, y afeando miserablemente la segunda con notables descuidos y enormes yerros. De estos ya le libré pocos años ha, y preocupé la censura en que pudo haber incurrido. Quiera Dios que algun dia añada yo para su mayor inteligencia algunas notas. Procuraré entonces desahogar mi pecho; y con el testimonio que daré de su profunda erudicion, podré hablar con mayor libertad. Ahora me

contento con una breve y escasa apuntacion de sus inmortales prendas, y me dedicaré de nuevo á estudiarle mejor para repetir sus alabanzas mas dignamente.

Vosotros, españoles generosos, que alentados de un espíritu amante de gloria, deseais llegar á la elevada cumbre de la elocuencia castellana, si quereis subir por el camino mas derecho y espedito procurad seguir á este varon elocuentísimo. Enriqueced vuestro entendimiento de todo género de doctrina y erudicion. Acaudalad en la memoria un aparato riquísimo de palabras y frases propias, trasponiéndolas tal vez decentemente. Pensad con solidez y discrecion. Añadid razones al discurso, viveza á las sentencias, propiedad y claridad al decir, elegancia y número á la oracion; y en fin, observad aten-

tamente la invencion, artificio y diligencia de Don Diego Saavedra (especialmente en sus *Empresas* y *República literaria*, que son las obras que nos dejó mas limadas) para que siguiéndole desde ahora á pasos largos, llegueis luego á alcanzarle, y aun le paseis adelante, siendo despues á los siglos venideros los mas perfectos ejemplares de la elocuencia castellana, en que aun debemos sudar y mas sudar para que pueda competir con la latina y griega.

REPUBLICA LITERARIA

Y

DIALOGO

DE LAS LOCURAS

DE EUROPA.

UNIV. OF CALIFORNIA

REPUBLICA LITERARIA

DE

DE D. DIEGO SAAVEDRA.

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo cada dia, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho ya trato y mercancía las letras, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para grangear, me venció el sueño (1); y luego el sentido interior corrió el velo á las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurria. Hallé-

me á vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñido deslumbraban la vista, y se levantaban á comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndoseme delante un hombre anciano que se encaminaba á ella, le alcancé, y trabando con él conversacion supe que se llamaba *Marco Varron*, de cuyos estudios y erudicion en todas materias, profanas y sagradas, tenia yo muchas noticias por testimonio de Ciceron y de otros. Y preguntando yo ¿qué ciudad era aquella? me dijo con agrado y cortesía que era *la República Literaria*; y ofreciéndose á mostrarme lo mas curioso de ella, acepté la compañía y la oferta, y fuimos caminando en buena conversacion. Por el camino fuí notando que aquellos campos vecinos llevaban mas eléboro que otras yerbas; y preguntándole la causa, me respondió que la divina Providencia ponia siempre vecinos á los daños los remedios, y que así habia dado á la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el contínuo estudio padecian graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro y anacardina para hacerse memoriosos (2), con eviden-

te peligro del juicio. Poco me pareció que tenian los que le aventuraban por la memoria; porque si bien es depósito de las ciencias, tambien lo es de los males, y fuera feliz el hombre si como está en su mano el acordarse, estuviera tambien el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado á la ciudad reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor obscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servian de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo los reducian á menudos átomos; y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de arambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel: materia facil de labrar y bien costosa á los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza próvidamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como á metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran

providencia los retiró á regiones mas remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes é instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Estan en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez; y de entre aquella vasura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleytos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas colunas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio) parece que faltaba á sí misma la arquitectura; porque de los cinco órdenes solamente se veía el dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las colunas estaban en sus nichos nueve estátuas de las nueve Musas con varios instrumentos de música en las manos, á las cuales habia dado la escultura tal aire y movimiento (á pesar del

mármol) que la imaginacion daba á entender que imprimia en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias ó almas la antigüedad. *Clio* parece que encendia en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. *Thersicore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases á los movimientos de los pies. *Polimnia* avivaba la memoria. *Urania* se servia de ella para persuadir el ánimo á la contemplacion de los astros. *Caliope* levantaba los espíritus heróicos á acciones gloriosas. *Melpomene* los alentaba con la memoria de muchos que merecieron con las hazañas los elogios. *Talía* disimulando en el donaire la censura, á un tiempo entretenia y enseñaba. *Euterpe* formaba diversas fláutas, acomodando á todas diferentes sentidos con tal propiedad que parecia que para cada uno las habia fabricado. Este frontispicio se remataba en la estátua de *Apolo*, cuya madeja de oro con lustroso curso de luz bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro, y la izquierda la lira; y aun sin herir las cuerdas hacia armonía

al discurso, si no al oído, la propiedad.

Entramos por los arrabales, y vimos que en ellos se ejercitaban aquellas artes que son calidades y hábitos del cuerpo, en las cuales se fatiga la mano, y poco ó nada obra el entendimiento: hijas bastardas de las ciencias, que habiendo recibido de ellas el ser y las reglas por donde se gobiernan, las desconocen y obran sin saber dar la razon de lo mismo que estan obrando.

Por estas artes mecánicas pasamos ligeramente sin discurrir en ellas, aunque nos dió ocasion *Dédalo Ateniense*, que con una sierra y un barreno en la mano hacia ostentacion de haber sido el primer inventor de este y otros instrumentos mecánicos.

Llegamos á aquellas artes en que el entendimiento discurre y le obedece la mano, como instrumento suyo; las cuales son subalternas y dependientes de las siete artes liberales, que se ocupan en las palabras y en las cantidades. Á estas artes dividia de las mecánicas un apacible rio, cuyas riberas se comunicaban por una puente de mármoles y pizarras, á quien hacian puerta colunas de jaspe y diáspero, de cuyas cornisas pendian

trofeos de instrumentos de las artes del dibujo, pinceles, tabolazas, escuadras, compases y buriles. En lo mas alto de este frontispicio estaba representada la *Arquitectura* en una doncella de mármol, levantando el brazo derecho con un compás, y el izquierdo estribando en una planta de edificio; y á sus pies por el plano del pedestal corrian estos dos versos de Miguel Angel:

Non ha l' ottimo Artista alcun concetto,
Che un marmo solo in se non circonscriva.

Á su lado derecho tenia á la *Pintura* sobre el capitel de una cornisa, con un pincel en la mano, y en la otra una tabolaza con diversos colores, y una máscara pendiente del cuello; y al lado izquierdo á la *Escultura* coronada de laurel, y reclinada sobre fragmentos de estátuas.

Ofrecióse á la vista, despues de esta puente, una calle espaciosa, por quien en uno y otro lado se levantaban en arco hermosos soportales, habitados de los artífices del dibujo. Los primeros eran los *Arquitectos*; y entre ellos *Agataro*, Ateniense, se jactaba de la in-

vencion de esta arte. *Sostrato* delineaba en una planta la torre del Faro. *Espíndaro Corinthio* el templo de Delfos. *Caretes Lidio* el Coloso de Rodas. *Sugila* el Mausoleo de Artemisa; y *Artemidoro* (*) el Foro de Trajano. Otros se desvelaban en la perfeccion de las colunas, básas, pedestales, plintos, cornisas, arquitrabes y capiteles, todo en órden á la perfeccion de un edificio: laborioso desvelo para la brevedad de la vida, en quien casi se alcanzan los primeros á los últimos suspiros.

Mas adelante con buriles de acero *Estratónico*, *Acragas*, *Mentor*, *Beto* y *Antipatro* esculpian en plata maravillosas figuras; entre las cuales *Estratónico* habia grabado en una taza con tal arte un sátiro, que parecia haberle puesto vivo en ella, y que daba temor á las Ninfas. *Zopiro* en dos cántaros realzaba con ingeniosos relieves las locuras de Orestes. Con notable atencion acababa *Pitias* aquella amirable obra llamada la *Magiriscia*, á quien nunca se atrevió la imitacion.

En un soportal el Rey *Athalo* se entretenia en ver tejer paños de varias figuras,

(*) En este nombre hay error en todas las ediciones que hemos visto, pues debe decir *Apolodoro*.

muy preciado de su invencion. Allí algunos troyanos se ejercitaban en bordar y matizar; y muchos flamencos, dignos de inmortal fama, copiaban en tapices (no sin envidia de la pintura y con injuria de la naturaleza) todas sus obras con admirable viveza: en que extrañé mucho que teniendo debajo de los telares el dibujo, sin ver lo que obraba la tejedera (por estar la faz del tapiz contrapuesta á la vista) salian despues naturales las figuras. ¡Cuántas cosas con menos seguridad del acierto obran así los Príncipes por el dibujo de las cosas que les ponen delante, sin saber lo que firman ni lo que ordenan!

Entre estos artifices un egipcio formaba de pedazos de mármoles y otras piedras un cuerpo humano, con tal ingenio que las que antes eran piedras pequeñas, colocadas allí se convertian en músculos y venas: arte de que se vale la política de estos tiempos para formar con menudos motivos desunidos entre sí el pretexto de acometer una guerra injusta y una usurpacion violenta.

En otro soportal *Alcamenes*, *Cricias*, *Nestocles* y *Agelades* esculpian en mármoles; y *Pirgoteles* se ocupaba en retratar á Ale-

jandro Magno en piedras preciosas: licencia á este solo concedida, como tambien á *Lisipo*, para retratarle en mármoles y bronces, y á *Apeles* en tablas y lienzos. ¡O gran privilegio del valor, en cuya alabanza pocos ingenios merecen poner las manos, y á quien todas las cosas no son bastantes á ilustrar! Tenia *Fidias* unos peces entallados tan al vivo, que si les echáran agua nadarian. Á un lado estaba acabada la estátua de Belona, contenida en su mismo escudo, causando gran maravilla que á pesar de la Geometría fuese igual al todo la parte: como si cada dia no se viese lo mismo en la conveniencia de los Príncipes, que siendo parte es el todo. Entre los últimos, aunque de los primeros en el arte, estaba el caballero *Urbino* acabando la estátua de Dafne medio transformada en laurel, en quien engañada la vista se detenia, esperando á que las cortezas acabasen de cubrir el cuerpo, y que el viento moviese las hojas, en que poco á poco se convertian los cabellos.

Mas adelante vivian los profesores de la *Pintura*, arte émula de la naturaleza y remedo de las obras de Dios; sobre cuya in-

vencion habia grandes contiendas. *Gigas* el de Lidia se gloriaba de haberla hallado: *Pirrho* lo contradecia; y tambien los Corintios y Egipcios, preciándose vanamente de haber sido sus primeros inventores seis mil años antes que se usase en Grecia: pleyto que dificultosamente puede reducirse á prueba; porque casi insensiblemente y sin alabanza de alguno y con gloria de todos se van perfeccionando las artes. Los cuerpos bañados de luz arrojaron sus sombras: en ellas advirtió el ingenio los perfiles, y dieron ocasion al arte; siendo *Ardices* y *Telefano* los primeros que dibujándolos, mancharon el cuerpo comprehendido entre ellos. *Polignoto* y *Aglafon* usaron del color blanco y negro. *Filodes* egipcio inventó las líneas, *Apolodoro* el pincel, y *Antonelo* el oleo con que se eternizan las pinturas.

Con gran quietud íbamos viendo aquellas cosas, cuando la turbó una pendencia entre *Ceusis* y *Parrasio*, grandes competidores del pincel; y como los zelos del ingenio son los mayores por tocar á la parte mas principal del hombre, pasaron de la emulacion á las manos, corrido *Ceusis* de haberse engaña-

do con el lienzo de *Parrasio*; aunque procuraba reparar su engaño con haber pintado tan naturales unas uvas que en un cestillo llevaba un niño, que los pájaros llegaban á picarlas: en que pudiera perder su arrogancia; porque si bien la imitacion de las uvas fue grande, no lo fue la del niño, pues no espantaba los pájaros. Tan vecinos estan los errores de los aciertos, que un mismo lienzo los comprehende.

Compusimos la pendencia, y pasamos adelante, donde vimos á *Arístides* dando con el pincel tal movimiento y viveza á los cuerpos, que en ellos se descubrian los afectos y inclinaciones del ánimo. *Protogenes* tenia ya casi acabada la pintura de Hialiso, en que habia trabajado siete años sin comer ni beber mas que altramuces remojados; porque otras viandas no le embarazasen el ingenio: obra que habia de colocarse en el templo de la Paz; y así ponia en ella los últimos esfuerzos, y solamente le faltaba pintar la espuma de un perro. Procuró diversas veces imitarla al vivo, y siempre le salió vano el intento, hasta que desesperado le arrojó una esponja para borrar el cuadro. Quedé admi-

rado de la cólera del pintor en lo que tanta fatiga le habia costado, y mucho mas de que el golpe de la esponja, tirada acaso, dejase mas bien pintada la espuma de lo que habia pretendido el arte; de donde aprendí que muchas veces acierta el acaso lo que erraria el cuidado y atencion, y que tal vez conviene obrar con los primeros ímpetus de la naturaleza, á los cuales suele gobernar un movimiento divino, para que se conozca que no la prudencia de los hombres, sino la providencia de Dios asiste á las cosas.

El hábito y el ayre español me obligó á poner los ojos en *Navarrete* el mudo, á quien envidiosa quitó la voz la naturaleza; porque antevió que en emulacion de sus obras habian de hablar las de aquel gran pintor. Despues de él estaba retratando al Rey Felipe IV *Diego Velazquez* (3) con tan ayroso movimiento y tal expresion de lo magestuoso y augusto de su rostro, que en mí se turbó el respeto, y le incliné la rodilla y los ojos.

En esta variedad de pinturas entretenia la vista; cuando llegamos á un corro de gente (4), donde se disputaba de la precedencia

entre la *Pintura* y la *Escultura*. *Lisipo* defendia que debia ser preferida la *Escultura*; porque para ella se requeria mas cierta noticia de las medidas y mayor destreza en los delineamentos; donde cometido un error no se puede enmendar: obra que está expuesta á la verdad del tacto y de la vista; cuya perfeccion por todos los lados ha de constar, y cuya materia es mas preciosa y mas durable que las tablas y lienzos de la pintura; por lo cual conserva mas la memoria de los grandes varones, y anima mas á lo glorioso. *Apeles* procuraba con varias razones y argumentos mostrar la excelencia de la *Pintura*. Esta (decia) es una muda historia que pone delante de los ojos muchas acciones juntas; las cualidades, cantidades, el lugar, los movimientos con gran delectacion y enseñanza del ánimo. Pocas veces esculpe el buril, y ninguna deja de copiar el pincel. Si la *Escultura* con lo grosero de la materia descubre la cuantidad de los cuerpos, la *Pintura* con la aplicacion de las luces y sombras los realza en una superficie plana. En la *Escultura* los cuerpos conservan su justa distancia; la *Pintura* ó los aparta ó los atrae, los une ó los

dilata con tal arte que deja burlados los ojos y aún corrida á la naturaleza. Válese del color, que es quien da su último ser á las cosas y quien mas descubre los movimientos del ánimo. Las voces y disputa del uno y el otro habrian pasado á pendencia si *Miguel Angel*, como tan gran pintor y escultor, no los despartiera mostrando en tres círculos, que se cortaban entre sí, que estas dos artes y la *Arquitectura* eran iguales, dándose fraternalmeute las manos las unas á las otras.

Dejando esta contienda entramos en la ciudad por una puerta coronada de una media esfera, donde trabadas las manos se veían las siete artes liberales, la *Gramática*, *Dialéctica*, *Retórica*, *Aritmética*, *Música*, *Geometría* y *Astronomía*. Las puertas eran de aquel bronce ó metal Corintio, que tanto celebró la antigüedad, grabadas con tan hermosos relieves de figuras, que me obligó á preguntar á *Bolidoro* ¿quién era el artifice, y qué historia contenian? En esta puerta (me dijo) está grabada la invencion de la tinta por mano de un gran artífice florentin, cuyo ingenioso y sutil buril dilata su fama por los

confines de la tierra (5). ¿No ves (me explicaba, levantado el brazo y tendida la mano) aquella turba de hombres que con grave y severo semblante, despreciador de todos los sentimientos y comodidades humanas, mira con desestimacion aquella doncella, que con una corona de oro en la cabeza y un clarin en la mano da muestras de huir, corrida de sus baldones y desprecios, queriendo volar sobre aquel áspero monte? Esta pues es la *Gloria*, y aquellos son *Filósofos Estóicos*, que se burlan de ella, excluyéndola del número de los verdaderos bienes del hombre, como á felicidad agena del ánimo y fuera de su potestad, nacida de la opinion agena; de lo cual afrentada levanta el vuelo, y seguida de algunos espíritus alentados llega á la cima del monte, y postrada á los pies de la *Virtud*, su madre, que vive entre aquellas soledades, acompañada de la *Vigilancia*, de la *Fatiga* y del *Arte* (damas que siempre la asisten) le refiere los agravios y desestimaciones de los *Filósofos*. La *Virtud* la consuela representándole los efectos de su fama en los hechos de los varones pasados y de aquellos que en los siglos venideros han de abrir por el Océano

nuevos rumbos y caminos hasta descubrir otros mundos, siendo estrecho á sus ánimos el que hoy se conoce. Con lo mismo (le responde la *Gloria*) que procuras, ó madre mia, consolarme acrecientas la causa de mi llanto; porque si bien es grande esta fama, tú sabes que es vana y caduca, pendiente de los labios agenos, y formada de palabras ligeras, hijas del viento, de quien nacen y en quien luego mueren, dejando triunfante al olvido, mi mayor enemigo. Estas palabras de la *Gloria*, acompañadas de lágrimas, como lo descubre su semblante, obligan á la *Virtud* á ordenar al *Arte* (que es aquella doncella en cuyos hombros tiene puesta la mano) que procure el remedio con que pueda perpetuarse la *Fama*. Obedece el *Arte*, y mas adelante la verás consultar el remedio con la *Noche*, representada en aquella doncella, cuyo manto sembrado de estrellas le cubre la mitad del rostro. Esta le dice que así como en lo oscura de su manto escribió el gran Arquitecto de los orbes sus eternos decretos con caractéres de luz, así sobre blanca carta se podian delinear con tinta negra los conceptos del ánimo, dándoles cuerpo y fijando, á pesar

del *Olvido*, las palabras con la misma oscuridad que él procuraba sepultar á la *Fama*. El arbitrio de la *Noche* agradó al *Arte*; y queriendo disponerse á hacer la tinta, los dioses que entre aquellas nubes estan atentos al caso, anteviendo que con tal invencion habia la *Gloria* de llegar á ser diosa, procuran anticiparse á lisongear su voluntad; y para perfeccion de la obra que intenta, *Baco* le suministra el vino, *Júpiter* las agallas de encina, *Pomona* la goma arábiga, *Vesta* el vitriolo, *Febo* el calor; del cual y de aquellos materiales resulta la tinta que está en aquellas redomas y has visto en esos fosos, que es la que hace inmortal á la *Gloria* y por quien se conserva esta *República*.

En la otra puerta un artífice español, que debe su ser á las riberas del rio Segura, y á la envidia y emulacion mas que á la fortuna, grabó la invencion de la imprenta (6). En ella verás como la *Religion*, habiendo peregrinado por varias regiones del mundo, mal conocida y profanada de ellas, llega á España; y el *Tajo* la venera y adora con verdadero culto, levantándole templos, y reconociendo en ella un solo Júpiter, primera causa de las

cosas. Agradecida la *Religion* á las demostraciones del *Tajo*, representa en el concilio de los dioses la obligacion en que ha puesto á aquella suprema deidad de Júpiter, por quien obren las demas, no como diferentes, sino como partes producidas de su eterno ser: pondérase en el concilio la importancia de este servicio: confiérese el premio que le compete, y casi todos concuerdan en que se le dilate al *Tajo* su monarquía por los términos de Europa y costas de África. Al gran padre de los dioses *Océano* le parece corto galardon para nacion tan gloriosa; y propone á los dioses aquella separacion de otro mundo no conocido, ó ya olvidado de los hombres despues que la fuerza de las olas le retiraron, y tantos montes y valles de agua le hicieron incomunicable. El descubrimiento y conquista de este nuevo mundo, dice que sería premio debido á la piedad y valor de los españoles. Aprueban su parecer los demas dioses: ofrécense dificultades en su ejecucion, si se hace esto, dejando correr los medios ordinarios, por la dificultad de reducir á la obediencia y al gobierno político provincias tan dilatadas y tan distantes entre sí, pobladas de nume-

rosas naciones, con un pequeño número de gente. Pero la incomprehensible sabiduría de aquel celestial cónclave dispensó los medios, facilitando *Nereo* la navegacion con la invencion de la piedra imán, *Marte* la pólvora, *Vulcano* fabríca los arcabuces, con que armados de rayos los españoles sujeten la multitud de aquellos bárbaros; y para que entre ellos puedan mejor dilatar la *Religion* por medio de los libros, excusando el inmenso trabajo de los escritores, sus errores é ignorancias, inventa *Mercurio* los caractéres de la *Imprenta*, labrados por *Vulcano* en puntas de plomo y otros metales blandos: *Pluton* mezcla el humo con la linaza y trementina, y hace un betun con que bañadas las letras, y oprimidas con la prensa, dejen en el papel trasladadas sus figuras, y pueda el mas ignorante tirar en un dia, sin saber escribir, infinito número de pliegos escritos.

Parecióme ingenioso lo grabado en aquellas puertas; y entrando á lo interior de ellas, ví por los espacios de diversos arcos pintados los inventores de las letras ó caractéres. Los primeros eran *Caldeos*: despues los *Asirios* y *Fenices*, entre los cuales estaba *Palamedes*,

que en el cerco de Troya halló cuatro letras; y *Simonides* inventor de otras tantas, y *Cadmo* de diez y seis. Allí tambien vimos retratado al Emperador *Claudio Cesar*, por haber añadido cuatro letras á la lengua griega.

Dos *Gramáticos* cargados de cejas y prolijos de barbas, vestidos á la antigua, con escarcelas al lado y llaves pendientes del cinto, eran porteros y guardas de aquellas puertas; tan soberbios é insolentes con la confianza que se hacia de ellos, que por no pasar por sus manos, estuve ya para volver atras. Pero la curiosidad me obligó á la paciencia; y habiendo entrado se me ofreció á la vista un hermoso edificio, á quien dejaba espacioso lugar una plaza cuadrada, el cual segun me dijo *Polidoro*, era la *Aduana* (7), donde se descargaban los libros que de todas las naciones del mundo se enviaban á aquella república. Casi toda la plaza estaba ocupada de acémilas cargadas de ellos; y algunas aunque traían un libro solo, llegaban sudadas y anhelantes. Tal es el peso de una carga de necedades, insufrible aun á los lomos de un mulo.

Recibian estas cargas diversos *Censores*

ancianos, cada uno destinado para los libros de su profesion; los cuales con riguroso exámen reconocian, y solo dejaban pasar para servicio de aquella república los libros que con propia invencion y arte eran perfectamente acabados, y podian dar luz al entendimiento, y ser de beneficio al género humano; y á los demas por lograr el papel, ya que se habia perdido el trabajo, destinaban (no con mal gusto) para los usos y ministerios caseros de la república, burlándose del vano apetito de gloria de sus autores.

Acerquéme á un *Censor*, y ví que recibia los libros de *Jurisprudencia*, y que enfadado con tantas cargas de lecturas, tratados, decisiones y consejos, exclamaba: ¡ó Júpiter! si cuidas de las cosas inferiores, ¿por qué no das al mundo de cien en cien años un Emperador *Justiniano*, ó derramas ejércitos de *Godos*, que remedien esta universal inundacion de libros? Y sin abrir algunos cajones los entregaba para que en las hosterías sirviesen, los civiles de encender el fuego, y los criminales de freír pescado y cubrir los lardos.

Otro *Censor* recibia los libros de *Poesía*,

en que habia gran número de poemas, comedias, tragedias, pastorales, piscatorias, églogas y otras obras satíricas, y con mucha risa aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones á las damas, y capillos á las ruecas, devanadores, papelones de gragea y anís; y tambien para envolver las ciruelas de Génova. Los libros satíricos entregaba para papeles de agujas y alfileres, para envolver la pimienta, dar humo á narices y hacer libramientos. De estas obras muy pocas, ví que libres del exámen mereciesen el comercio y trato. Lo mismo sucedia á los que llegaban con materias de *Astronomía*, *Astrología*, *Nigromancia*, *Sortilegios* y *Adivinaciones* y *Alquimia*; porque á casi todos enviaban para hacer cohetes é invenciones de fuego.

El Censor que recibia los libros de humanidad estaba muy afligido, cercado por todas partes de diversos comentarios, cuestiones, anotaciones, escolios, observaciones, castigaciones, centurias, lucubraciones; y de cuando en cuando soltaba la risa, viendo algunos libros en latin y aun en vulgar con el título en griego, con que sus autores querian dar autoridad á sus obras, como los pa-

dres que llaman á sus hijos Cárlos ó Pompeyos, creyendo que con estos nombres les infunden el valor y la nobleza de aquellos. Algunos de estos libros reservó el Censor, y á los demas deputó para que en las boticas se cubriesen con ellos los botes, cuyos títulos estan en griego, siendo nacionales los simples que contienen. Reíme de la aplícacion, y celebré el donaire con que castigaba tambien la vana ostentacion de los que esparcen por sus libros lunares de palabras griegas.

Gran parte de los libros de *Historias* estaban excluidos del templo, y destinados para hacer arcos triunfales, estátuas de papel y festones; como tambien los de *Medicina* para tacos de arcabuces, no menos ofensivos que las balas; y los de *Filosofia* para florones, gatos y perros de carton.

De las partes septentrionales, y tambien de Francia é Italia venian caminando recuas de libros de *Política* y razon de estado, aforismos, diversos comentarios sobre Cornelio Tácito y sobre las repúblicas de Platon y Aristóteles. Recibia esta dañosa mercancía un *Censor* venerable, en cuya frente estaba delineado un ánimo cándido y prudente, el cual

llegando estas cargas, dijo: ¡ó libros, aun para reconocidos peligrosos, en quien la verdad y la religion sirven á la conveniencia! ¡Cuántas tiranías habeis introducido en el mundo, y cuántos reynos y repúblicas se han perdido por vuestros consejos! ¡Sobre el engaño y la malicia fundais los aumentos y conservacion de los Estados, sin considerar que pueden durar poco sobre tan falsos cimientos. La Religion y la verdad son los fundamentos firmes y estables; y solamente feliz aquel Príncipe á quien la luz viva de la naturaleza con una prudencia cándidamente recatada enseña el arte de reynar. Ponderé mucho la gravedad de estas razones, y juzgué por ellas que de aquellos libros mandaria hacer rebiletes, que á cualquiera viento y á veces sin él, se mueven al fin de quien los conduce; y tambien máscaras, porque todo el estudio de los políticos se emplea en cubrir el rostro â la mentira y que parezca verdad, disimulando el engaño y disfrazando los designios; pero todos los mandó entregar al fuego. Y preguntándole la causa me respondió: este papel trae tanto veneno, que aún en pedazos y por las tiendas sería peli-

groso al público sosiego; y así mas seguro es que le purifiquen las llamas. Algo me encogí temiendo aquel rigor en mis *Empresas Políticas*, aunque las habia consultado con la piedad y con la razon y justicia.

Dolióme tanto de ver malogrado el trabajo de tantos ingenios, que volví el rostro á aquel examen; y entrando dentro de aquellas *Aduanas*, me divertí en una sala cuadrada, que era del contraste, donde se pesaban los ingenios y se les daba la justa y debida estimacion. En el techo resplandecia el octavo cielo con todas sus constelaciones, atravesado el *Zodiaco*, en el cual se veian los doce signos. Formábase este círculo sobre cuatro ángulos, en los cuales se ofrecian resalidos los cuatro vientos principales. El Euro entre blancas nubes: el Austro arrebolado y fogoso: el Favonio vertiendo flores; y el Aquilón sacudiendo de su oscuro manto nieve y granizo; y por el espacio de las cuatro paredes estaban los cuatro tiempos del año. La Primavera coronada de rosas: el Estío de espigas: el Otoño de pámpanos; y el Invierno de secos y erizados cambrones. En medio de esta sala pendia una romana gran-

de, y á su lado un pequeño peso. Con aquella se pesaban los Ingenios por libras y arrobas, y con este los Juicios por adarmes y escrúpulos.

Mas adelante á la luz de una ventana *Hernando de Herrera* (8), con gran atencion, cotejaba los quilates de unos ingenios con otros en una piedra de parangon, en que me pareció que cometería algunos errores; porque muchas veces no son los ingenios como parecen á la primera vista. Algunos son vivos y lucientes al parecer, pero de pocos quilates: otros, aunque sin ostentacion, tienen grandes fondos. Con todo eso quise saber de él (como quien era tan versado en los poetas toscanos y españoles de nuestros siglos) en la estimacion que los tenia; y preguntándoselo con cortesía, me respondió con la misma en esta conformidad.

Cayó el imperio romano, y cayéron (como es ordinario) envueltas en sus ruinas las ciencias y artes; hasta que dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volviéron á brotar á su lado las ciencias.

Petrarca fue el primero que en aquellas confusas tinieblas de la ignorancia sacó de su mismo ingenio, como de rico pedernal de fuego, centellas con que dió luz á la *Poesía Toscana.* Su espíritu, su pureza, su erudicion y gracia le igualó con los poetas antiguos mas celebrados.

El *Dante* queriendo mostrarse poeta no fue científico, y queriendo mostrarse científico no fue poeta; porque se levanta sobre la inteligencia comun, sin alcanzar el fin de enseñar deleytando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma.

Ludovico Ariosto, como de ingenio vario y fácil en la invencion, rompió las religiosas leyes de lo épico en la unidad de las fábulas, y en celebrar á un héroe solo, y celebró á muchos en una ingeniosa y vária tela; pero con estambres poco pulidos y cultos.

De esta licencia usó el *Marino* en su Adonis, mas atento á deleytar que á enseñar, cuya fertilidad y elegancia forman un hermoso jardin con varios cuadretes de flores.

Mas religioso en los preceptos del arte se mostró *Torcuato Taso* en su poema, ara á

quien no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia.

Lo mismo que á los italianos sucedió tambien á los ingenios de España. Oprimió sus cervices el yugo africano, de cuyas provincias pasaron á ellas sierpes bárbaras que pusieron miedo á sus musas, las cuales trataron mas de retirarse á las montañas, que de templar sus instrumentos: hasta que *Juan de Mena*, docto varon, les quitó el miedo y las redujo á que entre el ruido de las armas levantasen la dulce armonía de sus voces. En él hallarás mucho que admirar y que aprender; pero no primores que imitar. Tal era entónces el horror á la villana ley de los consonantes (9), hallada en medio de la ignorancia, que se contentaban con explicar en copla sus conceptos, como quiera que fuese.

Florecieron despues el *Marqués de Santillana*, *Garci-Sanchez*, *Costana*, *Cartagena* y otros, que poco á poco fueron limando sus obras.

Ausias March escribió en lengua lemosina y se mostró agudo en las teóricas y especulaciones de amor; y aun dió pensamientos á

Petrarca para que con pluma mas elegante los ilustrase y hiciese suyos.

Ya en tiempos mas cultos escribió *Garcilaso*, que con la fuerza de su ingenio y natural, y la comunicacion de los extrangeros, puso en un grado muy levantado la poesía. Fue príncipe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces descubrió los sentimientos del alma; y como estos son tan propios de las canciones y églogas, por eso en ellas se venció á sí mismo, declarando con elegancia los afectos, y moviéndolos á lo que pretendia. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas con mucho decoro usa de locuciones sencillas y elegantes, y de palabras cándidas que saben al campo y á la rustiquez de la aldea; pero no sin gracia y con profunda ignorancia y vejez, como hicieron *Mantuano* y *Encina* en sus églogas; porque templa lo rústico con la pureza de voces propias, imitando á *Virgilio*.

En Portugal floreció *Camoes*, honor de aquel reyno. Fue blando, amoroso, conceptuoso, y de grande ingenio en lo lírico y en lo épico.

En los tiempos de *Garcilaso* escribió *Boscan*, que por ser extrangero en la lengua merece mayor alabanza, y se le deben perdonar algunos descuidos en las voces.

Sucedió á estos *Don Diego de Mendoza*, el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo; pero flojo é inculto.

Casi en aquellos tiempos floreció *Cetina*, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni nervio.

Ya con mas luz nació *Luis de Barahona*, varon docto y de levantado espíritu. Pero sucedióle lo que á *Ausonio*, que no halló con quien consultarse; y así dejó correr libre su vena sin tiento ni arte.

Este mismo tiempo alcanzó *Juan de Arjona*, y con mucha facilidad intentó la traduccion de Estacio, encendiéndose de aquel espíritu; pero prevenido de la muerte la dejó comenzada. Muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traduccion, sin bajarse á menudencias y niñerías, como *Aguilára* en la traduccion ó perífrasis de los Metamorfóseos de Ovidio.

Don Alonso de Ercilla, aunque por la ocupacion de las armas no pudo acaudalar la

erudicion que para estos estudios se requiere, con todo eso en la *Araucana* mostró un gran natural y espíritu, con fecunda y clara facilidad.

En nuestros tiempos renació un Marcial Cordobés en *Don Luis de Góngora* (10), requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donayres de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió despues queriendo retirarse del vulgo y afectar oscuridad: error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*; pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades* se halló despues tanto mas estimado cuanto con mas cuidado le buscaron los ingenios, y explicaron sus agudezas.

Contemporáneo suyo fue *Bartolomé Leonardo de Argensola* (11), gloria de Aragon, y oráculo de Apolo, cuya facundia, erudicion y gravedad con tan puro y levantado

espíritu, y tan buena eleccion y juicio en la disposicion, en las palabras y sentencias serán eternamente admiradas de todos, y de pocos imitadas. La pluma poco advertida afeó sus obras, y despues la estampa, por no haberlas entendido: peligro á que estan expuestas las impresiones póstumas.

Lope de Vega (12) es una ilustre vegal del Parnaso, tan fecundo, que la eleccion se confundió en su fertilidad, y la naturaleza enamorada de su misma abundancia despreció las sequedades y estrechezas del arte. En sus obras se ha de entrar como en una rica almoneda, donde escogerás las joyas que fueren á tu propósito, que hallarás muchas.

Sin reparar (13) en el órden y disposicion agradecí la relacion de estos ingenios; y saliendo de aquellas *Aduanas*, nos detuvo el ruido de confusas voces que salian de unas *Escuelas* que estaban al lado. Quise reconocerlas y ví que *Antonio de Lebrija*, *Manuel Alvarez* y otros enseñaban á la juventud la gramática, porque sin su perfecto conocimiento ninguno podia ser ciudadano de aquella república. La multitud de reglas y preceptos era grande; y si bien *Sanchez Bro-*

cense las habia reducido á menos en su docta Minerva (á quien *Gaspar Sciopio* mas dió á conocer que añadió) con todo eso oprimian la capacidad de aquellos mancebos, y muchos impacientes dejaban el estudio; y aunque eran hábiles para las ciencias, tenian tal oposicion á la gramática que se aplicaban á las armas ó á las artes mecánicas, sin llegar á ser ciudadanos de aquella República, con grave daño de ella. Otros despues de cuatro ó cinco años apenas sabian la lengua latina, con que pasada la edad apta para las ciencias, quedaban inhábiles para ellas. Mucho me lastimé de esto, reconociendo que era la principal causa de la ignorancia; y pregunté á *Marco Varron*, que por qué se perdia tanto tiempo en solo enseñar una lengua, que sin preceptos, con el uso y ejercicio se podia aprender en cuatro meses, como se aprenden las demas lenguas; y por qué razon no se enseñaban las ciencias en las maternas, como hicieron los griegos y despues los romanos, pues casi todas son capaces de ello. Á que me respondió así.

Muchos no aprueban (14) este estilo de enseñar la gramática; pero hay costumbres

que todos las reprueban, y todos corren con ellas; y en España no es el mayor daño el de los preceptos, sino el descuido de los padres en no aprovecharse de la infancia apta y dispuesta para las lenguas por la misma naturaleza: lo cual reconocido de las demas naciones, apenas empiezan á pronunciar los niños, cuando les ponen en las manos el abecedario y el arte latino. En cuanto á las ciencias no convino hacerlas vulgares con la lengua materna; porque reducido el mundo despues de la caida de los romanos á varios dominios, y perdida la lengua latina, que era comun á todos, fue necesario mantenerla, no solamente por los libros doctos que habia escritos en ella, sino tambien porque las naciones pudiesen gozar de las especulaciones y prácticas que cada una de las demas hubiese observado, puestas en una lengua comun y universal: lo cual no pudiera ser sin el prolijo trabajo de las traducciones, en quien pierden su gracia y fuerza las cosas.

Despues de estas *Escuelas* estaban las mas celebradas *Universidades* del mundo: *la Beritense* restaurada por los Emperadores Diocleciano y Maximiano, y despues por Justi-

niano: *la de Bolonia* que levantó Teodosio, *la Patavina*, *la Babilónica* y las de *Viena*, *Ingolstat*, *Salamanca*, *Alcalá*, *Coimbra* y otras. Grande era el ruido de los estudiantes (15). Unos con otros voceaban encendidos los rostros y descompuestas las manos. Porfiaban todos y ninguno quedaba convencido; de donde conocí cuan acertado fue el geroglífico de los egipcios que significaban las escuelas por la cigarra. En algunas de las universidades no correspondia el fruto al tiempo y trabajo. Mayor era la presuncion que la ciencia: mas lo que se dudaba que lo que se aprendia: el tiempo no el saber daba los grados de bachilleres, licenciados y doctores, y á veces solamente el dinero, concediendo en pergaminos magníficos, con plomos pendientes de hilos potestad á la ignorancia para poder explicar los libros y enseñar las ciencias, y hallarse en uno de estos grados.

Pasaban en buen órden los *Historiadores* griegos y latinos y de otras naciones. Deseoso yo de reconocerlos, les salí al paso pidiendo á *Polidoro* que uno á uno me refiriese sus nombres y sus calidades.

Este (me respondió) (16) que camina

con pasos graves y circunspectos, es *Tucídides*, á quien la emulacion á la gloria de *Herodoto* puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso.

Aquel de profundo semblante es *Polibio*, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de los cuales solamente han quedado cinco, á que perdonó la injuria de los tiempos; pero no la malicia de *Sebastian Maccio*, que ignorantemente le maltrataba, sin considerar que es tan docto, que enseña mas que refiere.

El que con la toga lisa y llana y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es *Plutarco*, tan versado en las artes políticas y militares que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es *Xenofonte*; á quien Diógenes Laercio llamó *Musa Atica*, y otros con mas propiedad *Abeja Atica*.

Este, vestido sucintamente, pero con gran

policía y elegancia, es *Cayo Salustio*, grande enemigo de *Ciceron*, en quien la brevedad comprehende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polion parece oscuro, atrevido en las traslaciones y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caidas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan mas tierra que los demas, es *Cornelio Tácito*, tan estimado del Emperador Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se escribiesen sus libros. Pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte de ellos, y que los demas estuviesen sepultados por muchos años, sin que hiciesen ruido en el mundo, hasta que un *Flamenco* le dió á conocer á las naciones, que tambien ha menester valedores la virtud. Pero no sé si fue en esto mas dañoso al sosiego público que el otro inventor de la pólvora. Tales son las doctrinas tiranas y el veneno que se ha sacado de esta fuente: por quien dijo Budeo, que era el mas facineroso de los escritores. Á semejante peligro se exponen los que es-

criben en tiempo de Príncipes tiranos, que si los alaban, son lisongeros; y si los reprehenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos. Pero esta calumnia se recompensa con lo que otros alaban en él: pues Plinio Cecilio le llama elocuente: Vopisco, facundo: Esparciano, puro y cándido: Bodino, agudo; y Sidonio, digno de toda alabanza.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de este que parece destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores; porque es *Tito Livio* de no menor gloria á los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de *Polibio*, y dió en la supersticion. Así por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

No ménos debes considerar la garnacha de *Cayo Suetonio Tranquilo*, que viene despues de él, tan perfectamente acabada, que quièn la quisiese mejorar la gastaria. En su semblante conocerás la impaciencia de su condicion, que no puede acomodarse á la lisonja, ni á tolerar los vicios de los Príncipes, aunque sean ligeros: si pueden serlo los que comete la cabeza de la república, cuyas accio-

nes imita ciegamente el pueblo, sin que la lisonja ó lo abatido de la servidumbre repare en si son buenas ó malas; ántes todas le parecen buenas. Porque no de otra suerte que suele la estimacion del Príncipe á esta especie de piedras preciosas, mas que á aquellas, darles mayor valor en la opinion del vulgo, aunque en su naturaleza no le tengan; así estiman los vasallos por loables las costumbres depravadas que ven ejercitadas y aprobadas en la cabeza que los gobierna.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quieren imitarle, es *Julio César*, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos, y disimular sus errores. ¿Pero quién es tan constante amigo de la verdad, que los descubra, ó tan retirado de sí que los reconozca? Pues si el afecto á otros suele dar diferentes luces á las cosas agenas, ¿qué fuerza tendrá en las obras propias, y principalmente en aquellas que son hijas del ingenio y del valor?

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente sin arreo ni joyas, es *Felipe Comines*, señor de Argenton, cuya frente (en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte) tendida descubre su buen juicio.

El otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es *Guichardino*, gran enemigo de la casa de Urbino.

El que va á su lado con un ropon de martas, que apénas puede darle bastante calor, es *Paulo Jovio*, adulador del marqués del Basto y de los Médicis, y enemigo declarado de los españoles; vicios que desacreditan la verdad de su historia.

El otro de largas y tendidas vestiduras es *Zurita*, á quien acompañan *Don Diego de Mendoza*, advertido y vivo en sus movimientos, y *Mariana* cabezudo (17), que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso. Afecta la antigüedad; y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

Informado así de las calidades de aquellos *Historiadores*, pasamos adelante, y vimos á un lado y otro de aquellas *Universida-*

des las *Librerías* mas insignes que celebró la edad presente y la pasada. Aquella de *Tolomeo Filadelfo* con cincuenta mil cuerpos de libros: la *Ambrosiana* de Milan con cuarenta mil: la *Octaviana*, *Gordiana* y *Ulpia*: la *Vaticana*: la del *Escurial* y la *Palatina*. En ellas hallamos muy antiguos libros escritos en varias materias. Los mas antiguos en hojas de palmas cosidas sutílmente entre sí, y en aquellas túnicas blancas que estan entre las cortezas y los troncos de los árboles que se llamaban libros, de donde quedó este nombre. Otros en planchas sutíles de plomo y en tablas bañadas de cera, sobre que se entallaban los caractéres con un buríl de hierro llamado estilo, de donde tambien se dedujo el bueno ó malo estilo. Otros libros hallamos escritos en unas membranas tegidas de los hilos interiores de un árbol como junco hallado en Egipto, cuando aquella region se sujetó á Alejandro Magno, aunque hay quien le da mayor antigüedad. Este árbol se llamaba Papíro, y de aquí nació el nombre de papel; como tambien de carta, porque se labraba en una ciudad de este nombre cerca de Tiro. Vimos tambien otros libros en pie-

les de animales, llámados pergaminos, por haberse hallado en Pérgamo, cuando el Rey Tolomeo Filadelfo mandó echar un bando que no se sacase de su reyno el papel, envidioso de que Eumenes, Rey de Atalia, no juntase otra librería tan insigne como la suya. Así alguna vez á costa del trato y comercio de los vasallos sustentan los Príncipes sus emulaciones y envidias. Estos libros no estaban encuadernados como los que hoy se usan, sino revueltos (de donde se llamaron volúmenes) á unos garrotes de madera, évano y marfil, con los pomos de plata y piedras preciosas.

Todos estos edificios me parecieron unas disposiciones de aquella ciudad, y deseaba ya entrar por sus calles. Pero cuando creí haberlo conseguido, me ví en unos collados apacibles, que dejaban del uno y otro lado valles y soledades amenas, dispuestas todas á la contemplacion. Entre ellas se veían unas pocas casas y chozas, no con mas riqueza ni aparato que el que bastaba para defensa de los rigores del invierno y del verano.

De notable gente estaba habitada esta parte de la ciudad. Los primeros con quien

topamos eran los Gimnosofistas, desnudos y tendidos sobre la arena contemplando las obras de la naturaleza. Luego los Druidas, que nunca encomendaban á la pluma su ciencia: los Magos de Persia, los Caldéos de Babilonia, los Turdetanos de España, los Bracmanes, Agripéos, Heliopolitanos, Arimféos, Talmudistas, Cabalistas, Saducéos, Samanéos, atentos todos á los secretos naturales, á cuyo bárbaro desvelo debieron su primera luz las ciencias.

Entre ellos ví á *Prometéo* (18), que le roía el corazon un deseo insaciable de saber; y docto en las artes hasta entónces no conocidas, de tal suerte las enseñaba á los hombres y reducia sus fieras y rústicas costumbres á la civilidad y trato humano, que casi los componia y formaba de nuevo con sus manos, inspirando aliento en aquellos cuerpos ó vasos de barro.

Endimion parecia enamorado de la luna, siempre en ella los ojos notando sus movimientos y mudanzas. Estudio fue en él lo que otros juzgaron por requiebro.

Atlante, tan levantado en la consideracion de los astros, que juzgaría quien le

viese que estaba sustentando los cielos.

Protéo, especulativo en los principios, progresos y transmutaciones de las cosas, recibia en sí aquellas formas y naturalezas.

Entre unos árboles estaban sentados aquellos siete varones sábios, á quien tanto celebró la Grecia; y como la soberbia es hija de la ignorancia, y la modestia de la sabiduria, mostraron en nuestra presencia la que habian adquirido con el estudio y especulacion. Porque habiendo unos pescadores jónicos sacado del mar entre las redes una trípode ó mesa redonda de oro, obra (segun era voz) de Vulcano, y consultado el oráculo de Delfos (para excusar diferencias) á quien tocaba, respondió que al mas sábio; y habiéndosela dado á *Thales*, vimos que con modestia cortés la dió á otro, y éste al otro, hasta que llegó á *Solon*, que la ofreció al mismo oráculo, diciendo que se debia á Dios en quien solamente se hallaba la verdadera sabiduría: accion que pudiera desengañar la presuncion y arrogancia de muchos.

Á las corrientes de una fuente estaban *Sócrates*, *Platon*, *Clitómaco*, *Carneades* y otros muchos filósofos académicos, siempre

dudosos en las cosas sin afirmar alguna por cierta. Solamente á fuerza de razones y argumentos procuraban inclinar el entendimiento, y que una opinion fuese mas probable que otra.

Poco mas adelante estaban los filósofos scépticos, *Pirro*, *Xenócrates* y *Anaxarco*, gente que con mayor incertidumbre y miedo lo dudaba todo, sin afirmar ni negar nada, encogiéndose de hombros á cualquier pregunta, dando á entender que nada se podia saber afirmativamente. Cuerda modestia me pareció la de estos filósofos, y no sin algun fundamento su desconfianza del saber humano; porque para el conocimiento cierto de las cosas son necesarias dos disposiciones, de quien conoce y del sugeto que ha de ser conocido: quien conoce, que es el entendimiento, se vale de los sentidos exteriores y internos, instrumentos por quien se forman las fantasias. Los sentidos pues exteriores se alteran y mudan por diversas afecciones, cargando mas ó menos los humores: los internos tambien padecen variaciones, ó por las mismas causas, ó por su vária composicion y organizacion, de donde nacen tan desconformes opiniones

y parecéres como hay en los hombres, concibiendo cada uno diversamente lo que oye ó ve. En las cosas que han de ser conocidas hallarémos la misma incertidumbre y mutabilidad; porque puestas aquí ó allí cambian sus colores y cualidades, ó por la distancia, ó por la vécindad á otras, ó porque ninguna es perfectamente simple, ó por las mixtiones naturales y especies que se ofrecen entre los sentidos y cosas sensibles; y así de ellas no podemos afirmar que son, sino decir solamente que parecen, formando opinion y no ciencia. Mayor incertidumbre hallaba *Platon* en las cosas, considerando que en ninguna de ellas estaba aquella naturaleza comun de que participan; porque tales formas ó ideas (*decia*) asisten á la naturaleza purísima y perfectísima de Dios, de las cuales viviendo no podemos tener conocimiento cierto, y solo vemos estas cosas presentes que son reflejos y sombras de aquellas; por lo cual es imposible reducirlas á ciencia.

En otra parte estaban los filósofos *Dogmáticos*, que asentaban por firmes sus proposiciones, constituyendo algunas cosas como bienes, y otras como males, con que siem-

pre vivian con el ánimo inquieto y perturbado, huyendo de estas y apeteciendo aquellas.

Mas cuerdos me parecieron los filósofos *Scépticos*, porque juzgaban como indiferentes las cosas, y así ni las deseaban, ni las temian, sin que pendiese su felicidad ó infelicidad de gozarlas ó perderlas.

Otros filósofos tuvieron diferentes opiniones; y siendo estas tan várias como las naturalezas de los hombres, nacieron de ellas infinitas sectas y escuelas.

Paseandose los *Peripatéticos* por unos portales disputaban y asentaban sus máximas. En otros, que con variedad de figuras habia heche apacibles el pincel de Polignoto, pertinaces los *Estoicos* defendian importunamente sus opiniones y paradojas, reduciendo á necesidad y hado las cosas, con una inhumana severidad en el desprecio de los bienes externos y en los afectos y pasiones del ánimo.

Mas adelante estaban los *Pitagóricos*, entre los cuales hablaban pocos y callaban muchos, muy observantes en el importuno silencio de cinco años.

Luego encontramos á los *Epicûreos*, *los Cínicos* y *los Heliacos*.

Retirado de todos estos filósofos, menos vano y mas desengañado, estaba *Diógenes*, cuyo estudio hurtaba algunas horas á las ocupaciones públicas para la contemplacion de las materias estóicas, templando lo austero de aquellos maestros, y mostrándose en nada dependiente de alguna fuerza superior, y mas cortés con los afectos y pasiones naturales; el cual á la márgen de un arroyo contemplaba su corriente, y por la corteza de un álamo con la punta de un cuchillo moralizaba la claridad y pureza de sus aguas en este epígrama español:

Risa del monte, de las aves lira,
Pompa del prado, espejo de la aurora,
Alma de Abril, espíritu de Flora,
Por quien la rosa y el jazmin respira;
Aunque tu curso en cuantos pasos gira
Tanta jurisdiccion argenta y dora,
Tu claro proceder mas me enamora,
Que lo que en tí naturaleza admira.
¡Quan sin engaño tus entrañas puras
Dejan por transparente vidriera
Las guijuelas al número patentes!
¡Quan sin malicia, cándida, murmuras!

¡O sencillez de aquella edad primera!
Huyes del hombre, y vives en las fuentes.

Pendiente de un ramo de aquel álamo tenia una targeta ovada, y en ella pintada una concha de perlas, cuya parte exterior, si bien parecia tosca, descubria dentro de sí un plateado y cándido seno, y en él aquel puro parto de la perla concebida del rocío del cielo, sin otra mezcla que manchase su candidez, y por mote ó alma de esta empresa aquel medio verso de Persio: *Nec te quaesiveris extra*; en que mostraba el filósofo su desprecio á la emulacion y á los juicios exteriores de la envidia, contento con la satisfaccion propia de su ánimo, siempre puro y atento á sus obligaciones.

En lo mas oculto de aquellos bosques habia la naturaleza, sin asistencia alguna del arte, abierto una puerta á las entrañas de un monte, á cuyos senos por rústicas claraboyas entre peñascos escasamente penetraban los rayos del sol. Horror causaba la entrada; pero al deseo y curiosidad de ver, pocas cosas hacen resistencia; y la compañía de *Marco Varron* (ya versado en aquellos lugares)

lo facilitaba todo. Por ella nos arrojamos pisando las dudosas sombras de aquellos oscuros lugares, y á pocos pasos tropecé y caí sobre dos cuerpos, que el sobresalto me representó muertos. Pero no se engañó mucho, porque estaban dormidos. Despertáron ambos; y sabiendo yo que el uno era *Artemidóro* y el otro *Cardáno*, dige á este que siendo muchas de sus vigilias tan doctas y tan provechosas á aquella Repûblica, era delito el entregarse tan torpe y tan ociosamente al sueño, imágen de la muerte. Antes, me respondió, es imágen de la eternidad; pues en él, como en un espejo, vemos el tiempo presente y el futuro. Reíme de su proposicion creyendo que aún estaba dormido; y él picado prosiguió diciendo: no os burleis de los sueños, los cuales hacen divino al hombre con el conocimiento de lo futuro: atributo por naturaleza reservado á Dios; porque en ellos, como en un teatro, se le representan en diversas figuras las cosas que han de suceder, y á veces las sucedidas para advertimiento propio y ageno; y así no es torpe ni ocioso el tiempo que dormimos, ni lo dejamos de vivir; porque seria engaño de la naturaleza

el haber defraudado al aliento de la vida la mitad de ella; y es conforme á razon que siendo el hombre por su entendimiento una semejanza de Dios, y habiendo dado dos tiempos, uno de vigilia, y otro de sueño, no le habia de faltar en ambos el ejercicio de esta semejanza, teniendo por tan largo espacio de tiempo enagenados y inútiles los sentidos. Para el remedio pues de ambos inconvenientes dispuso la divina Providencia, que como en la noche presiden la luna y estrellas con la luz prestada del sol, para que careciendo de su presencia no careciesen de sus rayos; así tambien dispuso que la fantasía y las operaciones intelectuales se ejercitasen en el desvelo del alma mientras duerme el hombre á pesar de la humedad del celebro; y como es inmortal el alma, y entonces se halla en cierto modo fuera de los engaños del cuerpo por estar impedido, se une á sí misma, y obra con destino superior, reconociendo lo futuro, para que ni este acuerdo, ni esta preciencia faltasen al hombre, imágen de Dios. Este devanéo agudo de Cardáno me pareció peligroso para conferido, y sin replicarle me retiré.

Vimos á un lado y otro muchos hornillos (10) encendidos, con gran variedad de redomas, alambiques y crisoles, en que estaban ocupados infinito número de hombres, todos pobres y rotos, abrasados del fuego, tizinados del humo y manchados de los mismos olios y quintas esencias que sacaban. Su ejercicio era aplicar mixtiones, procurando las alteraciones, corrupciones, sublimaciones y transmutaciones de las materias. Su lenguage era extraño: al plomo llamaban Saturno: al estaño Júpiter: al hierro Marte: al oro Sol: al cobre Venus: al azogue Mercurio, y Luna á la plata: gente espléndida y rica en los vocablos; en lo demás pobre y abatida, que cobraba en humo sus grandes esperanzas. Luego conocí que eran *Alquimistas*, y me dolí mucho de verlos tan laboriosamente ocupados en aquella vana pretension de engendrar metales, obra de la naturaleza en que consume siglos. Allí (¡ó gran locura!) para hacer oro consumian el poco que tenian, pertinaces en aquel intento, sin conocer cuan imposible es al arte introducir nuevas formas, ni que aún acompañada de la naturaleza pueda pasar los metales de unas

especies en otras. Lo que mas admiré fue que muchos Príncipes arrimaban el centro hinchaban los fuelles para animar las llamas, con no menos codicia que los demás.

No pudimos sufrir la vehemencia del olor de aquellas sales, de cuyas coccibnes nacian efectos nunca imaginados de la filosofia; y penetrando por aquellas confusas sombras se nos ofrecieron á la vista las Sibilas: la Délfica, la Erithrea, la Pérsica, la Lábica, la Cumea, la Tiburtina y otras, unas arrimadas á simulacros de Apolo, y otras á las bocas de ciertas cuevas en forma de templos todas inflamadas y arrebatadas de un espíritu celestial, y puestas en un furioso éxtasis, casi incapaces á tanta divinidad; las cuales, ya en voces, ya en hojas de árboles, daban sus oráculos ó respuestas, y confusamente descubrian los futuros sucesos.

Despues de ellas Hiarco, uno de los Bracmanes, Hermes Egipcio, Zoroastes Persa, y Buda Babilónico con gran atencion consideraban los principios y causas de las cosas, la recíproca conexion de los elementos, sus combinaciones, la generacion y corrupcion de los mixtos, las impresiones meteorológi-

cas, los ciegos movimientos de la tierra, la naturaleza de las yerbas, plantas, piedras y animales; y ya con la fuerza de la misma naturaleza, ya con varios círculos, caractéres y rombos animados con trémulas invocaciones de espíritus obraban maravillosos efectos. Allí los nigrománticos susurrando llamaban las sombras infernales infundidas en aparentes cuerpos de difuntos. Los pirománticos adivinaban echando pez deshecha en el fuego, y notando el estrépito de las llamas, su luz clara ú oscura, derecha ó torcida. Lo mismo consideraban en ciertas teas encendidas, escritos en ellas varios caractéres. Los hidrománticos hacian pronósticos por anillos pendientes en vasos de agua, y por el movimiento y ruido de las olas. Los aërománticos por las impresiones del ayre, en cuyos oscuros espacios formaban varias figuras. Los sicománticos por hojas de higuera ó salvia, escritos nombres en ellas y arrojadas al viento. Los clerománticos por las hojas de los libros de Homero ó Virgilio. Los geománticos por puntos iguales ó desiguales, los cuales reducian á los signos del cielo, juzgando por ellos como por las casas del Zodiaco:

Los chirománticos por las rayas de las manos, notando sus colores encendidas ó pálidas, sus principios y fines, sus vueltas y cortaduras. Entre estos asistian los augures haciendo juicio de los sucesos futuros por los vuelos de las aves, derechos ó torcidos. Los haruspices por las entrañas de los animales, si estaban ó no gastadas, atendiendo al color del hígado y del corazon, y á los movimientos y mudanzas de la sangre. Otros por el relincho de los caballos, por el piar ó picar de los pollos, y por otras cosas semejantes, formaban agüeros, y pronosticaban los sucesos prósperos y adversos. Peligrosa me pareció la conversacion y trato de esta gente; porque si bien el entendimiento conocia la supersticion de sus oráculos y la vanidad de sus pronósticos, se dejaba lisongear de ellos la voluntad llevada de no sé que secreta inclinacion de saber lo futuro: fuerza de aquella parte de naturaleza divina que está en las almas, que como emanaron de la eterna sabiduría de Dios, anhelan por parecerse á su Criador en aquello que solamente es propio de su divinidad, que es la ciencia de los futuros contingentes; y así no tenemos la

misma curiosidad de saber lo que sucedió, aunque no hay diferencia alguna de los sucesos pasados si se ignoran, y de los futuros si no se saben.

A un lado se levantaban dos collados en forma de mitra recamada con torzales de lauros y mirtos entre racimos de perlas que dejaban pendientes de los ramos los traviesos saltos de una clara y apacible fuentecilla, aborto animado de la coz del caballo Pegáso, á cuya herradura debieron ingeniosos errores las edades. Al rededor de esta cristalina vena, nacida con mas obligaciones á la naturaleza que al arte, estaban ociosamente divertidos Homero, Virgilio, el Taso y Camoes, coronados de laurel, incitando con clarines de plata á lo heróico. Lo mismo pretendia Lucano (20) con una trompeta de bronce, encendido el rostro, y hinchados los carrillos. Con mas suavidad y delectacion tocaba Ariosto una chirimía de varios metales. Acompañaban este concierto músico Pindaro, Horacio, Catúlo, Petrarca y Bartolomé Leonardo de Argensola con liras de cuerdas de oro; á cuyo son Eurípides y Séneca calzados el pie derecho con un coturno vistoso y gra-

ve, y Plauto, Terencio y Lope de Vega con zuecos danzaban maravillosamente, dejando con sus acciones purgados los afectos y pasiones del ánimo.

Por aquellas vecinas faldas apacentaban su ganado Teócrito, Sanázaro y el Guarino con pellicos de blancos y suaves armiños, y entonando con alternativos coros sus flautas y albogues, les hacian tan dulce música, que las cabras dejaban de pacer por oirlos.

Todo lo notaban (21) Juvenal, Persio, Marcial y D. Luis de Góngora, y sin respetar á alguno picaban á todos agudamente con unas tablillas en forma de picos de cigüeña.

No me pareció que estábamos seguros de sus mordaces lenguas, y nos retiramos apriesa de aquella fuente; y en lo alto de uno de sus collados vimos al Rey *Don Alonso*, aquel que entre los Reyes de España mereció nombre de Sabio, el cual con gran elevacion de ánimo, levantado á los ojos un astrolabio, observaba en la parte austral del cielo entre las constelaciones de Hércules y Bootes la latitud de la corona de estrellas de Ariadne, sin advertir que al mismo tiempo le quitaban la suya de la cabeza. No admite el ar-

te de reynar las atenciones y divertimientos de las ciencias, cuya dulzura distrae los ánimos de las ocupaciones públicas, y los retira á la soledad y al ocio de la contemplacion y á las porfias de las disputas, con que se ofusca la luz natural, que por sí misma suele dictar luego lo que se debe abrazar ó huir. No es la vida de los Príncipes tan libre de cuidados que ociosamente pueda entregarse á las ciencias.

Despues de estas soledades deshabitadas (22) entramos en lo poblado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro no correspondia á la hermosura exterior, porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitadores en fabricar con mas vanidad que juicio obras nuevas con las ruinas de unas y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada con mas confusion que fruto de su vana fatiga: que renovaba y no engrandecia la república, antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios y otras obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos y desaliñados. Entre ellos habia poca union y mucha emulacion y envidia. Allí eran nobles los aventajados en las artes y ciencias, de cuya excelencia recibian lustre y estimacion; y los demas hacian número de plebe, aplicándose cada uno al oficio que mas frisaba con su profesion; y así los gramáticos eran bereceros y fruteros, que de unas tiendas á otras con verbosidad y arrogancia se deshonraban unos á otros, motejando tambien á los que pasaban á vista de ellos, sin tener respeto á ninguno. Á Platon llamaban confuso: á Aristóteles tenebroso y gibor, que entre oscuridades celaba sus conceptos: á Virgilio ladron de versos de Homero: á Ciceron tímido y superfluo en sus repeticiones, frio en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado, y fuera de tiempo vehemente: á Plinio rio turbio, acumulador de cuanto encontraba: á Ovidio facil y vanamente fecundo: á Aulo Gelio derramado: á Salustio afectado, y á Séneca cal sin arena.

Los críticos eran remendones, ropavegeros y zapateros de viejo.

Los retóricos saltimbancos que vendian quintas esencias, y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales.

Los historiadores casamenteros, por las noticias que tienen de los linages y intereses agenos.

Los poetas vendian por las calles jáulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas y mantequillas, chochos y muñecas.

Los médicos eran carniceros, enterradores y ejecutores de justicia; y porque aquella república, como tan discreta no admitia boticas, se aplicaban los boticarios á forjar armas y fundir piezas de artillería; y en lugar de ellos Dioscórides vendia yerbas y otras drogas ó simples por las calles.

Los astrólogos se aplicaban á la navegacion y agricultura.

Los perspectivos eran mercaderes que sabian disponer la luz á sus tiendas, para hacer mas hermosas sus telas.

Los lógicos eran corredores, mohatreros y regatones.

Los filósofos jardineros.

Los juristas lenceros y de otros oficios de vara.

Los inclinados á juntar centones y sentencias agenas, y á componer de ellos una obra, se daban á hacer escritorios de taracea y mesas de diversas piedras engastadas en mármol; y los que hacian repertorios á los libros, eran ganapanes que trabajaban para los demas.

En esta república, como en la de los egipcios y lacedemonios, se tenia por virtud el hurtar con pretexto de imitacion; y así los oficiales unos á otros se hacian grandes robos, y cada dia se veían levantadas nuevas tiendas con mercancías agenas. Los que mas se aprovechaban de esta licencia eran los letrados y poetas: aquellos por la variedad de libros y escritos de que se valen; y éstos porque como entraban á vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

Gobernaban esta ciudad diversos senadores autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dion y Apiano gobernaban las cosas del pueblo: Julio César, Veleyo, Amiano y Polibio las militares: Tácito las políticas. Censores eran

Diodoro, Mela y Estrabon; y porque ningun cuerpo de reyno ó república se puede mantener sano (aunque su cabeza sea de buen consejo, y esten perfectamente organizados sus miembros) si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con práctica y conocimiento político suministre á cada una de las partes la sustancia que ha menester; se servia esta república de Suetonio Tranquilo, varon grande, criado en negocios, versado entre naciones, zeloso, prudente y secreto.

Por una calle venia *Mecenas* (23) en una litera de varios colores, recostado en un lecho y llevado de ocho esclavos vestidos á la soldadesca. Á su lado iba Virgilio á pie, dándole quejas de Horacio, porque olvidado de las mercedes y honras recibidas, habia murmurado de él en nombre de *Maltino*, que traía la toga arrastrando. Reíme del caso, y mas de Mecenas; porque gastaba su hacienda en la proteccion de un liberto atrevido, sin advertir cuan peligrosos son los ingenios agudos y picantes, y cuanta prudencia es estimarlos y no tenerlos cerca; porque provo-

cados de su misma agudeza, ofenden á quien tienen presente sin disimularle sus faltas, no habiendo gratitud tan poderosa con el amor propio que pueda obligarle á retener dentro del pecho un buen dicho sin que salga á los labios.

Apuleyo en un asno alazan (24) se paseaba por la ciudad, no con poca risa del pueblo, que corriendo tras él, unos le silvaban, y otros le llamaban cuatrero, porque era fama haberle hurtado. ¡Ó cuán facilmente admite el vulgo por cierto las calumnias en los varones grandes! Á quien antes no volvia el rostro, aunque lo debia á la admiracion de su talento, ahora por una voz levantada de la envidia, todos le miran y notan. Así sucede (sea consuelo de la virtud) á la luna, que en sus trabajos y defectos halla fijos los ojos todos del mundo, y nadie repara en ella cuando llena de luz va ilustrando sus horizontes.

Haciendo frente á una calle ancha se levantaba un hermoso edificio, cuya grandeza mostraba que era obra pública; y preguntando al sacerdote por ella, me dijo que era la *Casa de los locos*, destinada mas para distin-

cion de ellos, que para su cura; porque á ninguno le impedian el ejercicio de sus caprichos y temas. Excusada me pareció aquella separacion en ciudad que podia toda ella servir de lo mismo, siendo su poblacion de los mayores ingenios del mundo, y no habiendo alguno grande sin mezcla de locura.

Dos porteros estaban á la puerta mas atentos á vencer lo casi imposible de sus empresas, que á los que entraban y salian. El uno macilento y desvelado, con un compas en la mano procuraba sacar sobre una pizarra negra la cuadratura del círculo; y el otro con mas codicia que gloria formaba un instrumento matemático, con que se persuadia haber hallado en la navegacion la certeza de la longitud.

En unos salones grandes habia notables humores. Allí estaban los discípulos de *Raymundo Lulio* volteando unas ruedas, con que pretendian en breve tiempo acaudalar todas las ciencias. Muchos seguian á *Tritemio*, deseosos de penetrar su Esteganografia, en que por medio de cuatro espíritus de los cuatro ángulos del mundo pensaba haber hallado el modo de dejarse entender como Angel,

sin explicar con la lengua sus conceptos: invencion que á los ignorantes parecia diabólica, y no contiene mas que una cifra del abecedario.

Algunos se desvelaban en leer piedras y medallas (25) ya roidas del tiempo, y visitar los fragmentos ó cadáveres de los edificios, dejándose caer para contemplarlos por las entrañas de la tierra, donde los sepultó el largo curso de los años.

Otros hacian enigmas, laberintos, anagramas, repertorios, y trabajaban en traducir, glosar y componer versos de centones, en cuya ocupacion despues de una larga atencion la obra era agena, y solamente propio el trabajo.

Otros juntaban á favor de los perezosos, ramilletes de flores y sentencias de varios autores, en que antes merecian pena que premio; pues deslustraban aquellas sentencias, que fuera de su lugar son como piedras sacadas de su edificio donde hacen labor, ó como moneda de vellon fuera de los reynos donde se acuña y corre.

Algunos muy apriesa se paseaban encomendando á la memoria aforismos y brocar-

dicos para parecer doctos; y otros con la misma ambicion se aplicaban á saber los títulos de los libros, y tener ciertas noticias generales de sus materias, con que en todas las conversaciones hacian una vana ostentacion de las ciencias.

En una sala (26) ví un gran número de filósofos desvalidos y maltratados: tales eran las aprensiones disformes en que los habia puesto el contínuo estudio; los cuales procurando la quietud y felicidad de la vida, eran los que mas miserablemente la pasaban; todos dados á la especulacion de las cosas; y para asistir mejor á ellas, unos se habian sacado los ojos, otros cortado la lengua, otros se abstenian de la carne y las demás delicias del gusto. El desvelo los tenia tan flacos y macilentos, que seco y sin sustancia el celebro daban en caprichos extraordinarios. Algunos aborrecian la vida y se desesperaban. Otros acusaban á la naturaleza en la composicion y miserias del hombre, corridos de haber nacido. Quien desconocia el recato natural en las acciones de la generacion. Quien decia de sí que se mudaba en varias formas. Quien referia haber sido antes pez, despues

árbol, y ultimamente hombre. Quien despreciando los edificios, vivia en una cuba. Quien temia que se le habia de huir el alma. Quien que se le llevase el viento, y lastreaba con suelas de plomo las sandalias. Por entretenimiento los junté, preguntándoles qué sentian de la naturaleza y sustancia del alma; y unos me respondieron que era fuego, otros ayre, otros armonía, otros número, otros luz, otros anhélito, otros espíritu: unos que era mortal, otros á tiempos mortal, y á tiempos inmortal; y hubo quien afirmó, como si la hubiera visto, que bajaba volando á los cuerpos desde una selva celestial donde vivia, y que entrando en ellos perdia las alas, volviendo á cobrarlas al salir.

Desvanecido me tenian tan notables locuras; y saliendo de allí oimos en el zaguan de una casa mucha gente, y llevándome á él la curiosidad, reconocí á Galeno haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos, y que entónces desecaba cabezas de Príncipes, en las cuales mostraba á Vesalio Farnesio y á otros que con atencion le asistian, que faltaban en ella las dos celdas de la estimativa: cuyo asiento es sobre la fantasía, hija de la

memoria, que está en la última parte del celebro; y que estas dos potencias estaban reducidas y subordinadas á la voluntad, en quien se hallaban incluidas. Parecióme novedad que la composicion y órganos de los Príncipes se diferenciasen de los demás, y que era gran inconveniente que aquellas potencias tan necesarias, faltasen ó fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada; y queriendo preguntar la causa, lo impidió un alboroto del pueblo, que ciegamente corria á unas partes y á otras, por haberse esparcido voz que el Emperador Licinio, como tan enemigo de aquella República, venia sobre ella con grandes tropas de godos y vándalos.

La confusion era notable; y los que antes del caso parecian prevenidos y ingeniosos, se hallaban en él inútiles para la ejecucion de los remedios. Hiciéronse muchos consejos, en que entraron los senadores de esta ciudad, y los cuatro grandes consejeros de Estado, Platon, Aristóteles, Xenofonte y Cornelio Tácito: unos y otros estimados por varones insignes, y que en sus escritos se habian mostrado juiciosos y de acertadas máximas; pero habiéndolas de obrar en esta oca-

sion, se confundieron entre sí con la variedad de resoluciones que les ofrecía el ingenio, sin que el juicio se pudiese afirmar en alguna de ellas, como gente agena de la práctica y sin experiencia de semejantes accidentes: y si bien intentaron algunas defensas, fueron con medios tan impracticables (aunque parecian sutiles) que luego se descubrió cuán inútiles serían, y cuánto yerran los que fian el gobierno público de ingenios especulativos, y entregados á las ciencias, irresolutos y dudosos con la variedad de opiniones, pertinaces con la viveza de los argumentos, y peligrosos con la noticia de los egemplos pocas veces bien aplicados al caso presente; por lo que se varian los accidentes con las mudanzas del tiempo, siendo los casos tan diversos entre sí, como lo son los rostros.

De esta confusion los libró un aviso cierto de que se habia dado arma falsa; porque el Emperador estaba muchas jornadas de aquella ciudad: con lo cual volvió á su quietud y sosiego, y yo pasé adelante; y entrando por una plaza ví á Alejandro de Ales y á Escoto haciendo maravillosas pruebas sobre una maroma; y habiendo querido Eras-

mó imitarlas, como si fuera lo mismo andar sobre coturnos de divina filosofia que sobre zuecos de gramática, cayó miserablemente en tierra con gran risa de los circunstantes.

Á un lado de la plaza estaban retirados Cricias, tirano de Atenas; Epicuro, Diágoras y Teodoro, que con gran recato de no ser oidos discurrian entre sí con voz baja, y tales demostraciones de temor, que esto mismo encendió en mí mayor deseo de saber lo que trataban; y arrimándome á ellos ví que Cricias con libres y sacrílegos labios decia que habian sido muy ingeniosos y políticos los primeros legisladores del mundo; pues reconociendo que no bastaba el rigor de las leyes á corregir los vicios de los hombres, porque no tenian imperio sobre los animos, ni podian refrenarlos con el temor, para que no maquinasen internamente, ni obrasen cuando no hubiese testigos de sus acciones, inventaron que habia Dios á quien los mas íntimos pensamientos estaban patentes, y que despues de esta vida tenia premios eternos para las virtudes, y penas para los vicios. Aprobaban los demás esta traza, desconocidos á su Criador; y Epicuro con mayor fuerza la daba por

cierta, como quien queria gozar de sus delicias temporales sin los temores internos del animo; pero juzgaba conveniente conservar este engaño en el vulgo, porque sin él no habria seguridad en las haciendas ni en la vida. Yo extrañé la impiedad de aquellos necios ateistas, y con atencion los miré al rostro si tenian ojos, porque solamente en quien no los tuviese podia caer aquella ignorancia, que es lo que movió á los egipcios á significarlos por un hombre pintado con los ojos en los pies, porque si los tuviera levantados mirando al cielo, y contemplase aquel planeta, padre de la luz y conductor de inumerables escuadrones de estrellas, aquel movimiento contínuo de las esferas, aquella divina arquitectura incomprehensible al ingenio humano, en quien ni el poder ni el arte de los hombres pudo tener parte, confesaria luego una primera causa, y bajando con humildad la vista, adoraría en la naturaleza una eterna sabiduría y omnipotencia. Impaciente pregunté á Marco Varron ¿por qué se permitia en aquella República una gente tan ignorante y sin religion, opuesta en esto á todas las naciones, de tan viles pensamientos,

que procurando todos los hombres hacerse eternos, y que no se acabase la vida con la muerte, ellos sustentaban con sus opiniones la mortalidad del alma, y el ser iguales en esto á los demas animales? Donde se disputa (me respondió) es fuerza que haya valedores de todas las opiniones, por extravagantes que sean; y en los ateistas prevalece mas la malicia que la ignorancia. Así engañan la libertad de sus costumbres, á pesar de la luz natural.

Contagiosa me pareció la compañía de tales filósofos, y aun no quise detenerme en la plaza donde estaban, sí bien me llamaba la variedad de cosas que descubria en ella; y entrando por una calle, ví á Luciano (27) que llevaba consigo á Plinio, Aldrobando y Gesnero, filósofos naturales, á que oyesen el último canto de un cisne que estaba para espirar, cuya música y suavidad en aquellos postrimeros acentos de la vida es tan celebrada. Fuíme tras ellos, y junto á un estanque les mostró muriéndose un asno rucio. Celebré la burla, y mucho mas que Luciano con su acostumbrada disimulacion y agudeza quisiese persuadir que habia sido transformacion de

los dioses, para que ninguno presumiese que por ser cisne no podia morir asno.

Mas adelante encontré al buen Diógenes, que con un espejo de propio conocimiento, donde se representaban al vivo los vicios y virtudes de quien se miraba en él, iba por las calles convidando á los ciudadanos á tal conocimiento. Pero ninguno hubo que se quisiese mirar, y mirándose conocerse: de que me maravillé mucho por ser aquella República de hombres al parecer cuerdos y doctos; y con deseo de excusarlos cargué la consideracion, y discurrí entre mí si acaso, como habia Dios con particular providencia formado de tal suerte al hombre, que no se pudiese ver el rostro, porque si le tuviese hermoso, no estuviese á todas horas desvanecido y enamorado de sí mismo, y si feo no se aborreciese; así tambien le habia dificultado el conocimiento de sus propios yerros y faltas, y principalmente de las del entendimiento; porque como este es el que le diferencia de los demas animales, y quien le da una como divinidad sobre todos, no viviese descontento si llegase á conocer sus defectos; de donde nacia que en los de poco ó

mucho ingenio habia una misma felicidad que los igualaba, por la satisfaccion y opinion que tienen de sí mismos, sin haber quien ceda al otro en las calidades del ánimo.

Apenas hubo pasado Diógenes, cuando volviendo el rostro ví salir de su casa á Arquimedes (28), la frente corrida á los ojos, y estos en tierra, tan suspenso y divertido en la invencion de sus máquinas, que llevaba descalzo un pie; y un bonete colorado en la cabeza, con que dormia de noche, sordo á la grita y matraca del pueblo, que con gran risa le seguia: con que conocí cuan inútiles y ineptos son para todas las acciones urbanas y ejercicios de corte los que sin moderacion se entregan á la especulacion de las ciencias, fuera de las cuales no parecen hombres sino troncos inanimados.

Á la puerta de un barbero estaba Pitágoras persuadiendo á otros filósofos la *Transmigracion* de las almas de unos cuerpos á otros; de donde inferia los varios instintos y inclinaciones de los animales. Las de los Reyes decia que se infundian en cuerpos de leones, que parece que velan y estan dormidos: las de los Príncipes en elefantes, de donde na-

cia en aquellos animales su vanidad y tolerancia por cualquier título ó apariencia de grandeza: las de los Jueces en perros, que muerden á los pobres y halagan á los ricos: las de los descorteses en alces, que no doblan la rodilla: las de los poetas en osos, que se sustentan del humor de sus uñas. Oía yo con gusto este discurso; pero un malicioso arrojó en el corro unas habas, y corrido Pitágoras cubriendo con el palio la cabeza se entró dentro de la tienda, dejándonos dudosos de aquel resentimiento; y haciendo varios juicios sobre la causa que le habia movido á prohibir aquella legumbre, unos decian que habia querido persuadir la honestidad por la haba, figura de la lascivia; otros que habia persuadido la rectitud en votar, porque votaban antiguamente por habas. Lo que yo mas ponderé fue cuan facilmente los que mas se precian de entendidos y sábios, se atajan y corren por cualquier cosa, como gente soberbia, y que ligeramente teme perder aquella opinion que los demas tienen de ellos.

Al doblar una esquina topamos á Cipion Africano (29) y á Lelio maltratando á Terencio, queriéndole quitar los zuecos, con

que glorioso se paseaba por aquella ciudad. Acusábanle que los habia hurtado á ellos; y pudiendo mas la fuerza que la verdad, se los sacaron del pie: efectos del poder en los Príncipes, que no contentos con sus bienes internos, se arrogan los del ánimo, aunque sean agenos, y se adornan con las plumas y con los trabajos y sabiduría de los pobres.

En una calle ví que por la una y otra parte corrian tiendas de barberos; y admirado pregunté á Marco Varron la causa por qué habia tantos de aquel oficio en una República de hombres doctos, que afectaban dejar crecidas las barbas y cabellos. Rióse mucho, y respondióme: no son barberos sino críticos, cierta especie de cirujanos que en esta República hacen profesion de perfeccionar ó remendar los cuerpos de los autores. Á unos pegan narices: á otros ponen cabelleras: á otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que á muchos con pretexto de que en tiempo que se escribian los libros á mano, y faltaba la imprenta, se cometian muchos errores, les cortan los dedos ó las manos, diciendo que no son aquellas naturales, y les ponen otras; con que todos

salen desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal, que aun se adelantan á adivinar los conceptos no imaginados, y mudando las palabras mudan los sentidos y taracean los libros. No me pareció que tenia seguras mis narices en aquella calle; y saliendo de ella muy apriesa, dije á Polidoro que ya habiamos visto en la entrada de la ciudad ocupada en otros oficios esta misma gente. Respondió con gracioso despecho: críticos hay para todo.

Entraba por la misma calle Demócrito (30) dando tan grandes risadas, que me obligó á preguntarle la causa, admirado de tal desconcierto en un filósofo cuerdo; el cual, procurando componer aquella pasion alegre, me respondió: hay tantas cosas en esta República que mueven la risa al mas saturnino, que solamente en un forastero tiene disculpa esa pregunta, á que satisfaré representándote las causas generales, porque no atribuyas á simpleza esta descompostura. Despues que el deseo de saber me llevó peregrino entre los indios, persas, caldeos y etiopes, y conocí la vanidad de las ciencias, los daños de esta República, y cuan destruida la tienen sus

ciudadanos, me ha parecido reírme de todo; porque oponerme á tantos, y llorar el remedio ya imposible, seria un vano sentimiento; y cuando este fuera muy vivo, no pudiera contener la risa entre tantas cosas que la provocan. ¿Por ventura bastaria el zelo á reprimirla, viendo la indiscreta estimacion y bárbaro respeto con que veneran las naciones á esta República; no bebiendo otra verdad sino aquella que vierten los labios y destilan las plumas de estos ciudadanos: que en fe de esta credulidad y en emulacion del supremo Artífice, han fingido disformes creaciones de vivientes y mentirosos partos nunca imaginados de la naturaleza, dando á creer que habia en el mar Tritones, Focas y Nereidas; en el ayre Hipogrifos, Pegasos, Harpías y Esfinges; en los montes Sátiros, Panes, Silenos, Silvanos, Orcades y Centauros; en las selvas Driades, Hamadriades; y en las fuentes Napeas?

Los ciudadanos de esta República han sido los que persuadiéron al mundo la idolatría, levantando aras y adorando por dioses las esferas, los astros, los elementos y las demas criaturas racionales é irracionales, hasta las

mas rudas é insensibles; y para disculpa de sus vicios no dejáron mar, rio, fuente, isla, monte, escollo, árbol ni lugar, ó cosa criada, en que con varias transformaciones no conservasen la torpe memoria de los robos, estupros y adulterios de los dioses, atreviéndose á disfamar aquellas puras luces del firmamento, formando de ellas los brutos y las aves, cómplices en sus lascivias y bestiales ayuntamientos.

¿Cómo quereis que no me ria viendo que de estos ciudadanos reciben las gentes los documentos de la vida moral, el aprecio de la virtud y la composicion del ánimo; y somos los que mas rebelde le criamos, mas fáciles á la ira, mas ciegos al amor, mas entregados á la envidia, mas inclinados á la codicia, mas expuestos á la ambicion, mas inconstantes, mas vanos, mas enamorados de nosotros mismos, mas despreciadores de los demas, y mas arrogantes y pertinaces?

Yo no puedo contener la risa cuando veo la vanidad de algunos de los celebrados por doctos en esta República; los cuales, como presuntuosos pavones, pagados de sus estudios se pasean por esas calles, muy preciados

de sábios y entendidos en las materias externas, sin saber nada de sí mismos, mas incultos sus ánimos que las selvas, y mas bárbaros é intratables que las fieras. De estos tales burlo y me rio, y solamente estimo aquel que, aunque ignorante de las ciencias, sabe dominar sus afectos y pasiones, conociendo que ninguna cosa le puede hacer falta, que todas le sobran; cuya felicidad, si no compite, se parece mucho á la de Dios.

No menos me rio de la vanidad de los que piensan que hacen inmortales á los que dedican sus libros, como lo pensaba Apio Gramático; y con soberbia humildad los consagran á grandes Príncipes agenos del conocimiento de las primeras letras, dando por motivo la necesidad de su proteccion contra los malévolos, como si pudiesen defender lo que no entienden, ó como si habiéndose hecho trato la imprenta, no se comprase con el libro la libertad de murmurar de él. Mas cuerdos y menos lisongeros eran los antiguos, que dedicaban sus libros ó á sus amigos, ó á algun Príncipe inteligente, á quien por razon del argumento se le debia la obra.

Pues si consideramos las ciencias, que

son el principal caudal de esta República, ¡cuántas cosas vemos en ellas y en sus profesores que obligan mas á risa que á compasion! Mira la vanidad de los Gramáticos, que soberbios con el conocimiento de la lengua latina, se atreven á discurrir en todas las ciencias y profesiones.

Mira cuan pagada y enamorada de sí está la Retórica con sus afeites y colores, desmintiendo la verdad, siendo una especie de adulacion, y un arte de engañar y tiranizar los ánimos con una dulce violencia tan embaidora, que parece lo que no es, y es lo que no parece. Esta es la lira de Orfeo que llevaba tras sí los animales; y la de Anfion que movia las piedras, siendo piedras y animales los hombres al encanto de ella. Por esto los espartanos no la admitian en su ciudad: Roma la expelió de ella dos veces, y los estóicos la echaban de su escuela, porque mueve los afectos y agrava las enfermedades del ánimo. Á los oradores llama Sócrates públicos lisongeros, y advierte el peligro de darles oficios en la República, porque engañan la plebe, moviéndola con la dulzura de sus palabras á lo que ellos desean; y fiados en esta fuerza y

poder de sus labios intentan sediciones, como lo mostró la experiencia en los Brutos, Casios, Gracos, Catones, Demóstenes y Ciceriones.

Hermana de la retórica es la poesía; que soberbia desprecia las demas ciencias, y presume vanamente la precedencia entre todas; porque á ella sola levantó teatros la antigüedad. No reconoce su nacimiento del trabajo (como rústico y villano de las demas artes) sino del cielo. Está muy presumida, porque los scitas, los cretenses, y tambien los españoles, escribiéron en verso sus primeras leyes, y los godos sus hazañas. Pudiera pues deponer estos desvanecimientos, que es arte afectada y vana y opuesta á la verdad, que se sustenta con la imitacion, siempre fingiendo y representando lo que no es; cuya lascivia para disculpa suya hizo cómplices á los dioses en tantas liviandades, estupros y adulterios, como inventores de ellos; y es la que mantiene vivos los afectos amorosos, cebando con tiernos encarecimientos y blandos requiebros las llamas propias y agenas; cuya lengua maldiciente se sustenta royendo el honor ageno. Notorio es lo que por ella padece

la Reyna Dido, habiendo sido por su honestidad, recogimiento y castidad ejemplo de matronas viudas; y por este y otros vicios la desterraron muchas Repúblicas, y la Sabiduría la echó del lado de Boecio.

No es menos dañosa al mundo la historia; porque como los hombres apetecen naturalmente la inmortalidad, y esta se alcanza con la fama, ó sea buena ó mala (que no en las estátuas ó bronces, sino en la historia se eterniza), de aquí nace que siendo en la naturaleza humana mayor la inclinacion al vicio que á la virtud, hay muchos que como Herostrato emprenden alguna insigne maldad, para que de ellos se acuerden los historiadores; y como tambien en los anales se hallan escritos los vicios y virtudes de grandes Reyes y Príncipes, mas facilmente nos disponemos á excusar nuestra flaqueza con sus vicios que á imitar sus virtudes.

Lo que mas me obliga á risa es la vanidad de los historiadores en arrogarse á sí la teórica y práctica de la política, fundada en sus discursos y sucesos, como si de estos se pudiera fiar la prudencia; porque ó con amor propio, ó con lisonja á ódio, ó por vicio

particular, ó poco cuidado en averiguar la verdad, apenas hay historiador que sea fiel en sus narraciones, consultando mas á la fama de su ingenio que á la verdad, y mas al ejemplo público que al hecho. Los griegos se preciaron de la invencion y no del suceso. Los latinos imitaron á aquellos; y si en algunos se hallan escritas las cosas como pasaron, no puede en sus relaciones fundarse la prudencia política sin gran peligro, porque es menester penetrar sus causas, y estas aunque las ponen los historiadores, son inciertas, imaginadas, ó aprendidas de la comun voz del vulgo ciego y ignorante, porque pocos ó ninguno de los que escriben se hallaron presentes, y si estuvieron no fue posible asistir á todo: ni fueron llamados á los consejos de los Príncipes para saber los motivos de sus acciones públicas y secretas, antes se gobernaron por sus relaciones, en que cada uno justifica y engrandece su causa; y muchas veces por los sucesos infiere los motivos, en que tiene mucha parte el amor y la pasion, y en que la villana naturaleza de algunos escritores, ayudada de la viveza del ingenio, interpreta siniestramente las accio-

nes de los Príncipes; y como estan los vicios vecinos á las virtudes, les da esto mismo ocasion para llamar temerario al atrevido, pródigo al liberal, flojo al prudente, y al cauto tímido.

Otro peligro no menos grave corren los historiadores; porque con el interés lisongean, y sin él satirizan. Y asi Patérculo alaba á Seyano, á Livia y á Tiberio; y Cornelio Tácito pondera la ambicion de Seyano, vitupera el adulterio de Livia, y descubre la simulacion de Tiberio, demasiadamente agudo y malicioso en interpretar sus palabras, y darles diverso sentido de lo que sonaban: peligrosa licencia en un historador, y de quien ninguna accion puede estar segura. Xenofonte no escribe como fue Ciro, sino como debia ser. Tal especie de lisonjas dió fama á Hércules, Aquiles, Hector, Teseo, Epáminondas, Lisandro, Temistocles, Xerxes, Darío, Alejandro, Pirro, Anibal, Cipion, Pompeyo y César, famosos ladrones y tiranos del mundo.

Mira la Filosofía natural envuelta en sofisterías y calumnias de argumentos y palabras, confusa en los mismos términos y voces que ha inventado para entender y enten-

derse, tan divertida en ellos que no levanta los ojos ni la consideracion á penetrar los ocultos secretos de la naturaleza, como hacia en sus principios; y habrás notado en aquellos primeros inventores de esta ciencia.

Y pues has pasado ya por las escuelas y sectas de los filósofos morales, no será menester alargarme en darte á conocer cómo disimulan con vanas apariencias de virtud sus vicios; siendo los epicureos deliciosos, los peripatéticos avarientos, los platónicos y estóicos arrogantes y vanagloriosos. Allí conocerias el desconcierto de sus opiniones en constituir la felicidad del hombre; porque Epicúro y Aristípo la constituyéron en las delicias: Pitágoras y Sócrates en la virtud: Theofrasto en la fortaleza: Aristóteles en la contemplacion: Diodóro en no sentir dolor: Periandro en la gloria, honor y riquezas: Dinómaco y Califo en las delicias juntas con la virtud. Considera pues si has oido mas ingeniosos desvaríos. Entre ellos eché menos como alguno de los filósofos no puso la felicidad del hombre en no escribir; siendo este uno de los mayores y mas importunos trabajos de la vida humana. Platon solamente (con mas

clara luz que los demas) conoció que la felicidad no se podia hallar en las cosas terrenas, sino en la union con el sumo Bien, volviendo á incorporarse con sus ideas; porque mientras vive el hombre está expuesto á las miserias y desvalimientos de la naturaleza: es un juego de la fortuna: una sombra fugaz: un despojo cierto de la muerte; y este mundo, que le dieron para su alojamiento, es falso, é inconstante: un campo de batalla: un teátro de nuestras tragedias; y así ni en él ni en el hombre se puede hallar felicidad cumplida: en otro lugar y en otro ser la hemos de buscar.

Prosiguió el filósofo, y dijo (volviéndose á Marco Varron y á mí con rostro risueño): considerad tambien cuan desvanecida está la Aritmética, porque soñó Pitágoras que en sus números estaban incluidas todas las ciencias, habiendo nacido en un parto con el juego de los dados, sustentada despues á los pechos de la avaricia, cuyos mágicos caractéres reducen á brevísimo espacio las riquezas del mundo y los pasos del sol.

Notad qué arrogante está la Geometría, porque sin ella no se podría entrar en la es-

cuela de Platon, y porque con su asistencia los egipcios hicieron estátuas que articulaban la voz: Arquitas Tarentino una paloma que volaba: Arquimedes los orbes de vidrio, y con sus movimientos giraron como los celestes; y no se acuerda de su villano nacimiento, hija de las inundaciones del Nilo, y hermana de aquellos animales imperfectos: sí bien se puede alabar que entre las ciencias humanas son sus principios los mas ciertos y constantes en que todos concuerdan, sin la discordancia y diversidad de opiniones que hallamos en la astronomía, encontrados entre sí los árabes, egipcios y caldéos, así en el número de los cielos, como en sus movimientos, órbes diferentes, ecuantes y epiciclos, presuponiéndolos cada uno según su modo de entender, sin saber si estan así. Porque viéndose confusos los ingenios especulativos con la variedad de cursos de los astros y movimiento de los cielos, opuestos y diversos los unos de los otros, consideraron que era imposible hallarse en un cuerpo solo, y imaginaron un número de cielos, y en ellos tales orbes, ecuantes y epiciclos, que salvándo lo que pareció imposible á nues-

tro corto modo de entender, se quietase el discurso, midiese y regulase con certeza por tal fábrica imaginada sus movimientos: que es la mas noble y provechosa mentira; y de quien mas ciertos y verdaderos efectos nacen que han inventado los hombres: pues sin errar un minuto se saben por ella los eclipses y aspectos futuros, y los movimientos de las estrellas y planetas; sí bien algunos no estan ajustados como el de Marte y otros, nuevamente hallados por los anteojos largos. Y si estos estan por averiguar y es necesario el ajustamiento de todos para hacer juicio por ellos, ¿cómo la astrología se atreve á pronosticar los futuros sucesos, siendo efecto del movimiento y de la disposicion del cielo y naturaleza de los astros, cuyo conocimiento segun la direccion de sus luces y rayos no puede caer en la corta capacidad del ingenio humano, porque este no es instrumento proporcionado y suficiente para penetrar desde la tierra lo que pasa en el cielo? Y aunque se infieren y se conocen por los efectos las causas, esto en el cielo es imposible: porque siendo casi infinito el número de las estrellas, ¿quién alcanzará á

saber: si nacieron de esta ó de aquella, principalmente que con la variedad de los aspectos y posiciones se van alternando los efectos? Y quando se conocieran distintamente las virtudes y naturalezas de los astros, si estos inclinan y no fuerzan, ¿cómo se puede hacer juicio por ellos que no sea temerario? Pues la libertad, la educacion, la disciplina, la religion, las costumbres, el lugar, la obediencia, la prudencia y otros infinitos accidentes quitan ó corrigen las inclinaciones. Ni es lo que propuso Orígenes y Alberto Magno que las estrellas no son causa de los futuros contingentes, sino señales de lo que ha de obrar el libre albedrío, escritas por Dios con letras de luz ó caractéres de estrellas en ese gran volumen de los cielos; cuyos diversos movimientos le van hojeando continuamente, y le dan á leer al mundo los futuros sucesos: porque siendo casi infinitos los que pueden nacer del acaso y del libre albedrío en tan grande número de años, y en tantos vivientes, es imposible que se puedan señalar por astros, que conservan un perpétuo y uniforme movimiento.

Pero al fin los que gastan la vida en esta

ciencia se pueden disculpar con la divinidad á que aspiran de conocer los casos venideros. ¿Mas qué disculpa podrán dar los Juristas? que siempre viven para otros, ocupados en pleytos y cuidados ajenos, entregados á una facultad, donde la memoria es un elefante que sustenta castillos y aun montes de textos y libros: profesion que como vínculo se hereda de padres á hijos en repertorios, donde se hallan, no se estudian las materias, y donde el ingenio olvidado de su generosa libertad obedece á las palabras y mente del legislador obligado á la defensa, como si siempre sus leyes estuviesen fundadas en los principios fijos de la naturaleza: sin lo cual no se cátedra se pueda llamar ciencia la Jurisprudencia, hija del entendimiento humano, ciego y mudable. Bien lo entendieron aquellos primeros legisladores, que conociendo no eran mas sus leyes que unos dictámenes humanos, les procuraron dar autoridad con el vulgo, persuadiéndole que eran inspiradas de alguna divinidad, como las de Osíris de Mercurio; las de Minos de Jupiter; las de Carondas de Saturno; las de Solon de Minerva; las de Licurgo de Apolo; y las de Numa

Pompilio de la Ninfa Egeria: entre las cuales si cargamos la consideracion, hallarémos que muchas declinan de lo honesto y razonable, y del dictámen de la naturaleza, y que saben á la malicia humana que las dictó. Tales son los hijos de la Jurisprudencia, que es menester pagarlos porque hablen, y porque callen.

Yo los tuviera por los mas dañosos al mundo si no hubiera médicos; porque si los letrados nos consumen la hacienda, éstos la vida. Quien mas lo experimenta son los Príncipes; porque conociendo los médicos cuan natural es en los hombres el apetito de vivir, y que de los enfermos y achacosos son mas estimados, hacen razon de estado de enflaquecer la salud de los Príncipes para que esten sujetos á ellos y los regalen y enriquezcan. Por esto fue muy alabado de discreto aquel Rey de Francia, que cuando estaba bueno daba grandes salarios á sus médicos, y se los quitaba cuando caía enfermo. Mas libres de este peligro vivieron los egipcios, los babilonios y los arcades, porque no quisieron conocer esta ciencia ó esta arte militar, introducida sin duda en las guerras

civiles, haciéndose entonces con ella la guerra como hoy con el acero y el fuego. No ignoró Grecia este instrumento, pues para deshacer los romanos les enviaba médicos; y advertida aquella República los desterró de ella. Su incertidumbre se conoce en que siendo las complexiones de los hombres tan varias y diferentes como los rostros, y tan ocultas que solamente cada uno puede conocer la suya con la experiencia; aún esta no es firme, porque con el tiempo se van mudando por diversos accidentes. Siendo pues casi imposible este conocimiento á los médizos, sin él no se puede acertar la cura; y cuando perfectamente le tuviesen, son tantas las enfermedades y tantas las causas de donde proceden, que no hay poderlas penetrar para aplicarles sus remedios; y aun penetradas, sería necesario otro conocimiento de las virtudes y efectos de las cosas; el cual con gran providencia nos negó la naturaleza, para abrir mas el trato, comunicacion y correspondencia de unas naciones con otras, ocultando de tal suerte sus virtudes en piedras, plantas y animales, que ni en un lugar se hallasen, sino en diferentes, para que

la necesidad de buscar en la provincia agena lo que faltaba en la propia, las uniese en amistad y amor. Y aunque la experiencia trabaja siempre en descubrir estos secretos, y ha alcanzado algunos, es peligrosa su aplicacion; porque estos mismos que curan una parte, dañan otra. ¿Pero para qué son menester mas argumentos que advertir cuan pocas muertes naturales suceden, aunque habrian de ser casi todas si la medicina fuera cierta, corrigiendo los cuatro humores, manteniéndolos en tal igualdad, que se fuesen resolviendo poco á poco? Bien lo conoció quien dijo de ella que era *el arte largo*, *la vida breve y falaz la experiencia*: y así son mas peligrosos los médicos, que las mismas enfermedades; porque contra estas suele tener mas fuerza la naturaleza que contra sus pócimas y venenosas bebidas.

Esta es la perfeccion de las ciencias consideradas en el estado que las poseen muchos de estos ciudadanos. De estas causas generales nace mi contínua risa, aumentada muchas veces con casos particulares como el que se ofreció ahora, que os obligó á preguntarme la causa. Fue pues de ver un poe-

ta que acabando de componer un epígrama, aun antes de haber enjugado la tinta, partia furioso de su casa á enseñarle á sus amigos con tanta priesa como si le hubieran cortado las narices, y las llevase á que se las pegase el barbero á sangre caliente.

Á este chiste Marco Varron y yo levantamos la risa, y Heráclito (que estaba á un lado, los ojos en tierra, y vertiendo lagrimas) alzó con la voz la frente, y desecando con el calor de la ira aquellas contínuas nubes, dijo: no es posible que pueda reirse en esta República, sino es quien por falta de entendimiento no sabe conocer los daños de ella, ni pondera cuan escasa estuvo la naturaleza con sus ciudadanos en el repartimiento de sus bienes. Porque si bien con nosotros mismos nacieron la Lógica, la Retórica, la Poesía, la Filosofía moral y otras ciencias; nacieron éstas entre tan ruda ignorancia, que para lucir algo es menester un contínuo trabajo, en que consumimos los años; y no de otra suerte, que como se hallan los diamentes, la plata y el oro en los minerale con tan rústicas cortezas de tierra, que si á fuerza del buril y del fuego no se limpian

y labran, quedan inútiles sus ocultos quilates; así es menester con largo curso de trabajo y fatigas limar nuestros entendimientos, y descubrirles las ciencias que estan en ellos. ¡Qué lágrimas, qué peregrinaciones y desvelos no pasamos despues en mas madura edad! Tanto leer, tanto escribir, tanto meditar para una poca luz que venimos á dar al discurso; y lo peor es que para ella fue menester que tuviésemos por maestros á los animales, con los cuales anduvo mas cortés y franca la naturaleza. Ellos nos enseñaron gran parte de las artes y ciencias. De las abejas aprendimos la política, de las hormigas la económica. Aquellas nos dieron ejemplo de la monarquía en el gobierno de uno; éstas de la aristocracia en reducirle á pocos, y estos los mejores. Las grullas nos mostraron la democracia, cuyo público cuidado se alterna entre todas. El milano enseñó el arte de navegar, los remos en sus alas y el timon en la cola: la codorniz las velas: la araña el teger: la golondrina el edificar: la cigüeña el clistel: el hipopótamo la sangría: el elefante la cirujía. En los animales hallamos ejecutadas cuantas observaciones astronómicas nos dió el conti-

nuo desvelo de los hombres. El cinocéfalo señaló con sus ladridos los dias, las noches y las horas, como relox animado, y nos da á conocer el equinoccio. El ave vinio se deja ver en el dia de solsticio. Los delfines, las ánades y las alciones nos pronostican los temporales.

Cuando decia esto, nos obligó á retirar á un zaguan el tropel de diversos animales, leones, tigres, lobos, raposas y otros, aun de los imperfectos, nacidos de la putrefaccion de la tierra, los cuales iban siguiendo á un hombre notablemente monstruoso y feo, la cabeza aguda, la frente confusa, los ojos undidos, las narices chatas, los labios eminentes, el color negro, atezado, con una giba atrás y otra delante: traía una argolla al cuello y dos eses en las megillas, y luego que le vió Heráclito, prosiguió su discurso diciendo:

Seguid á este esclavo llamado Isopo, y vereis que induciendo á hablar á aquellos animales, enseña por medio de ellos á esta República la verdadera Filosofía moral y política, siendo los maestros mas verdaderos y seguros que tiene. Esto pues, ó Demócrito,

¿es digno de risa ó de perpétuo llanto en un filósofo atento al desvalimiento de nuestra humana naturaleza?

Esta reprehension acompañada de un largo curso de lagrimas no bastó á reprimir los motivos risueños de Demócrito. Yo me reía de ambos, viendo que aquel reía porque éste no lloraba; y éste se burlaba porque aquel no reía: sí bien despues me parecieron la una y la otra envidiosas pasiones contra las ciencias, siendo (31) éstas unos atributos ó partes principales de Dios: que sin alguna de ellas dejaria de serlo. ¿Qué es la poesía sino una llama (celestial) encendida en pocos? ¿la retórica una inspiracion divina que nos persuade la virtud? ¿la historia un espejo suyo de los tiempos pasados, presentes y futuros? ¿la filosofía natural un esfuerzo de su poder? ¿la moral una copia de su ser? ¿la astronomía un ejemplo de su grandeza? ¿la aritmética un discurso, aunque limitado, de su esencia y magestad? ¿la geometría un instrumento de su gobierno, en número, peso y medida? ¿la jurisprudencia un ejercicio de su justicia? ¿y la medicina una atencion de su benignidad? ¿Pero á qué no se

atreve la envidia? El sol es tan hermoso entre las criaturas, que pudo excusarse la idolatría de haberle adorado por Dios; y hay quien sin tener ojos de águila se ponga á averiguarle sus rayos, y dice que entre sus luces hay oscuridades y manchas.

Dejando pues en su tema aquellos filósofos, doblé una esquina y ví salir de su casa á Safo (32), las faldas en la mano, huyendo de la ira de su padre. Detúvele, y dióme muchas quejas de su hija, que divertida en hacer versos habia olvidado los oficios y ejercicios caseros de coser é hilar, que es la ciencia mas digna y propia de las mugeres, á quien deben aplicar toda su atencion y gloria, y no á los estudios que distraen sus animos, y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias y disputas con los hombres, olvidadas de su natural recogimiento y decoro, con evidente peligro de su honestidad. Harta lástima tuve al viejo padre, á quien el estudio y divertimiento de la hija y sus liviandades bien conocidas en aquella ciudad daban tan mala vejez; y dejándole sosegado con algunas aparentes razones de su disculpa, entré por una plaza

donde vi aquellas célebres hosterías de Plantino, de la Flor de Lis, del Grifo, de la Salamandra, y otras, donde era notable la abundancia de todos manjares. Allí habia cerdas estofadas, empanadas y en gigotes fastos y metamorfóseos asados, en tortillas, fritos y pasados por agua; y otras mil diferencias de guisados á tan buen precio, que pienso que eran causa de los achaques de los ciudadanos, de sus indigestiones y dolores de cabeza, siempre flacos y macilentos por no saberse abstener en aquella estudiosa gula. De cuanto vi allí nada me llevó mas los ojos que unos menudillos de poetas, y unas pepitorias de las Repúblidas, que con buen adorno estaban en la hostería de Plantino, donde hubiéramos entrado si Marco Varron no dilatása para despues de vistas las Chancillerías, donde se administraba justicia, que estaban enfrente de la plaza.

Fuimos luego á ellas, y vimos que á las puertas dabán la cuerda á muchos perjuros, habiendo firmado con juramento algunas cosas sin ciencia ni noticia de ellas, en fé y palabra de sus maestros. La misma pena daban á un gran número (33) de ultramonta-

nos por anunciados con la lengua griega.
Entrando pues por una gran sala, (oden
quien dos gramáticos eran porteros) hallaron
brillos sobre unas gradas altas sentados los
tres jueces que celebró la antigüedad, Mi-
nos, Rhadamanto y Eaco. Dió principio
á la audiencia y cargó de defender algunas
causas un viejo arrimado á un báculo, entre-
mullas las manos y el cabezas que al juicio de
los ojos tendria ya mas de noventa años.
Extrañé mucho que tanta edad no reservase
á la tranquilidad y sosiego aquellos últimos de-
crépitos alientos, y preguntándole á Varro
quien era, me dijo que este era aquel Turanio,
diligentísimo procurador de causas, cono-
cido de Séneca, y muchos ya al estrépito in-
quieto de los tribunales, que habiendo de reti-
rado Cayo César, se fue á su casa, y puesto
como agonizante en la cama, mandó á sus
criados que le llorasen como á muerto, y su
familia lloraba el ocio de su viejo señor; y
si como le hubieran restituido al ofidio, ya es-
tuviera enterrado. Tal es la loca ambicion de
los hombres, que quieren mas vivir para
otros que para sí mismos, sin llegar á co-
nocer la felicidad del sosiego del animo.

Yo deseaba oirle; pero lo impidió un tropel de esbirros que traian á Julio César Escaligero (34) con una mordaza en la boca y esposas en las manos; y tras él entraron Ovidio, Plauto, Terencio, Propercio, Tibulo, Claudiano, Estacio, Silio Italico, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal y Marcial, casi todos estropeados y acuchillados por las caras: quien sin narices, y quien sin ojos: unos con dientes y cabelleras postizas, y otros con brazos y piernas de palo: tan desfigurados, que ellos mismos se desconocian.

Habiéndose pues sosegado la sala, Ovidio en nombre de todos, como mas facundo, y que en sus primeros años habia estudiado la retórica y jurisprudencia, se querelló así de Escaligero.

En este caso, ó jueces integérrimos, excusada es la fuerza de la retórica para captar la benevolencia con el exordio, disponer la atencion con la proposicion, informar el entendimiento con la narrativa, convencerle con la confirmacion, y epilogándolo todo dejar encendidos vuestros animos y persuadidos al castigo; porque estando presente á vuestros ojos el delito, sangrienta la mano

atrevida que le cometió, y vertiendo sangre las heridas, se ofenderia la verdad del hecho con los artes retóricos, y vuestra prontitud en castigar delitos estaria impaciente en una larga narrativa. Informen por nosotros nuestros rostros desfigurados, nuestros cuerpos estropeados: las ofensas son estas: ese el delincuente: defienda nuestra inocencia, y sea testigo de nuestro proceder esta República, donde mas de mil años hemos vivido quietos, pacíficos, estimados y honrados de todos.

¿En qué pudo pecar Plauto y Terencio para que los tratasen así? Pues han sido siempre el entretenimiento y donaire del pueblo; el uno gracioso y bien hablado, y el otro grave y remirado. ¿En qué Propercio y Tibulo, ambos blandos, suaves y amorosos? Pues Silio Itálico es tan humilde, que no se atreve á levantar los ojos, siempre por tierra, procurando hallar en los demas la gracia que le falta. Enio es algo duro en su trato; pero su genio es tan grande, que se le puede disimular esta falta. Claudiano trata de su gala; y aunque es corto su caudal, le hace lucir con su gran ingenio. Si Estacio es pre-

suntuoso; y Lucano soberbio, son estos vicios propios de la vanagloria y furor del ingenio, y no en daño de tercero. Horacio es grave y remirado; pero no con desprecio de los demas, sino con estimacion de su talento; y si moteja es con urbanidad, esforzándose á obligar á la risa. Yo confieso que Juvenal es satírico; pero es hombre de bien, y lo hace con zelo de que se enmiende esta República, notando en general los vicios, sin que jamas se haya acordado de él en sus sátiras; y menos Persio, el cual es tan oscuro, confuso é intrincado, que cuando le hubiera ofendido, pudiera no darse por entendido; pues nadie entenderia si lo que dijo es por él ó por otro. Solamente Marcial con su condicion terrible y con sus sales y graciosos equívocos pudiera haberle dado ocasion; pero jura que no le ha visto la cara, ni supo jamas de él. Pues de mí digo que sin jactancia ni amor propio, siempre he sido tenido por humilde y blando de condicion; y aunque soy facil para cualquiera cosa, no he ejecutado esta facilidad en daño ageno; y si he tenido algunas liviandades como mozo en materias amorosas, ya por ellas he salido desterrado, y nadie

por un delito debe ser castigado dos veces. Y cuando todos hubiésemos delinquido, no era el juez competente. Á vosotros solamente tocaba el conocimiento.

¿Mas qué mucho que contra nosotros profanos se haya atrevido este insolente, si tambien ha puesto las manos en los autores pios y religiosos, como Sanázaro, Beda, Pontano, Fracastorio y otros? Volved, pues, ó jueces, por nuestras honras, por la quietud de esta República escandalizada con las insolencias y atrevimientos de este ciudadano, de cuya lima, que es una daga buida, ninguno de vosotros está seguro.

Apenas Ovidio acabó su querella cuando Escaligero quitándose la mordaza respondió en su descargo con tanta soberbia y menosprecio de aquellos poetas veneradós de la antigüedad, que irritados de verse afrentar en lugar tan público, sin acordarse del respeto que se debia á los jueces, arremetiéron á él, y arrastrándole por la sala fueron jueces y ejecutores de la sentencia que pudieran esperar de aquel tribunal: atrevimiento que les saliera muy caro si los jueces no se divirtieran á otra cosa de mas consideracion; y fue

un tropel del pueblo que entró lamentándose (35) de que madamas las ciencias faltaban de su palacio, y que en él solamente se hallaban algunas señas y rastros de lo que habian sido. Levantaron los ciudadanos los ojos y las voces al cielo, y acrecentaban el dolor y lágrimas mostrándose unos á otros algunos vestidos de aquellas perdidas damas.

Quien mostraba un baquerillo de primavera de la Retórica: quien un tocado de cintas de resplendor de la Poesía: quien un antifaz de la Jurisprudencia; y quien un espejo de la Filosofía.

Turbáronse mucho los jueces con aquellas nuevas; y casi sin sentido por tan gran pérdida, salieron de la sala á informarse del caso y procurar el remedio.

Quedáronse los poetas ejecutando en Escaligero sus iras; y movido yo á piedad de aquel ingenio, luz de las buenas letras, los quise apaciguar con cortesía. Pero anduvo tan villano Claudiano, y el sueño era tan vivo, que me enojé mucho; y levantando el brazo (como si estuviera despierto) me arrojé á darle una puñada en el rostro; y dando en un brazo de la cama, desperté de muchos

errores en que antes vivia dormido, conociendo las vanas fatigas de los hombres, sus desvelos y sudores en los estudios, y que no es sábio el que mas se aventaja en las artes y ciencias, sino aquel que tiene verdaderas opiniones de las cosas, y despreciando las del vulgo ligeras y vanas, solamente estima por verdaderos aquellos bienes que dependen de nuestra potestad, no de la voluntad agena; á cuyo ánimo, siempre constante y opuesto á las aprehensiones del amor ó temor, alguna fuerza mueve, y ninguna impele ó perturba.

FIN DE LA REPÚBLICA.

LOCURAS DE EUROPA.

DIÁLOGO

ENTRE MERCURIO Y LUCIANO.

Luciano. ¿De dónde, ó Mercurio, bañados los talares, cubierto el cuerpo de polvo, y de sudor la frente, no sin descrédito de la Deidad, pues la verdadera no está sujeta á las congojas y afanes?

Mercurio. Tal está la tierra, que aún á los mismos Dioses hace sudar.

Luc. Descuido es de ellos, si ya no es castigo, pues consienten á quien es autor de sus trabajos, calamidades y guerras; y culpa es de tu inquietud y desasosiego natural dejar el reposo del cielo, y bajar á la tierra en tiempo que los que la habitan aborrecen la vida y desean librarse de las ligaduras del cuerpo.

Merc. Á ella me bajó la curiosidad para averiguar de mas cerca si son tan grandes las locuras de los hombres como nos han referido la *Justicia*, la *Verdad*, la *Fe* y la *Vergüenza*, que por no vivir entre ellos se han retirado á hacernos compañía en el cielo.

Luc. Luego ¿antes no estaban en él? Muy cortos de vista sois los Dioses, pues fue menester bajar á la tierra para ver lo que en ella pasaba.

Merc. ¿Aún no has perdido, ó Luciano, el impío veneno de tu lengua maliciosa? Tan cubierta está de humo y de polvo la tierra con el tropel de los escuadrones, y con el juego de Marte, que aún á los ojos de los Dioses se oculta.

Luc. Y tambien á su piedad; pues los pronósticos naturales de cometas y otras impre-

siones en el ayre, que en otros tiempos prevenian vuestras futuras iras, y nuestros castigos en la muerte de un Príncipe, ó en la calamidad de una provincia particular, ahora en la de tantos Príncipes muertos á hierro y de tantos reynos destruidos no se han aparecido.

Merc. Cuando la malicia es afectada ó incrédula, no merece anuncios del cielo, ni sirven los avisos á quien ha perdido el respeto á la Divinidad. Si tú hubieras visto como yo á Europa, y considerado las causas y efectos de estas calamidades presentes, en unos de ambicion y en otros de imprudencia y descuido, conocieras que en ellas los hombres solos, y no los Dioses, han sido culpados.

Luc. Muchas cosas habrás visto.

Merc. Muchas: unas con lástima, y otras con risa. Aquellas por los trabajos de los súbditos, y estas por la ignorancia de quien los gobierna.

Luc. Si mi atencion puede merecer la relacion, te ruego, ó Mercurio, que la hagas brevemente de lo mas notable que has visto y ponderado.

Merc. Condesciendo con tu ruego: oye

pues. Habiendo dado vuelta por Europa, me detuve librado en la suprema region del ayre para comprehenderla toda junta con la vista, y con la consideracion en todas sus partes. Ví á Marte sangriento, batallando unas naciones con otras por el capricho y conveniencias de uno solo, que en ellas atizaba el fuego de la guerra. Consideraba su locura en dejar las felicidades de la paz, lo dulce de las patrias, y los bienes de sus propios dominios, por conquistar los agenos: que buscasen nuevas poblaciones los que no eran bastantes á llenar las suyas: que destruyesen y abrasasen las mismas tierras, villas y ciudades que deseaban adquirir: que tantos expusiesen sus vidas, perdiendo con ellas sus mismas posesiones, porque esta ó aquella corona tuviese un palmo mas de tierra: que se ofreciesen los soldados á los peligros del expugnamiento de una plaza donde no han de vivir, ni aún de reposar un dia despues de rendida: que la ambicion de los Príncipes los hubiese cegado con el explendor de la gloria y del honor, moneda con que temerariamente se venden á la muerte. Ninguna cosa me movió mas á confusion que Alemania, vien-

do que era esclava de las naciones la que por el imperio del mundo, que en ella resplandece, debia ser señora de todas: que las haya llamado por auxiliares contra sí misma: que las sustente y asista para su ruina: que lo que adquieren y mantienen con la fuerza, cree que es para su misma defensa y seguridad, y no para su despojo: que tenga por proteccion lo que es tiranía, y por libertad lo que es servidumbre: que la que ha de dar leyes á los extrangeros las reciba de ellos: que pudiendo con la union y concordia aspirar al dominio universal, se rinda por su division al de sus enemigos: que piense obligarlos con separarse de la cabeza que la gobierna, y con abandonar la amistad y confederacion de los que son interesados en su misma conservacion y comunes en la causa: que á título de religion la pierda: que haga consejeros de la paz á los que le hacen la guerra. Lo que mas me admira es, que para remedio de males tan graves se señalasen por congreso á Munster y Hosnaburg, lugares dispuestos por su situacion y vecindad á fomentar las discordias de Alemania, y disponer la guerra: que los mismos enemigos extrangeros convocasen

con sus cartas los Príncipes y estados del Imperio, á venir á ellos contra sus antiguas constituciones y loables estilos; y que las obedeciesen sin conocer el artificio de sus promesas y la falsedad de sus pretextos; los cuales eran de unir el Imperio, y los juntaban para desunirle: de quitar gravámenes, y al mismo tiempo los hacian mayores: de restituir á cada uno en sus Estados, y los despojaban de ellos: de ponerlos en libertad, y era por servidumbre: de hacer la paz, y ninguna cosa mas opuesta á ella que llamar los Estados. ¿Quién jamás vió en una provincia que padece guerras civiles, reducir en un lugar las cabezas de ellas desunidas entre sí en religion, en parcialidades é intereses, y para tratar con los mismos extrangeros que fomentaron las sediciones, y la sustentan con sus armas, para dominar á unos y á otros? Se duelen los franceses y suecos de las calamidades del Imperio, y son ellos la causa. Exclaman que desean la paz, y ellos solos hacen la guerra: se quejan de la dilacion de los tratados, y los embarazan con varias artes; y ya hoy estan juntos los Estados. Y aunque reconocen las artes y los peligros, y que

son burlados y maltratados de los mismos que los han llamado, vienen tan ciegos por sus pasiones internas que no acaban de conocer, que solo su concordia será el remedio de tantos males.

Luc. Bien los ha castigado Dios, pues padece el Imperio la pena de los parricidas entre gallos y víboras.

Merc. Yo te digo de verdad, que he tenido los ojos sobre Munster y Hosnaburg mas que sobre las demas partes de Europa, porque son las fraguas donde se limpian y templan las armas de todo el mundo, y oficinas de ligas, invasiones, sorpresas y usurpaciones. Desde allí se trata de levantar levas, se envian embajadores con instrucciones y noticias particulares á Holanda, Dinamarca, Suecia, Polonia y Constantinopla, para que todos pongan fuego en Europa. Pensaron los vasallos que allí se restauraria la paz, y desde allí se vierte su sangre. La paz anda en las bocas, y la guerra en los corazones. En las plumas, todo es hipocresía, fingiendo desear el sosiego público los que tratan de turbarle, entreteniendo los tratados para prescribir lo usurpado, valiéndose del

pretexto de que los Estados no se concuerdan entre sí, siendo ellos los que fomentan su division; y de que deben, por sus confederaciones, aguardar la venida de los holandeses, y por otra parte se entienden con el Príncipe de Orange para que los detenga. Sus proposiciones son aparentes y especiosas: no dan paz, sino leyes al Imperio: no le pacifican, sino le perturban; y revolviendo tiempos pasados con los presentes, confunden la religion, destruyen las paces y transacciones hechas: derogan las resoluciones y sucesos de las Dietas y colegios electorales: rompen las constituciones y privilegios del Imperio: derriban su poder, disminuyen la autoridad electoral, dan medios á la infidelidad y ocasiones á la inobediencia y discordia. Allí se piden premios y mercedes para los súbditos que han militado contra el Imperio, y recompensan á las coronas que le han destruido y abrasado. Publican los franceses que ni el Imperio ni España desean la paz, sino continuar la guerra y oprimir á Francia; y que por la razon natural de la defensa y por la libertad propia deben aquellos vasallos esforzarse á la oposicion; y tolerar el peso de

los tributos; y como los pueblos no penetran lo interior de las cosas, dejan cargarse de nuevas imposiciones.

Luc. ¿Tan simples son que no conocen que la paz está en la mano del victorioso, y que el que ha usurpado los Estados agenos, es quien solamente la puede dar? ¿No es ignorancia dejarse persuadir que la rehusan ó que la entretienen los despojados?

Merc. Bien lo conocen los franceses prudentes y aún los de mediano juicio; pero no se atreven á desengañar á los demas, y así unos por el temor, y otros por la ignorancia beben todo el engaño.

Luc. ¿Cómo los Parlamentos (cuyo oficio y obligacion es procurar la paz y sosiego público, y la conservacion del reyno) no procuran librar á los pueblos de lo que padecen con la opresion de una guerra, que se funda en la ambicion y conveniencia de uno solo, y no en la defensa natural, pues nadie hace guerra á Francia, y ella la hace á los Príncipes confinantes, y les tiene usurpados sus Estados?

Merc. No ha faltado valor y constancia al Parlamento de Paris, antes por mostrarse ardiente en la conservacion del reyno ha pa-

decido desdenes, afrentas y destierros, por el valimiento opuesto á los tribunales: antepone siempre la conservacion particular de su gracia al beneficio comun. Aquel gobierno padece en sí mismo todas las tiranías que con las armas de Francia padecen las naciones que ha oprimido.

Luc. Castigo es bien merecido, por el cual conozco que con razon te compadeces de ver defraudados los deseos públicos y burladas las esperanzas del remedio de las presentes calamidades. De lo que yo me admiro mas es de que informados los demas Príncipes de lo que pasa en los congresos, y de la reputacion y hacienda que en ellos pierden, los mantengan inútilmente á favor de los franceses y suecos sin esperanza alguna de la paz; de donde infiero que es fatalidad, la cual en la ruina de los imperios perturba los juicios y ciega la prudencia humana.

Merc. Con mas fundamento lo podrás decir cuando hayas oido lo que he visto en Polonia, en Suecia, en Dinamarca, en Holanda, en Inglaterra, en España y en Italia.

Luc. Pendiente tienes de tus labios mi atencion. Refiere pues.

Merc. No sin grande admiracion ví en peligros tan comunes á toda la cristiandad: dormida la regia República de Polonia, despreciados los celos políticos y las máximas de estado de librar las fuerzas de los demas Príncipes, y de no consentir que crezca la potencia de los confinantes; pues no teniendo bien asentada la paz con Suecia, y estando fresca aun la memoria de las guerras con ella sobre el dominio de Lituania, donde aun hoy se embaraza el arado con los cadáveres de los polacos muertos, se está á la mira de los progresos que hace aquella corona, dejándose bloquear de ella por Pomerania, Saxonia, Silesia, y tambien por Transilvania, estando Ragozzi confederado de Suecia, con las armas levantadas en sus confines, y siendo dependiente del turco, que es el mayor enemigo que tiene, sin reparar que los suecos movieron las armas contra Dinamarca por la buena inteligencia que tenia con ella, y con designio de debelar primero lo uno, y despues lo otro; ni en que aspiran al dominio universal del Norte, y que si se levanta con el arbitrio del mar Báltico, quitará en sus provincias el comercio

del mundo, con que se sustentan y dan expediente á sus frutos y mercancías. ¿Qué labrador tan descuidado vió en el monte vecino armarse la tempestad, que no previniese los daños que amenazaban á su casa? ¿Quién vió vencedor y triunfante al Príncipe confinante, que no le temiese, y asistiese al oprimido? La guerra de Suecia con Polonia empezó por Alemania, y despues por Dinamarca, y se acabará en Polonia: hoy tiene ésta en los peligros que la amenazan por compañeros al Emperador y al Rey de Dinamarca; y solamente con la asistencia de algunas tropas podia oponerse en el país ageno al comun enemigo, antes que debelados aquellos se halle sola con la guerra, y será su reyno asiento de ella y campo de batalla. No vive menos fuera de sí, ni mas inadvertida de sus mismas conveniencias la corte de Suecia; pues habiendo traido á sí todas las riquezas y despojos de Alemania, sin que ya le quede en ella mas que el peligro pendiente del lance de una batalla continúa la guerra, embarazándose con otra nueva contra Dinamarca, aconsejada de los ministros de Francia, que celosos ya de su potencia, le persuadie-

ron con gran arte la invasion por Alsacia, para que divididas sus fuerzas diesen lugar á sus progresos en el Imperio. Piensa soberbia poner en el suyo á Alemania, y no considera que no sus fuerzas, sino las de los mal contentos del Imperio le dan las victorias; persuadidos los Príncipes y estados que le asisten, que sus banderas pasaron al Imperio, y se detienen en él para ponerlos en libertad, y satisfacer sus gravámenes, y no para deberlos; y debieran los suecos considerar con juicio y sin tanta ambicion, que si llegáran á conocer, como ya algunos lo conocen, que su designio es solamente de tiranizar el Imperio, se unieran luego con el Emperador para echarlos de Alemania; á cuyo intento concurrieran los franceses, porque su confederacion con Suecia no es para hacerla grande, sino para que no lo sea; entrando á la parte de sus troféos, y valiéndose de la diversion de sus fuerzas para facilitar sus designios en Alemania y en Flandes; y cuando los hayan conseguido, serán amigos de los alemanes y enemigos de los suecos; porque mas les importa la amistad con aquellos que con éstos. Su fé es una veleta que la bolteau

los vientos de su misma fortuna; de suerte que la felicidad de Suecia se puede mudar, ó con la concordia del Imperio, ó con una rota, ó con la desunion de los franceses ligeros é inconfidentes.

Luc. Bien lo van ya conociendo los ministros de aquella corona, habiendo penetrado las inteligencias secretas que tienen con algunos Príncipes del Imperio, y que les conviene gozar de la ocasion presente para componerse con él y volver triunfantes á sus amadas pátrias, antes que ó se mejoren las cosas del Imperio, ó los franceses los desamparen.

Merc. Mejor lo conocerán cuando hayan leido un discurso francés impreso en Holanda, donde persuaden á las Provincias Unidas que desistan de la guerra con Dinamarca, y que empleen en su favor para la empresa de Duquerque las fuerzas marítimas con que le diviertan; y aunque con palabras algo equívocas les señala que no les está bien la potencia de Suecia, ni la imprudencia y locuras de Polonia, es primero Dinamarca, y la está hoy pagando por haber dejado crecer la potencia de Suecia, sin asistir al Emperador, confiada en las confederaciones con

aquella corona, y en la buena correspondencia de la vecindad; debiendo considerar que la conveniencia firma las confederaciones, y la misma conveniencia las rompe: que la vecindad es el mayor peligro de los Príncipes: que los que aspiran á monarquía no se dejan al lado á quien pueda hacerles oposicion; y que la ambicion no es cortés ni agradecida. Pudiera haber hecho reflexion aquel Rey de que teniendo puesto sobre las cervices de los suecos el intolerable yugo del Sund, no podia haber amistad segura entre ambas coronas; y que en viéndose poderosa Suecia, procuraría la libertad del comercio, de quien pende su conservacion y grandeza; pero ninguna locura mayor que haber puesto el Rey de Dinamarca el arbitrio de la paz con Suecia en manos de los franceses, confederados con ella, y en las de los holandeses interesados en el paso del Sund. Este egemplo funesto de la opresion de Dinamarca ni ha bastado á convencer á Polonia, ni á dejar advertidos los estados de Holanda para no asistir á Suecia con tantas fuerzas; porque si cayese el reyno de Dinamarca en poder de Suecia, ó de ambos se hiciese una

República (como está para suceder), les quitaría el paso del Sund, con que en pocos años caería su potencia; porque sin el comercio del mar Báltico ni pueden hacer armadas, ni sustentarse.

Luc. Este no es el primer error de los holandeses: en otros muchos han caido y caen; pero cuando se levanta la grandeza de un estado, tanto le asisten los errores como los aciertos; y al contrario cuando empieza á caer tropieza en sus mismos buenos consejos, obrando diversos efectos.

Merc. Así es verdad; pero dice un discursista francés que la República de Holanda ha crecido mas en setenta años que en cuatrocientos los romanos, y que los estados levantados con mucha prisa, declinan presto á su menguante. Y así parece que ya va declinando, y que los mismos holandeses trabajan en su ruina; pues por mar y tierra hacen espaldas á las empresas de los franceses para que ocupen los Paises Bajos, como si no les conviniera mas confinar con los españoles que con los franceses. Aquellos cansados ya de dominar, tratan mas de conservarse en lo que hoy poseen, que en recobrar

sus derechos antiguos; y éstos tan ambiciosos de ensanchar sus confines, que ni la religion, ni la justicia, ni la amistad, ni el parentesco, ni la fé pública detendrá sus vastos designios; los cuales se encaminan á apoderarse de las provincias obedientes é inobedientes, para ser señores del mundo con el arbitrio del mar; habiendo considerado que con él se hizo tan poderosa Holanda, que pudo sustentar la guerra contra España, y ocupar puestos en las Indias Orientales y Occidentales. Con este fin desesperados ya de que ni por Inglaterra, ni por España, Italia, ni por Alemania pueden dilatar mas sus límites, si primero no sujetan las provincias obedientes, y las unidas, cargan allí con sus fuerzas mayores; y locos los holandeses, ó ciegos con el ódio á los españoles, desconocen su peligro, y á costa de su misma sangre y riquezas divierten con sus armas las de España, para que los franceses se hagan mas poderosos y sean sus confinantes.

Luc. En eso tambien gana Holanda; pues mientras expugnaban los franceses á Gravelingas se apoderó del Saso.

Merc. Poca fue la ganancia, y mas de

gasto que de provecho, con las canales y fortificaciones hechas, que le imposibilitan pasar adelante; pero cuando hubiera ganado á Hulst y á Gante, les estuviera mejor (como consideran los holandeses políticos y prudentes) estar sin aquellas plazas, y que los franceses no hubieran rendido á Gravelingas; porque cuando la zapa y la pala trabajan para que el Duque de Orleans y el Príncipe de Orange se junten, es abrir la sepultura á la potencia de Holanda.

Luc. Ella piensa que sucediendo eso gozará enteramente de su libertad: locura que no la curará fácilmente.

Merc. Pues ella está persuadida por un discurso de un francés intitulado: *La necesidad de ocupar á Dunquerque*; donde procura probar que en la confianza consiste su felicidad y conservacion, y que no por ella nacerán guerras, pudiéndose disponer de suerte los confines que no las causen.

Luc. Pues otro discurso he visto yo del fin de la guerra del País Bajo, donde dice otro francés (si ya no es el mismo) que aunque la Francia ha favorecido tanto las cosas de Holanda, no gustaría de verla engrandeci-

da, y no querria tener por vecinos aquellos estados tan poderosos por mar y tierra; con quien luego romperian la guerra por un pie de tierra de la frontera, no pudiendo haber acuerdo fijo en los confines, como sucedia á Francia cuando los Duques de Borgoña poseían los Paises Bajos.

Merc. El uno y el otro discurso he leido, y tambien el *Consejo del Interesado*, y me han parecido soberbios, impíos y ambiciosos, indignos de una nacion gloriosa, y contra la buena correspondencia y política que deben observar los Príncipes entre sí, de no fomentar rebeliones de los vasallos agenos, por no dar mal egemplo á los propios. En ellos se conocen que son afectados los deseos que publican de la paz y quietud pública; porque con gran arrogancia se alaban de los triunfos y troféos adquiridos, y se prometen otros mayores, jactándose de que los asiste Dios; y debieran considerar que no siempre las victorias las da la divina Providencia por favorecer al vencedor, sino por castigar al vencido; y que desde que rompieron la guerra apenas ha habido año en que no hayan recibido una rota notable. Menos deben gloriar-

se de los puestos que han usurpado; porqué á los que heredaron del Duque de Bedmar, ó se los vendieron los suecos ó los conquistaron con las armas, asistencia y diversion de los confederados con los mismos españoles rebeldes, y ninguno por sí mismos; y mientras está viva la guerra es loca la confianza en los sucesos futuros, porque penden de varios accidentes; y es imprudente el desprecio de la paz, como pudiera haber enseñado á los autores de estos discursos una carta del Rey de Italia Teodoríco al Rey de Francia Clodoveo, y tambien lo que dice César en las causas que pone para persuadir la paz de las coronas en las guerras de su tiempo. Los mismos egemplos que traen de lo que han perdido, pudieran mortificarlos; pues no ha sido por casos fortuitos, sino por el valor y constancia de las naciones que ahora desprecian. Y lo que refieren de las ocupaciones del Imperio y en otras partes, y las proteccionnes que alegan son las que mas los condenan; sin haber en aquellos discursos cláusula que no enseñe á rebelarse á los mismos súbditos, ó que no desengañe á los Paises Bajos de que todo se encamina á ponerles el

yugo de la servidumbre, y á dominar las Provincias Unidas. El primer discurso del *Aviso del interrogado*, persuade con razones, unas flacas y otras falsas, á los Paises Bajos la rebelion, y el reducirse á una República para que precediendo á esto el echar á los españoles, pudieran ser conquistados de la Francia. El segundo, temiendo el peligro de que si se redugese á República, se ahorraría con las Provincias Unidas, é impaciente de la tardanza de su ambicion muda de consejo, y le da para que una parte se entregue á Francia, y otra á los Estados, segun el repartimiento hecho con ellos sin declararlos, sabiendo bien que sobre su egecucion haceria diferencias que obligasen á la guerra, y que con la parte de las declaradas á su favor podría debelar las demás, cuando la religion no las redugese á su obediencia, por no unirse con los que la tienen diferente, y se facilitaría la conquista de las diez y siete Provincias. En el tercer discurso declara mas su ambicion, persuadiendo á los holandeses que le asistan para conquistar á Dunquerque.

Lat. Lo mismo es esta peticion que la de

aquel que pedia á otro la espada para matar-le con ella.

Merc. La misma es; porque todas las razones con que les persuade, muestran que ninguna cosa es mas contra su voluntad y libertad, que asistir á que caiga en manos de los franceses Dunquerque, y muchas de ellas se convencen con las del discurso de la necesidad de ocupar á Dunquerque, porque dice: „que aquel puerto es freno de la libertad de Holanda: que quien le tuviese será „señor de él y del País Bajo, y que poseyéndole los franceses, crecerán las provin„cias en bienes y en riquezas: que sobre las „Provincias de Flandes y Artois tiene Francia „claros derechos, que ninguno de sus Reyes „pueda renunciarlos, antes estan obligados á „recobrarlos con la espada; y que entonces „mantendrá buena correspondencia y vecin„dad con Holanda." Y el discurso del fin de la guerra dice: „que naturalmente aborrecen „las monarquías á las repúblicas, y que no „las sufren por amor sino por necesidad, „siendo milagro que se sustenten largo tiem„po sin que algun Príncipe las derribe: que „muchos Príncipes que habian puesto las ma-

„nos para formar la de Holanda en ódio de „España, y para debilitar la casa de Aus„tria, estuvieron despues zelosos de su gran„deza, y trabajaron en su dominacion, te„miendo que si creciese mas sería terror y „espanto de sus vecinos; y consiguientemen„te el blanco de su indignacion; de donde re„sultaría que las monarquías vecinas zelosas „de su potencia se unirían todas para derri„barla." Siendo pues estos los principales fundamentos sobre los cuales piensan los franceses fabricar el edificio de sus ambiciosos designios, consideran bien los holandeses si les conviene ó no creer que como Dinamarca tiene en su poder el paso del Sund „garganta de las provisiones y mercancías del Norte, tengan los franceses el Dunquerque, por donde se comunica todo el trato y comercio de Occidente, y se conducen las riquezas de ambas Indias: si les dejáran los franceses libres de Dacios y de Piratas para que la potencia de Holanda crezca en riquezas y les aumente los zelos, que aún ahora tienen, y lleguen á efecto los peligros; y que antes bien serán mas árbitros que los españoles de los mares Germánico y Bretánico, teniendo ya

á Mastrich, Gravelingas, Calés y otros puertos: si será buena política dejárles tomar aquella plaza con que se hallarán señores de todo el País Bajo: si serán buenos vecinos y agradecidos á los socorros y asistencias que les ha dado Holanda, los que ahora para tenerlos mayores y salir con la empresa de Dunquer, faltan á la amistad y fé pública de confederaciones estrechas con la corona de Suecia, persuadiendo en el mismo discurso á las Provincias Unidas con severas razones, que no prosigan la diversion con sus armas á Dinamarca, ni se mezclen en aquella guerra: que no les conviene que crezca la potencia de Suecia habiéndose antes empeñado en ella con sus consejos, considerando tambien si cuando sean señores de Flandes consentirán que los holandeses posean la Indusa, el Saso y las demas fortalezas y plazas que poseen en aquella Provincia, habiéndose declarado que tienen derecho á ella, y que es enagenable de la corona.

Luc. No es posible que degen de considerar cuanto has dicho; pues no siendo de tantas consecuencias Lobaina como Dunquerque, ha pocos años que zelosos no quisieron

asistir á Francia para que la ocupasen, estándose á la mira sin obrar y sin darles bastimentos, con que murieron allí mas de veinte mil; pues el mismo Príncipe de Orange y los mismos consejeros que hay ahora lo juzgaron por conveniente.

Merc. Sí; pero entonces ni estaba ganado el Príncipe, ni los consejeros tan sujetos á su voluntad como ahora; y así es muy de temer que con la diversion de Holanda ocupen los franceses á Dunquerque, y que con él se hagan señores del País Bajo, y que despues, porque harán sombra á su monarquía las Provincias Unidas, las debelarán.

Luc. Por la misma razon refiere Serres, historiador francés, que Clodovéo, Rey de Francia, despojó de la vida y de la Galia gótica al Rey de los godos Amalarico.

Merc. Con menos aparentes pretextos usurpó el mismo Clodovéo y sus descendientes los estados y coronas circunvecinas con que la Francia ha llegado á la grandeza presente; y cuando todos falten no le faltará el de algun derecho imaginado; pues como los han hallado para pretender el dominio de

todo el mundo, le hallarán para pretender aquellas provincias.

Luc. En este caso piensan los holandeses que en el tribunal de las armas serán condenados en costas, y que como se han defendido de España se defenderán de Francia, que no es tan poderosa.

Merc. Tambien esa es locura; porque en la guerra con España les asistia Francia, y en la guerra con Francia no les asistirá España. Esta mantenia una guerra defensiva con ellos por la dificultad de las conductas de gente, y por el excesivo gasto de los cambios y recambios, y por la tardanza de las órdenes, mientras iban á Madrid las consultas, y volvian las resoluciones: inconvenientes que cesan en la vecindad de Francia, la cual con mas gente y á menos costa le hará la guerra, siendo pocos los Príncipes que la socorrerán, porque no tiene tantos émulos la potencia de Francia como la de España.

Luc. Al francés discursista le parece que pueden asegurarse los holandeses con que tienen en sus provincias muchos franceses naturales que gozan los privilegios de los vecinos.

Mere. En esos consiste su mayor peligro; porque serán espías de los franceses, y acrecentarán su partido; y la mayor ventaja que los franceses tienen sobre las Provincias son los soldados que han sustentado en ellas, prácticos de sus fuerzas é intereses, y que tienen conocidos sus ingenios y costumbres, sus ódios y enemistades.

Luc. ¿Pues cómo una República donde todos velan en su conservacion, donde hay ingenios tan sutiles y tan sospechosos en los zelos de su libertad, no anteven estos peligros, y le aplican con tiempo el remedio?

Mere. Bien creo que no los ignoran; pero la diversidad de religion, de costumbres é intereses de aquellas Provincias, les hace tambien discordes en los consejos; y aunque de todas está el gobierno general, la direccion y autoridad en el Príncipe de Orange, y en los ministros que ha ganado la de Holanda, que es la principal entre ellas, arrastra á sus designios y conveniencias las demás; y conocido está de los franceses que solo al Príncipe estiman como á quien tiene el poder absoluto de las armas; y para hacerle suyo con vínculos de sangre cooperaron en el casa-

miento de su hijo con la Princesa de Inglaterra, y le tienen obligado con dádivas y promesas de hacerle Soberano en la provincia de Güeldres. De aquí nace la asistencia de sus armas á las empresas de Gravelinigas y Dunquerque; y el divertir las armas españolas, teniendo las suyas á vista de Gante y de Brujas sin hacer nada, escusándose con la imposibilidad de pasar aquellos canales y marrazos.

Luc. Sí; pero como astuto considera que el crecer mas los Estados, é igualar su potencia á la de Francia, sería imposibilitar sus designios, los cuales solamente pueden llegar á efecto con la exaltacion de Francia, con la expulsion de los españoles y con la ruina de los Estados Unidos. Estas artes no las alcanza el vulgo, el cual solamente hace juicio de las cosas por sus apariencias exteriores; y creo que los progresos de Francia contra España son fianzas de su libertad, aunque son eslabones de la cadena de su servidumbre futura; pero los prudentes discurren entre sí, y concluyen con que la grandeza del Príncipe se hace mayor y mas formidable con el manejo de las armas, y que no las

pueden poner en otras manos sin evidente peligro, sin tener ganada la gracia y el aplauso de los soldados, y ser hechuras suyas los que las mandan y tienen el gobierno de las plazas: que todo pende de su arbitrio; que las Provincias son una vana imágen de República: que su libertad es ya servidumbre: que el remedio único sería pacificarse con España, para que no se continuase en su persona, hijos y descendientes el mando y egercicio de las armas; y que ningun tiempo es mas oportuno que el presente para ventajar los partidos, y hacer mas firme su fortuna con las ruinas de España; pero ninguno se atreve á declararse, porque á las hechuras del Príncipe los detiene el agradecimiento é interés propio, que es mas poderoso que el amor á la patria: á los ambiciosos las honras y favores que les hace: á los pretendientes la esperanza; y á unos y á otros el temor al poder del Príncipe; con que son pocos los que pueden oponerse á él, ni contradecir sus designios.

Luc. Los ejemplos pasados nos muestran que en las repúblicas generosas no faltan espíritus grandes que se expongan á cualquier

peligro por la libertad y conservacion de ellas.

Merc. Tan sin ellos está Holanda, y tan conocida tienen los franceses su flaqueza, que en el discurso de la necesidad de ocupar Francia á Dunquerque amenázan á los holandeses que se opusieren á la asistencia que les da el Príncipe; con que tienen en la mano el azote para castigarlos, y obligarlos con la fuerza á ejecutar sus designios.

Luc. Con todo eso no puedo persuadirme á que los franceses hayan trasladado en sus corazones amenazas tan serviles, que aún los mismos esclavos no las sufrieran; porque no se puede negar que aquellas naciones son soberbias y altivas, de que han hecho muchas demostraciones.

Merc. Hasta ahora vemos que las sufren; de donde se puede sacar un pronóstico cierto, y es que la libertad de Holanda tuvo principio de la casa de Nasau, y será esta la causa de su servidumbre: que los franceses dieron la mano á las Provincias Unidas para levantarse, y les pondrán el pie para que tropiecen y caigan: que la grandeza de la monarquía aseguró su conservacion, ocasionándolo la asistencia de todos los Príncipes

de Europa; sus emulos; y que su ruina se les quitará, y hará de amigos enemigos; y entonces ya sin remedio se desengañarán de que han adorado un ídolo falso: que han tenido por libertad la tiranía, padeciendo mas debajo de ella que cuando tenian Señor natural: que ha sido Holanda la palestra donde para sus daños futuros han ejercitado los franceses la disciplina militar, y que en ella, como en estaferma, han aprendido á costa de sus heridas las artes de combatir y expugnar.

Luc. Estos pronósticos de que los mismos principios de la exaltacion de Holanda, serán la causa de su ruina, son opuestos á las máximas mas asentadas de los políticos; porque los Estados se conservan con las mismas artes y medios con que se conquistaron.

Merc. Esos son los arcanos inescrutables de quien dispone lo fatal de los casos, que suele tal vez sacar de las causas efectos contrarios.

Luc. Aunque creo que el Príncipe de Orange atienda á su grandeza, no soy tan malicioso que piense que lo procurará con infidelidad; porque no parece verosimil que querrá perder la gloria adquirida de haber sido su

casa el instrumento de la monarquía holandesa, donde es hoy obedecido y respetado como señor natural. El zelo de este Príncipe, el amor á los Estados, su modestia, su familiaridad y llaneza ciudadana, quitan todas las sospechas que se pueden tener de él; fuera de que siendo tan prudente tendrá bien ponderado el peligro de exponerse á la fe poco segura de Francia, la cual no le cumplirá despues lo que ahora le ofreciere, y que cuando se haya valido de él para debelar las Provincias Unidas, tendrá zelos de la autoridad que ha tenido en ellas, y procurará su última ruina.

Merc. ¡Ó Luciano! solamente con los Dioses eres malicioso, y con los hombres sencillo: aquellos libres de falsedades, y éstos nacidos con ellas; si ya no es que hablas con ironía, ó quieres obligarme á que te descubra cuanto oculta mi pecho; porque no te juzgo por tan simple, ni por tan poco informado que no sepas que la gloria de haber puesto el Príncipe Guillermo de Nasau en libertad las Provincias Unidas fue con la infamia de haber faltado á la fidelidad de vasallo, que no podrá lavar con servir siempre sus descendientes á los Estados, y ser en

ellos ciudadano, sino con haberlos separado de la obediencia de su Señor natural para hacerse dueño de ellos, cuando la ocasion se le representare á él ó á otro de su familia; y ninguna mejor que la presente. Conoceo bien los peligros de fiarse el Príncipe de los franceses; pero la ambicion de dominar siempre ruvo nubes y cataratas en los ojos. Si todo lo consideraran los tiranos, á ningun otro se hubieran atrevido. Unos se perdieron con él, y otros le mantuvieron y legitimaron con el tiempo. Tales son las mudanzas de la fortuna y los accidentes de las coronas, que quien hoy es General de los Estados podria ser Rey de ellos mañana. El zelo y el amor del Príncipe á los holandeses será grande; pero mayor el apetito natural de mandarlos con absoluto dominio, ó de tener por propia alguna provincia de las que poseen, en premio de sus servicios grandes y dignos de mayor recompensa; porque no es posible que siempre puedan heredar sus hijos y descendientes el mando de las armas, desigual á su grandeza; y sin él no serán estimados, antes aborrecidos de los Estados por el esplendor de su sangre. En cuanto á su modestia ya la

tengo bien conocida, y á sí misma hace sospechosa su fe, porque ya sabes bien que las primeras artes de los que quisieron en las Repúblicas levantarse con ellas fueron la hipocresía del bien público, y la atencion del aplauso del pueblo, ganándole con la afabilidad y modestia; y espíritus tan grandes como son los del Príncipe no pueden haberse ocultado sin grande arte, y sin grandes designios. Habiendo subido la casa de Nasau en Holanda á la mayor grandeza, emparentando con los Reyes de Francia é Inglaterra, no es posible que pueda contenerse en el estado privado; antes es fuerza ó que domine, ó que se pierda; porque con menores zelos se perdieron muchos en las Repúblicas, donde la virtud sola dió ocasion al mando. No creas que los franceses sagaces y advertidos han elegido aquel instrumento sin evidentes motivos de que podrán facilmente edificar con él su monarquía.

Lue. Bien lo creo; pero tambien debieran considerar que como se ha consumido España con los Paises Bajos, se podrá perder Francia si los conquistare; porque á veces lo que parece que aumenta su grandeza

es su ruina; y no menos peligran las monarquías por el peso de la misma alteza, que por la flaqueza de sus fundamentos. Los que gobiernan, y principalmente los favorecidos, no consideran los reynos como eternos, y se contentan con que en su tiempo parezcan felices; fuera de que hoy piensan los franceses que la fidelidad que los levantó los sustenta á pesar de su temeridad.

Merc. Sí; pero nunca mas de vidrio que cuando relucen.

Luc. Entretanto gozan de la ocasion que les da el tiempo.

Merc. Bien lo han mostrado en las conquistas sobre el Océano; pues si la Inglaterra no estuviera divertida con guerras civiles, se hubiera opuesto á ellas; porque todas son en perjuicio del comercio y seguridad de aquel reyno.

Luc. Así lo confiesan los mismos franceses en uno de sus discursos, diciendo que es providencia divina la division y guerra civil de aquel reyno, para que no se oponga á la empresa de Dunquerque, zelosa de la grandeza de Francia.

Merc. Esta misma confesion de sus mar-

yores enemigos, y las calamidades que padece aquel reyno, justifican mis razones.

Luc. Estos intentos mas los gobierna el furor y la malicia que la buena razon de Estado; porque en la mudanza de un gobierno en otro, no menos que en las de las velas de los navíos, suelen peligrar mucho los reynos. No la eleccion de los hombres, sino la situacion de las provincias y la diversidad de los ingenios, constituyeron una de las tres formas de Repúblicas en cada una de ellas. Los ánimos belicosos, soberbios y altivos establecieron la monarquía: los pacíficos y prudentes la aristocracia, y los moderados y humildes la democracia. Y quien intentó estas formas las destruyó, y no salió con lo que se habia imaginado, dando otra diversion á los súbditos, ó si la alcanzó duró poco.

Merc. Nunca Inglaterra pudo sufrir el yugo de muchos. Entre nueve Príncipes se dividió al principio: despues la dominaron tres, y últimamente uno, y no es practicable que ahora se pueda reducir á la obediencia del Parlamento en forma de República, porque la gravedad y altivez de los ingleses,

la temeridad é iracundia de los escoceses, constantes por muchos siglos en mantener el cetro en una familia, y la obstinacion y libertad de los hiverneses, no se conservarán jamás en el gobierno de pocos, ni se conformarán en que la Magestad de la República resida en esta y no en aquella Provincia; y así juzgo que si la violencia quitare la corona al Rey, se verá aquella Isla mas combatida de las pasiones y competencias internas, que de las olas del Océano, y que en Inglaterra, en Escocia y en Hivernia se levantarán tres tiranos, que gobernarán entre sí por el dominio universal; de donde resultará que trayendo alguno de ellos por auxiliares á los franceses, serán todos tres despojos de ellos.

Luc. Con bien aguda vista previno Richeliu las discordias y tumultos de Escocia, fomentando su fuego y despues el del Parlamento, para hacer á Francia señora de Inglaterra.

Merc. Con los mismos intentos sobre España procuró las rebeliones de Cataluña y Portugal; y en esto poco fue menester su ingenio, porque los mismos castellanos habian dado ocasion á ello, teniendo con poco recato político dentro de aquel reyno á quien

podia con algun pretexto de derecho aspirar á la corona, viviendo retirado entre los bosques, persiguiendo á las fieras, no menos fiero que ellas.

Luc. Bien lo mostró en los principios de su gobierno; pues luego tiñó el cetro con la sangre mas noble de aquel reyno.

Merc. Esos son los primeros pasos de la tiranía, de cuyos temores creen asegurarse con la muerte de muchos.

Luc. ¿Y qué mas ocasiones dieron los castellanos?

Merc. Le dieron el manejo de las armas, y le hicieron superior á muchos que con emulacion se estimaban iguales en la sangre, y aún le despreciaban y tenian por mas ilustre la suya, con que el pueblo que antes le tenia olvidado empezó á hacer reflexion en él. No advirtieron los castellanos que la rebelion en una Provincia suele encender con sus centellas las demas, y que la de Cataluña y las guerras en todas partes de la monarquía daban motivo á los ánimos inquietos de Portugal; y aunque éstos con algunos motivos pasados se han descubierto malcontentos, sacaron con inadvertida confianza los presidios de

las plazas de aquel reyno para reducir á la obediencia el principado de Cataluña.

Luc. Esta misma confianza les debia obligar á mantenerse leales, y no abusar de ella dejando por un tirano un Rey legítimo, sin que pueda escusarlos la vanagloria de tenerle propio; porque no es tanta como el esplendor y reputacion de ser gobernados por un Monarca tan grande, que contra la potencia de Holanda, mucho mayor que la de Portugal, les conservase las Indias Orientales descubiertas y conquistadas con la sangre y valor de sus antepasados, y con envidia de las naciones del mundo, en que se valia de la sangre y riquezas de Castilla; y no deben desdeñarse los portugueses de que se junte aquella corona con la de Castilla; pues de ella salió como Condado, y vuelve á ella como reyno, y no á incorporarse y mezclarse como reyno con ella, sino á florecer á su lado, sin que se pueda decir que tiene Rey extrangero, sino propio; pues no por conquista sino por sucesion legítima de padres é hijos poseía el reyno, y le gobernaba con sus mismas leyes, estilos y lenguage, no como castellanos sino como portugueses; y

aunque tenia su residencia en Madrid resplandecia su Magestad en Lisboa. No se veían en los escudos y sellos de Portugal, ni en sus flotas ni armadas el leon y el castillo, sino las quinas, símbolos de los cinco estandartes quitados por el valor de Don Alonso Primero Rey de Portugal en la batalla de Orique á cinco Reyes moros. No se daban sus premios y dignidades á los extrangeros, sino solamente á los naturales, y éstos gozaban tambien de los de Castilla y de toda la monarquía, favorecidos con la grandeza, con las encomiendas y puestos mayores de ella, como aún hoy las gozan; estando en sus manos las armas de mar y tierra, y el gobierno de las Provincias mas principales. El comercio era comun en todas partes, comun tambien la religion, y el nombre general de españoles. Un mismo clima: continuadas las Provincias, sin division de rios ni de montes. Aragon, Navarra y Galicia tuvieron Reyes propios, y no por eso juzgan que los tienen ahora extrangeros, ni viven menos felices que antes. La mayor gloria y el mayor bien de las naciones es estar comprehendidas en una monarquía; porque el temor del poder fue orí-

gen de los dominios. Ni en ninguno es menor, ni mas segura la paz que en las monarquías; y esto no puede ser si las coronas no se reducen á una. Nunca Portugal gozó de los bienes de la paz hasta que se unió con Castilla. Sin ella temiera el lado de la monarquía, ó ya hubiera recibido leyes de ella, ó se hubiera rendido á su dominio. Cuando en España dominaban muchos cetros, y estaban contrapesadas las fuerzas, sin que alguno tuviese pretension fundada en el de Portugal pudo levantarse, crecer y sustentarse; pero hoy que todos se han incorporado en la de Castilla, y que esta tiene clara justicia sobre el de Portugal, prescripta su posesion por muchos años en el consentimiento comun de los pueblos, es imposible que pueda mantenerse mucho tiempo separado; porque ya los prudentes y leales que no pudieron oponerse al ímpetu ciego de la multitud conocen que antes han perdido que recuperado su libertad, y los demas se han desengañado de que no se pueden fiar de las asistencias de Francia, enemiga del reposo comun y de la grandeza de España; porque no las da para su quietud, sino para que siempre batallen

con Castilla. Conocen tambien que los holandeses con el mismo intento no desean que el reyno de Portugal se mantenga libre de las guerras con Castilla, sino que consuma en ella su gente y tesoros, y que haya menester ocupar en sus costas las fuerzas marítimas, para que no puedan continuar la navegacion y comercio, ni mantener las plazas y factorías del Brasil y de las Indias Orientales, adonde se apartan de las confederaciones hechas con Portugal; y con la comunicacion de sus sectas se van haciendo mas guerra que pudieran con las armas: con que en pocos años se verán todas las Indias inficionadas y fuera de la obediencia de Portugal.

Merc. Casi las mismas razones, y otras no menos fuertes, concurren en la rebelion de Cataluña; y aún no acaban de convencer sus daños y calamidades la obstinacion de aquellos ánimos, los cuales contra la oposicion de la naturaleza y lo dispuesto por la Providencia divina, que no acaso la dividió de la Francia con los altos muros de los Pirineos, y con los fosos del Mediterráneo, se entregaron á ella.

Luc. Por gran locura tuvieron las nacio-

nes el que se apartasen de la obediencia de su señor natural, y no para vivir libres, sino para ser vasallos y sujetos á una nacion extrangera.

Merc. Y tan aborrecida de ellos, que un francés refiere en el libro intitulado: *Cataluña francesa*, por boca de un catalan, *que el francés nacido en el Principado aborrece á su padre porque es francés.*

Luc. Buen testimonio es ese para los catalaues. Yo creía que era grande el ingenio de ellos, por ser Cataluña poblada de franceses, que aún conserva muchas palabras de aquel lenguage.

Merc. Ese es uno de los engaños con que el mismo autor procura grangear los ánimos de los catalanes, haciéndolos franceses; porque no proceden de otro que de sí mismos, despues que entró en España Tubal: si bien siglos despues, pasando á Cataluña los Catúlos y Alanos, de los cuales se formó el nombre, y sucediéndoles los godos trasladando sus Reyes la silla Real de Narbona á Barcelona, pasó tambien con la Corte el lenguage, y se corrompió el antiguo.

Luc. Tambien intenta probar que Barce-

lona fue conquistada por Carlo Magno, y que desde entonces quedó Cataluña feudataria á la Francia, para mostrar con esto que fue justa la rebelion, volviendo á su directo señor.

Merc. En esta proposicion se envuelven grandes designios; porque no es solo para escusar la rebelion, sino tambien para tener prevenida con tiempo la justificacion del rompimiento de los fueros de aquel Principado, en que desde ahora piensan los franceses para establecer un dominio absolutamente soberano; porque siendo los Reyes de Francia señores directos, y no habiendo alguno de ellos confirmado ni jurado sus fueros, sino solamente los Condes de Cataluña, y despues los Reyes de Aragon y de Castilla, no estarán obligados á su observancia.

Luc. No es posible que el Rey de Francia pueda mantener á Cataluña como la mantenia el Rey de España dejándolos gozar su libertad y fueros; porque confinando con Aragon y Valencia sin rios ni montes bastantes para asegurarla, será fuerza que la haga colonia de Francia, mudando los fueros, las costumbres y el lenguage, impo-

niéndole presidios, ciudadelas y fortalezas, que se sustenten con nuevas imposiciones, y aún mezclándola con poblaciones de Francia para que pierda el amor á España, con que de todo punto muden de naturaleza, principalmente si los derechos que alegan son verdaderos.

Merc. Para estas tiranías dan bastantes pretextos, pero en sí son muy falsas; porque no fue Carlo-Magno, sino el Emperador Luis el Pío, quien despues de haber obligado los catalanes cristianos á los moros á entregar á Barcelona, asistió para que lo egecutasen, ofreciéndoles su proteccion en órden á conservar su libertad; y despues su hermano el Emperador Cárlos Craso se la ofreció y concedió por juro de heredad, y Cárlos el Calvo concedió la soberanía á Ufredo el segundo, á sus hijos y descendientes, con la reservacion de las apelaciones; y esto no como á Reyes de Francia, sino como á Emperadores, sin que despues se haya ejecutado lo uno ni lo otro, como consta de los privilegios de los Emperadores Ludovico y Cárlos, dados en Aquisgrana, y de los autos de esta entrega; habiendo los Condes de

Barcelona conservado desde aquel tiempo su soberanía independiente de Francia y del Imperio. Bien conoció el santo Rey Luis la vanidad de este pretenso derecho, cuando por via de transacion le renunció al Rey Don Jayme de Aragon; y cuando Carlo Magno ó sus hijos hubieran tenido algun derecho á Cataluña, es heredero suyo el Rey de España, y como mas próximo en sangre sucede en todas sus acciones y derechos. Este punto no merece largos discursos; porque ¿quien no sabe que antes de eso la Galia Gótica, Cataluña y toda España pertenecian á los Reyes Godos por derecho de donaciones y contratos de los Emperadores, sus legítimos señores, y por el de las armas habiéndolas conquistado; y que ni por la pérdida de España, ni por la prescripcion del tiempo no le perdieron sus descendientes, pues siempre con la espada en la mano procuraron mantenerle?

Luc. No serán tan necios los catalanes que pongan en disputa la antigua soberanía de sus Condes, y que se diga que hasta aquí han sido feudatarios, sin que dejen de conocer que ninguna Provincia gozaba ma-

yores bienes ni mas feliz libertad que la Cataluña; porque ella era señora de sí misma: se gobernaba por sus mismos fueros, estilos y costumbres: vivia en suma paz y quietud, teniendo un Rey poderoso, mas para su defensa y para gozar de su proteccion, de sus mercedes y favores, y de todos los bienes de sus reynos y estados, que para egercer en ella su soberanía. No la imponia tributos, ni la obligaba á asistencias. Si algunas daban, eran donativos concedidos por graciosa líberalidad, y no por apremio. Si le enviaban comisarios, representaban la autoridad de embajadores: sus órdenes no eran mandatos, sino proposiciones; y no se egecutaban sin su mismo consentimiento. En ella no representaba la magestad de Rey, sino la de Conde; y aún en muchas cosas se podia dudar si era Señor ó ciudadano de Barcelona; y hoy se ve bajo del yugo tirano de la Francia, entre las armas de dos Reyes poderosos que batallan sobre su dominio en sus mismas amadas patrias, destruyendo sus casas y posesiones: competencia que durará mientras no se redugere á la obediencia de su señor natural.

Merc. El demasiado afecto á sus fueros los redujo á este miserable estado; y con los medios que aplicaron para conservarlos, los perdieron; porque todos los ha roto la guerra y la malicia de Francia. En ellos peligra mas Cataluña que en otra cosa; porque se imagina que sus Príncipes los tienen por opuestos á su soberanía, y con cualquier sombra ó sospecha de que se los quieren quitar, se precipitan; y podian detenerlos los ejemplos de los Reyes Don Fernando, llamado antes el Infante de Antequera; Don Martin y Don Pedro: los cuales si bien se irritaron por la supersticion y desconfianza con que los observaban los catalanes, reconocieron despues que en sí eran justos, y los estimaron, y aún los acrecentaron, considerando que no nacieron del ímpetu y furor del pueblo en ódio de la Magestad, sino de la consulta y del consejo de unas Cortes generales; donde intervino la presencia y autoridad del Conde Don Berenguel, confirmados despues por sus sucesores con la religion del juramento, sin que alguno se haya armado contra ellos; lo cual sería contra su misma conveniencia; porque en los mismos fueros está fundada la so-

beranía ó el ser mas ó menos libres los vasallos, y no la ofende, principalmente cuando domina un Rey, cuya monarquía se hermosea con la variedad de sus vasallos; siendo mayor la gloria de tener por súbditos á los mas exentos, y á los que son mas finos en la fidelidad á su señor natural, como en diversas ocasiones lo ha mostrado el Principado de Cataluña.

Luc. ¿Pues cómo no lo muestran ahora, reduciéndose á su obediencia?

Merc. Las armas de Francia que tienen sobre sí y una vana desesperacion del perdon los hace obstinados.

Luc. ¿Y no hay razones que los aseguren del uno y del otro temor?

Merc. Muchas hay; porque bien saben los prudentes que apénas habrá levantado Barcelona su estandarte en favor de su señor, cuando hará lo mismo toda la Provincia, y que no podrán los franceses mantenerse en ella, teniendo por otra parte contra sí las armas de Castilla. Conocen tambien que la clemencia que se les ofreciere será segura y perpétua; porque ni en aquel movimiento, ni en los excesos que se cometieron en él, concurrieron los Estados. Ímpetu fue y fu-

ror de la multitud mal informada, á quien arrebató una especie de religion, con tal violencia, que obligó á que los buenos se dejasen llevar de ella; y ya casi todos los delincuentes pagaron su inobediencia con sus vidas, ó con la pérdida de sus bienes y posesiones. Mayor fue la culpa cuando levantaron las armas contra el Rey de Navarra y de Aragon Don Juan, dándose primero al Rey de Castilla Don Enrique I, y últimamente á Renato, Duque de Anjou; y aunque pudo entrar por fuerza en Barcelona, pudo mas el amor á tales vasallos, y con una carta, mas de padre que de señor, los redujo á su obediencia, sin hacer despues ni él ni su hijo Don Fernando, que tambien padeció mucho en el tumulto, demostracion alguna de rigor. Mas poderosa es en los Reyes la conveniencia propia y el agradecimiento, que la ofensa. Y siendo aquel Principado la firmeza y seguridad de la monarquía, y un antemural contra la Francia, por quien el Rey, como Conde de Barcelona y Rey de Aragon, posee catorce Coronas y tres Ducados, y tiene derecho á Tebas, al Principado de la Morea y al Du-

cado de Atenas, conquistas de los catalanes con inmortal gloria suya, como refieren los historiadores griegos; no es creible que dege su Rey de usar con ellos de su clemencia, y cumplirles las condiciones con que volviesen á su obediencia, para dar buen egemplo de su fé pública en otras ocasiones, y para escusar el peligro de perderlos otra vez, principalmente en tiempo que los ha menester para recuperar los estados que le ocupan los franceses. Pero como en las enfermedades de un tumulto no basta que convalezcan los prudentes, si tambien no convalece el pueblo irritado, y á este no curan las razones, sino las experiencias de sus mismos daños y calamidades, creo que con ellas se moverá al remedio del perdon.

Luc. Puede ser que los detenga la esperanza de la paz, creyendo que en ella se establezca su libertad.

Merc. Mayor locura sería esa que las demas; porque los franceses estan muy lejos de hacer la paz, y cuando la hagan no son tan imprudentes que no conozcan que no puede quedar libre Cataluña, ni ellos tenerla, sino es en contínua guerra, en que se

consumirán mas que en todas las que hasta ahora sustentan; y que ninguna cosa les estará mejor que aventajar con ella los capítulos de la paz á favor de la corona de Francia.

Luc. Creen que entonces podrán quedar bajo de la proteccion de la Francia.

Merc. Eso no solamente es impracticable, como opuesto á la soberanía, sino monstruoso que una República esté debajo de la obediencia de un Príncipe, y de la proteccion de otro; de donde resultaria la insolencia de los malos y la opresion de los buenos, con el recurso á este ó á aquel; en cuyo contraste sería fuerza que se rompiesen los fueros y y privilegios; y si pueden los catalanes tratar por sí mismos y componer sus cosas con su Señor natural, muy ciegos é imprudentes serian en fiarlo del arbitrio ageno y de la variedad de los casos.

Luc. Muchos de ellos piensan que no puede mudarse el aura favorable de la fortuna de Francia.

Merc. Ninguna fue constante, y aquella menos que todas; porque si bien el que mirase desde afuera aquel reyno juzgará que

goza de buena salud, el que interiormente hiciere anatomía de su cuerpo conocerá que peligrará en sí mismo; porque la menor edad de su Rey, el gobierno de una muger, el valimiento de un extrangero, las diferencias entre el Consejo y el Parlamento, la disidencia de los mal contentos, la diversidad de religion, la falta de gente y de dinero, y la opresion de los tributos, son achaques que podrán causarle mortales enfermedades, sin que pueda convalecer con las empresas hechas fuera de él; porque éstas le agravarán mas habiendo de sustentarlos con gente y dinero, y esto no ha de sacarse sino de las haciendas de los vasallos, porque las rentas Reales de mas de cuarenta años futuros estan ya vendidas y empeñadas.

Luc. ¿Pues cómo tiene hoy la Francia tantos egércitos y tan diversas guerras?

Merc. Estos son los últimos esfuerzos, semejantes á los de las candelas que levantan mayor llama cuando mas les falta la sustancia, y estan mas vecinas á extinguirse. Una hora antes de quebrar los mercaderes, parecen á todos caudalosos, y roto el banco no hallan donde cobrar los acreedores; y aque-

los vasallos no pueden sufrir el intolerable peso de los tributos, desengañados de que mas se trata de continuar la guerra, que de componer la paz; porque en aquella se hace estimar el valido, y en esta peligraria su gracia si volvieran á la Corte los embajadores de los Principes que ha ofendido, y estuviesen en ella los sugetos que con gran arte tiene ocupados en las armas, ó porque dando con todo el manejo de los negocios, ó porque no se opongan á su valimiento.

Luc. Grandes son esos peligros é inconvenientes, pero los toleran con los acrecentamientos y triunfos de la corona.

Merc. Cuando los reynos tienen una grandeza bastante para sustentarse y hacerse estimar de los demas, no desean los prudentes que crezcan; porque cuanto mayor es la potencia de los Principes, es menor la libertad de la nacion dominante, y mayores sus gastos para sustentar las conquistas. Los triunfos son de gloria al Principe, y de tristeza á los súbditos; porque con ellos viene la noticia de la muerte de sus hijos, hermanos y amigos. Apenas hay casa en Francia que no esté cubierta de luto y falta de sucesion de

una parte muy considerable de la nobleza, estando las villas y ciudades tan despobladas que faltan cultores de la tierra, y oficiales para las artes, con que se halla Francia tan afligida, que no menos batalla consigo misma, que con los demás reynos, padecienda solo sola las miserias y calamidades que hace padecer á los demás.

Luc. Cómo la Reyna no hace reflexion sobre tantos males y peligros, considerando que solamente la paz puede asegurar á su hijo la Corona en la cabeza, y que por la revuelta de las cosas padeció tantos trabajos y destierros sin antes sosa?

Merc. Aquella daba zelos al valido, de quien fue perseguida, y ésta le ha criado y mantiene en su gracia.

Luc. No son menos peligrosos los zelos que con él da á los de la sangre y á los demas Príncipes, ni menores los inconvenientes que pueden nacer de haber puesto el cetro en manos de un extrangero.

Merc. Es ciega la gracia, y no los conoce hasta que haya caido en ellos.

Luc. De acero, ó de diamante debe tener la Reyna el corazon, pues no le ablan-

dan los trabajos y calamidades de sus hermanos, manteniendo contra ellos una guerra voluntaria, sin moverla á compasion la ruina del mismo reyno donde nació, ni la caida de su misma casa, no ya en poder de los franceses, sino en el de los sectarios.

Merc. La mayor desgracia de Europa es haber caido una parte de ella en el gobierno de mugeres, como vemos en Francia, en Suecia, en Hessia y en Piamonte; porque es fuerza que se dejen gobernar de otros que les den á entender las cosas diferentemente de como pasan. Muerto el Rey persuadieron á aquella Reyna que no se podria conservar la Francia si no amparaba el partido y las hechuras de Richelieu, y proseguia sus designios contra España, mostrando que en ella era mas poderoso el afecto de madre que el del nacimiento.

Luc. Luego mejor les estuviera á los españoles que aquella Reyna fuera de otra nacion, porque ya se hubiera compuesto con ellos.

Merc. Sí; pero la hubieran engañado con otras artes, pues tambien la dieron á entender que el Imperio y España habian maquinado contra su corona, y que para su defensa se

habian hecho las confederaciones con los suecos y holandeses, y tambien con el Ragozzi: que sus hermanos no querian la paz; que convenia obligarlos á ella con las armas para asegurar en sus hijos la corona; y que la de Francia corria evidente peligro si no bajaba primero la potencia de la casa de Austria: máximas con que pretendieron los autores de la guerra justificarla.

Luc. Esta última tienen muchos por cierta y por la causa principal de los movimientos presentes y de las calamidades de la cristiandad.

Merc. ¡Ó cuánto se engañan con ella! Porque antes la potencia austriaca es quien ha refrenado la ambicion de Francia, deteniéndola por mas de un siglo dentro de sus confines, la cual sin el temor á sus fuerzas hubiera ya despojado de sus Estados á los Príncipes de Europa, como lo intentó luego que la vió oprimida con las armas del Rey de Suecia Gustavo; fuera de que en el estado presente ninguna cosa es mas conveniente á la misma Francia que el poder de la casa de Austria; porque estando aquel reyno dividido en religiones, y en medio de los sectarios de Inglaterra, de Ginebra, de los Esguí-

zaros y de Alemania, continuada esta potencia con los grisones, y holandeses, dinamarcos, suecos y austriacos, tiene por antemurales de tan grandes enemigos á los Estados de la casa de Austria, cuya interposicion entre ellos le defienden, para que unidos no le puedan invadir.

Lu. Difícilmente persuadirá á los franceses esa razon de estado.

Mer. Es verdad; porque suelen ser mas poderosos que ella el odio y la emulacion con que se han estado tan ciegos los franceses en los principios de estas guerras, que asistian á los suecos para que se hiciesen señores del Imperio, y á los holandeses para que acabasen con los Países Bajos, y si éstos hubieran caido ya en manos de los sectarios fuera su potencia mucho mayor que la casa de Austria, y mas peligrosa á Francia, cuanto son mayores los odios de la religion que los de la emulacion; y tambien porque la casa de Austria está dividida en dos, y tan dividida la una de la otra, que no puede ocupar en Francia cosa alguna, como no ha podido recobrar hasta aquí las Provincias que le tienen usurpadas.

Luc. Bien lo ha mostrado la experiencia; pues cuando la una y otra casa, y ambas monarquías de Alemania y España poseía el Emperador Cárlos V, no pudo mantener el pie en Francia.

Merc. Añádese á todas estas razones otra no menos fuerte, y es que no es tan poderosa Francia contra los sectarios como contra los austriacos; porque contra éstos concurrian todos sus vasallos, y contra aquellos no se opondrán los que hay en el reyno de esa faccion, antes le abrirán las puertas.

Luc. Política es esa consideracion, y hasta ahora no la he visto ponderada de otro.

Merc. Casi todos los males internos no se conocen hasta que se padecen, como no los conocieron los Duques de Saboya cuando vendiendo á Piñerol vendieron su arbitrio entre las dos coronas, porque este se conserva estando interpuesto aquel Estado igualmente entre ambas; pero habiéndose dejado poner aquel freno, es fuerza que el temor y la necesidad los haga siempre españoles contra quien les tiene el pie sobre las cervices, para que no acabe de oprimirlos. No menos se ha dejado engañar la Duquesa Regente, per-

suadiéndola los franceses que peligraba la menor edad de su hijo en las pretensiones de sus cuñados, y en los designios de los españoles; y peligraba mas en la ambicion de los mismos franceses que la aconsejaban, los cuales habiéndola obligado á continuar la guerra, y confederarse con ellos, fueron luego enemigas sus armas auxiliares, pues á título de proteccion se apoderaron de las plazas mas importantes del Piamonte; y si los otomanos que llevaron á los franceses á Italia, fijaren el pie en ella, la retendrán siempre con el pretexto de la defensa propia, y del mayor bien de la cristiandad, para que no pase los Alpes el enemigo comun.

Luc. No menos has volado con el discurso que con las alas, pues dejándome tan favorecido con tan varias noticias, has llegado á las cumbres mas altas de los Alpes.

Mere. Desde aquí veo que la discordia que suministra la Francia, turba el sosiego de los esguizaros y grisones, dividiéndolos en varias facciones de religion, las cuales amenazan guerras civiles, y con ellas la ruina de aquellas Repúblicas; porque la concordia las levantó, y solo la concordia las podrá

sustentar. Advertidos los franceses de este caso disponen desde luego el edificio de su fortuna con los fragmentos de ellas, introduciendo en aquellas provincias sus estilos, trages, costumbres y delicias, con que les harán mayor guerra que con las armas. Traen de allí continuas levas á su reyno, no para defensa propia, como es condicion de sus antiguas capitulaciones é instituto observado por muchos siglos, sino para salir de Francia y usurpar las Provincias de los Príncipes confinantes, con que de amigos y confederados de aquellas Repúblicas procurarán hacerlos enemigos. En Francia se cria la soldadesca esguízara: aprende el lenguage; y haciéndole á las delicias de ella, muda su naturaleza, cobrando amor al país; de donde resultará que con las armas mismas de los trece Cantones serán divididos, sin advertir que en Francia la milicia romana perdió el amor á la patria, y volvió de ella conducida de Julio César, para ponerle el yugo de su servidumbre. Desde aquí descubro tambien en las llanuras de Italia tan dormidos á los potentados, que ni los despiertan las cajas y clarines de las guerras confinantes, ni los gemidos de los Príncipes

despojados, aunque podrá ser en poco tiempo comun el peligro.

Luc. No descendas á ellas; porque hallándote tan vecino al cielo, corto tuya, abusaria yo de tu generosa cortesía, si despues de haberte dado gracias por lo que con mas humanidad de hombre que gravedad de Dios me has referido, no te suplicase que vuelvas á tu esfera celestial.

Merc. Temo haberte cansado con tan prolija relacion. Á tu instancia la he hecho, y á tu instancia me despido. VALE.

NOTAS
Á LA REPÚBLICA LITERARIA.

(1)

Pág. 1. *Me venció el sueño.* Aunque esta ficcion del sueño no tiene el mérito de original, sin embargo está usada aquí con tanta propiedad, que no se pudiera imaginar invencion mas á propósito para el intento. De este mismo artificio se valió Ciceron en el sueño de Escipion: del mismo usó Luciano en varios lugares, y siempre con nueva gracia. Nuestro autor á imitacion de estos y de otros muchos antiguos finge su sueño, previniéndolo con una introduccion muy verosimil y natural; y no es pequeña prueba de su grande ingenio el hacer como propia y nueva una invencion tan usada y antigua. No todos conocen la gran dificultad de esta empresa: por tanto vemos tan ridículos delirios en tantos sueños poéticos de algunos miserables soñadores de nuestros tiempos. Estos, faltos de imaginacion, ingenio y juicio para adornar sus asuntos, recurren á sueños, como al único refugio de sus pobres ingenios; y despues

de tanto aparato de delirios y fantasmas dicen tan frias puerilidades, que han hecho ridícula y fastidiosa esta invencion, que bien manejada abre campo á los buenos ingenios para mil adornos y bellezas. Así vemos, que nuestro autor por medio de ella nos presenta un espectáculo sumamente delicioso y de la mayor instruccion: nos hace ver palpablemente cuanto hay de bueno y útil en artes y ciencias, y lo que en ellas se ha mezclado de vano y ridículo. Los sucesos que finge, y las personas que introduce, nos instruyen mucho mas y con mayor deleite, que si la misma doctrina se nos propusiese en discursos didácticos, confirmados con todo géneros de razones y argumentos. Las descripciones y pinturas bellísimas, al mismo tiempo que embelesan la imaginacion, encierran documentos muy útiles, que necesitan ser muy meditados: en suma, no hay circunstancia, por menuda que parezca, que no tenga alguna instruccion provechosa. Puede servir de ejemplo la apariencia brillante de la ciudad ó República Literaria, cuyos capiteles, dice, deslumbraban la vista, y se elevaban al cielo; porque en efecto no hay cosa que así embelese el entendimiento de un curioso observador, como el aspecto exterior de las ciencias, cuando las contempla de léjos, y todas de un golpe. A primera vista encanta el pródigioso espectáculo de los progresos del en-

tendimiento humano, que no contento con investigar la naturaleza y propiedades de las cosas terrenas, se ha elevado hasta los cielos, y ha sujetado al cálculo los movimientos, distancias y magnitudes de los cuerpos celestes. Esto excita un ardiente deseo de entrar en esta ciudad ideal, buscando para este fin una buena guía; bien que al paso que se va internando en ella encuentra mas y mas desengaños de las debilidades humanas, como se ve en el progreso de esta fábula. Desde luego halla los campos cubiertos de eléboro, medicina harto necesaria para purgar la bilis de los ciudadanos, los cuales son muy propensos á incurrir en manías si el eléboro de la sana razon no los preserva. He querido detenerme en estas reflexiones, para que el lector se acostumbre á penetrar el sentido de las contínuas alegorías de que está llena esta obrita; todas las cuales si se hubiesen de desentrañar aquí, no tendrian fin estas anotaciones.

(2)

Pág. 2. *Muchos buscaban el eléboro y anacardina para hacerse memoriosos.* Sabida cosa es que en otros tiempos se hacia mucho uso de estas y otras drogas para aumentar la memoria: tambien muchos han sudado en vano para hacer artes de acrecentarla, que solo pueden servir para confundirla. Este necio empeño muestra que

la mayor parte de los hombres aspiran, no á ser sábios cultivando su razon y juicio propio, sino á parecerlo, repitiendo lo que otros han dicho. Si por desgracia todos los hombres hubierán seguido la misma manía, ¿qué progresos hubieran hecho las ciencias? ¿qué hubieran dejado que decorar á los memoriosos? ¿No será mas propio de un racional dedicarse á decir cosas dignas de ser decoradas por la posteridad, que emplearse toda la vida en depositar en la memoria lo que otros hicieron ó dijeron? En nuestros tiempos es grande incentivo para cultivar mas la memoria que la razon, el hallarse todas las artes y ciencias reducidas en compendios, diccionarios, historias; con cuya simple lectura un memorioso puede ostentar una sabiduría universal en todo, sin saber con fundamento nada: por tanto vemos tan crecido número de eruditos, y tan pocos sábios. La memoria es el depósito de las ciencias, dice nuestro autor; pero solo debe servir para depositar en ella los principios sólidos de ellas, y lo mas cierto y útil que cada una contiene. Ha de ser la memoria como una biblioteca escogida, en que con orden, método y gusto estén colocados los libros mas selectos, de que ha de hacer uso su dueño; no como una tienda de librero en que sin distincion estan acinados los de todas facultades y materias buenos y malos, solo para venderlos, sin que el ven-

dador se aproveche de su doctrina, ni conozca el mérito ó defectos de lo que vende. Los antiguos, aquellos padres del saber, leian muy poco y meditaban mucho: aun en estos últimos tiempos los que mas han adelantado las ciencias no han sido los mas eruditos, sino los mas profundos meditadores: la biblioteca del gran Leibnitz se reducia á unas pocas obras de la antigüedad. Repetir lo que otros han dicho es ciencia de niños, y niños hay de cuarenta y mas años que por no acostumbrarse á pensar no han salido ni saldrán de la infancia. Una verdad adquirida por la reflexion propia es cosa muy distinta y vale mucho mas que el mismo conocimiento aprendido superficialmente de memoria. La serie de ideas por las que se adquiere, así como pone en movimiento los resortes de la razon, acostumbrándola á pensar, así tambien es causa de que se fije en el entendimiento con nociones permanentes, y que se produzca como cosa propia. Pero como quiera que sea, siempre será mas cultivada la memoria que la razon, porque un memorioso tiene infinito mas lucimiento en los concursos que el mas sabio; y por consiguiente en todas partes tiene mas fama y premio el que sabe hacer alarde de una gran multitud de conocimientos, aunque no los tenga digeridos, que el que solo produce los efectos de su meditacion. Mas siempre será igualmente

cierto, que los aumentos de la memoria se procuran con peligro, y á expensas del juicio, como dice el autor; aunque las razones con que lo prueba, mas pertenecen á la moral que á la literatura, por lo que he querido detenerme en estas reflexiones propias del asunto.

(3)

Pág. 13. *Estaba retratando al Rey Felipe IV. Diego Velazquez.* Este es uno de los mas célebres pintores que han dado honor á España con el pincel: justamente se hace aquí mencion del retrato del Rey Felipe IV. porque en su género no tiene igual entre los nuestros. Cosa prolija y fuera de propósito seria hacer aquí una larga enumeracion de los que en España se han distinguido en la pintura: baste decir, que en Italia, que sin duda lleva la palma en esta parte á las demas naciones, son muy apreciadas las pinturas de algunos insignes españoles, y no se desdeñan de adornar con ellas las mas curiosas galerías. El abate Don Juan Andres en su viage por Italia vió en en la galería del palacio Doria en Roma el retrato del Papa Panfili hecho por Velazquez, el cual, dice, bastaria para dar honor á la pintura española; y en el palacio Corsini vió una Vírgen de Murillo al lado de un cuadro del famoso Rubens, y añade que este pobre flamenco pierde mucho de su mérito por estar al lado del español.

(4)

Pág. 13. *Donde se disputaba de la precedencia entre la pintura y escultura.* Es muy digno de verse sobre esta precedencia el diálogo poético de Don Juan de Jáuregui, que se halla entre sus rimas. Este gran poeta, de quien dice Solís que manejaba con igual destreza el pincel que la lira, propone en el mencionado diálogo las razones y argumentos de ambas partes con la mayor gracia y belleza; y últimamente la naturaleza termina la disputa dejándolas iguales.

(5)

Pág. 16. *Cuyo ingenioso y sutil buril dilata su fama por los confines de la tierra.* Es muy bello el artificio con que el autor muestra aquí, no tanto la invencion de la tinta, como la gloria que por las letras se consigue. Homero, padre de la buena poesía, dió el primer ejemplo de estas pinturas gráficas en el escudo de Aquiles: Virgilio le imitó en esto, como en todas las demas bellezas, figurando en el escudo de Eneas varios sucesos de la historia romana: Ovidio en sus Transformaciones grabó en las puertas del palacio de Febo todo el mundo real y fabuloso. Á imitacion de este graba Saavedra en esta primera puerta la invencion de la tinta, pero con bellezas y adornos tan originales, que excede sin comparacion á su modelo. Véase aquí

prácticamente como los buenos ingenios saben hacer palpables las doctrinas mas abstractas; pues todas estas ficciones, adornos y galas poéticas solo se dirigen á imprimir altamente en los ánimos aquella máxima, expresada por Ciceron, y por otros muchos; es á saber, que las acciones mas heróicas, los hechos mas gloriosos estarian sepultados en tinieblas si les faltase la luz de las letras.

(6)

Pág. 18. *Grabó la invencion de la imprenta.* No es menos maravillosa la invencion que se figura en esta segunda puerta: en ella se exponen con la mayor belleza y artificio las tres utilísimas invenciones de la brújula, pólvora é imprenta. El ingenio del autor considera estas invenciones como dispuestas y ordenadas por la divina Providencia para el descubrimiento de la América. Todo es aquí poético, no solo en la invencion, sino tambien en el estilo y expresiones, las cuales aunque parezcan algo gentílicas, no por eso se han de reprender, pues son licencias de que han usado comunmente los poetas mas piadosos. Con esta ingeniosa ficcion da un nuevo realce á la gloria de los españoles en el descubrimiento y conquista del nuevo mundo, dando á entender que la Providencia, significada por Júpiter y el concilio de los Dioses, concedio esta gloria al Tajo ó á la España, en premio de la fidelidad con que

abrazó la verdadera religion, y de la constancia con que la ha conservado en toda su pureza.

(7)

Pág. 21. *Era la aduana donde se descargaban los libros.* No se pudiera imaginar ficcion mas bella y oportuna para hacer una justa censura de los malos libros. Y aunque el registro de esta aduana tiene bastante semejanza con el escrutinio de libros que introdujo Cervantes en su Don Quijote; todavía, si bien se considera la invencion de nuestro autor, tiene mérito de original, y lleva la ventaja de extenderse á todas materias. El juicio breve y agudo que hace de los malos libros de cada cual materia, equivale á una larga disertacion: las juiciosas reflexiones que mezcla, y los destinos que da á cada clase de libros muestran á un mismo tiempo la madurez de su juicio, y la agudeza de su ingenio; y todo se dirige á persuadir la importante y juiciosa máxima que deduce, es á saber: *que en la República Literaria, ó entre los verdaderos sábios, solamente pasan y tienen estimacion los libros que con propia invencion y arte son perfectamente acabados, y pueden dar luz al entendimiento, y ser de beneficio al género humano.* Esta es la regla infalible para hacer juicio de los libros: por la cual si medimos la mayor parte de los que en todas partes salen á luz continuamente, ¿cuán pocos hallarémos que puedan servir á

otros usos que á los que les va destinando nuestro autor? Principalmente es muy necesaria esta advertencia en nuestros tiempos, en que mas que nunca el escribir es el ramo de industria mas cultivado; y jamas se ha podido decir con mas verdad, que los hombres estudian para escribir, y escriben para grangear.

(8)

Pág. 27. *Hernando de Herrera con gran atencion cotejaba los quilates de unos ingenios con otros.* Bien muestra Saavedra su delicado gusto en la poesía en el mismo hecho de hacer juez de los ingenios á Hernando de Herrera. Este es uno de los mas excelentes poetas de nuestra nacion, á quien con mas razon que á ningun otro se le dió el renombre de Divino; y juntamente ninguno le ha igualado en la teórica de la poesía, como lo muestran bien sus *Anotaciones á Garcilaso.* Pero este gran poeta y juicioso crítico ha tenido la desgracia que otros muchos de nuestros buenos escritores, que es el ser mas conocido su mérito de los extraños que de los nacionales. Un erudito extrangero atribuye gran parte de la decadencia en que está nuestra poesía lírica al poco conocimiento que se tiene del mérito de Herrera. En sus rimas amorosas es un Petrarca: en las canciones heróicas se advierte un espíritu Pindárico, que no tiene igual en nuestra lengua: en las dos cancio-

nes á la batalla nával de Lepanto y á la pérdida del Rey Don Sebastian, imitó con el mayor acierto la sublime y magestuosa sencillez de la poesía hebrea. Su lenguage es muy poético, y es el que mas ha enriquecido nuestra poesía en esta parte. Fue muy versado en el griego, latin é italiano: estudió con la mayor atencion los mejores poetas antiguos y modernos; y en particular hizo mucho estudio de nuestra lengua, observando y apuntando los modos de decir mas nobles y expresivos, de los cuales apuntamientos hacia mucho uso cuando componia. Así que á ninguno de los nuestros podia Saavedra haber dado el empleo de juez de los ingenios con mas razon que á Herrera; y en esto da á entender que conocia su gran mérito é inteligencia en estas materias.

(9) Pág. 129. *Tal era entonces el horror á la villana ley de los consonantes.* Despues que con las irrupciones de los bárbaros se perdió en toda Europa, no solo la buena poesía, sino tambien la fina pronunciacion de los latinos, con la que distinguian las sílabas breves y largas, se introdujo en la poesía el molesto sonsonete del consonante, cuyo golpeo fastidioso era la única hallesa de aquella bárbara poesía. Y aunque en la restauracion de las letras el Petrarca y otros buenos ingenios elevaron la poesía italiana al mas alto punto con be-

llezas sólidas y verdaderas; todavía conservaron la rima; y en esto como en lo demas los imitaron los españoles. Pero como esta ley del consonante es por una parte tan dura, que sirve de grande embarazo á los ingenios, y por otra lejos de añadir belleza, es muy desapacible aquel continuo golpéo de la rima; algunos han pensado que sería muy conveniente introducir los números y pies latinos en vez de nuestros versos rimados. Pensamiento sin duda muy plausible, pero absolutamente impracticable entre nosotros, que solo en las dicciones de mas de dos sílabas distinguimos la cuantidad de la penúltima. Unicamente se han podido imitar en algun modo los sáficos latinos, porque no son mas que unos hendecasílabos, cuidando solo de que tengan la pausa ó cesura despues de la quinta sílaba, y que la primera palabra del verso sea de dos sílabas y la segunda de tres, con lo que se logre imiten el sonido de los sáficos latinos. No siendo pues posible adoptar los demas géneros de versos, otros han preferido el verso hendecasílabo suelto, que de suyo tiene bastante armonía y magestad, sin necesitar de la rima para su perfecto sonido; el cual parecer es mucho mas razonable. En efecto tenemos varias composiciones en verso suelto, muy bellas, en que no se echa menos la rima. Pero su composicion no es tan fácil como á algunos parece, antes bien es tanto mas difícil cuanto en él

no se tolera el mas leve defecto, ni una palabra supérflua. Además es menester un oido muy delicado para variar continuamente su armonía, para enlazarlos sin uniformidad ni afectacion; y muy fino gusto para la colocacion de las palabras y eleccion del lenguage. Como quiera que esto sea, estan nuestros oidos tan acostumbrados á la rima, que arriesgaria su opinion el que del todo la desterrase de sus versos, mayormente en las composiciones líricas, por mas que las adornase con todas las galas de la buena poesía: ¡tanta es la fuerza de una costumbre envejecida!

(10)

Pág. 32. *En nuestros tiempos renació un Marcial Cordobés en Don Luis de Góngora.* No se puede negar que Góngora ha sido uno de los mayores ingenios que ha tenido España, no sólo para el epígrama y sátira, sino tambien para la lírica antes de darse á culto. Sus romances, letrillas, algunos sonetos y pocas canciones son de lo mejor que hay en nuestra lengua. Pero despues el empeño de singularizarse, camino seguro para ser extravagante, le obligó á apartarse de la senda trillada por todos los buenos poetas, y á ser autor de la secta de los cultos, que por mucho tiempo ha dominado en nuestro Parnaso. El escribir culto, segun la práctica de Góngora, consistia en usar de las metáforas

mas atrevidas y monstruosas, en las mas violentas transposiciones, y en mezclar á cada paso voces latinas sin necesidad ni gracia, de lo cual resultaba una obscuridad inexplicable, como se vé principalmente en su *Polifemo* y *Soledades*. Esta nueva secta excitó una gran disension entre los ingenios de aquel tiempo: todos los buenos se declararon abiertamente contra ella; Villegas, Quevedo, Lope de Vega, Jauregui y otros ridiculizáron lo absurdo de la nueva algaravía. Pero la turba de poetastros, deslumbrada con la novedad y fama de Góngora, adoró sus misterios, le declaró por Príncipe de la lírica, se empeñó en imitarle ciegamente, y en explicar sus enigmas en pesados é indigestos comentos. Pero como estos miserables imitadores carecian del ingenio y demás prendas de Góngora, solo imitaron la corteza de su estilo, y aúni le excedieron en la obscuridad y extravagancia. Sería muy útil que se hiciese una coleccion de las poesías escogidas de Góngora, para vindicar la buena memoria de este gran poeta, cuyo verdadero mérito, infamado por sus imitadores, es muy poco conocido.

(11)

Pág. 32. *Contemporáneo suyo fue Bartolomé Leonardo de Argensola.* No es fácil adivinar la causa por qué nombrando Saavedra aquí y en

otro lugar mas adelante con el debido elogio á Bartolomé Leonardo; se olvida en ambos lugares de su hermano Lupercio Leonardo, cuyas excelentes rimas se imprimieron juntas con las de Bartolomé; y en nada ceden á las de Este. Pero bien haya sido esta omision por olvido ó por cualquiera otra causa, debemos advertir aquí que, aunque Lupercio quemó sus poesías, no obstante su hijo Don Gabriel Leonardo y Albion recogió algunas de varias copias que se habian esparcido, las cuales son muy suficientes para acreditar á Lupercio de excelente poeta igual á su hermano; que es el mayor elogio que se le puede dar. Igualmente no sabemos qué motivo tendría nuestro autor para afirmar *que la pluma poco advertida, y despues la estampa afeó sus obras*, cuando sabemos que el mencionado Don Gabriel fue el editor de las rimas de ambos hermanos, corrigiéndolas con el mayór cuidado, como se evidencia por el cotejo de las obras impresas con varios manuscritos que corren. Además el editor que reimprimió las rimas de los dos hermanos el año pasado de 1786, pone al fin de ellas una epístola de Bartolomé, la cual afirma se copió de un manuscrito original firmado por el *Rector Leonardo*; y cotejándola con la misma que se halla entre las ya antes impresas, se vé claramente que la pluma del corrector, que yo creo

fue el mismo Bartolomé, lejos de afear la composicion, la dejó mas bella y elegante.

(12)

Pág. 33. *Lope de Vega es una ilustre vega del Parnaso.* El juicioso examen de nuestros poetas, que pone el autor en boca de Herrera, es una grande prueba de su exquisito gusto; pero principalmente se echa este de ver en el juicio que hace de Lope de Vega. En breves líneas con una gracia incomparable incluye el elogio y la censura de este fecundo ingenio. Nació Lope de Vega con todas las prendas mas principales para ser el mayor poeta de España; solamente le faltó un juicio maduro y buen gusto para reprimir los excesos de su vasto ingenio y ardiente fantasía. En todas sus composiciones dramáticas y épicas abandonó aquellas prudentes reglas que ha dictado no el capricho de los antiguos, como debió de pensar Lope, sino la razon y buen juicio: esta falta la censura disimuladamente Saavedra, diciendo que *despreció las sequedades y estrechezas del arte.* Pero recompensa abundantemente esta falta nuestro Lope con inumerables bellezas originales que se hallan á cada paso en todas sus composiciones: además su estilo generalmente es puro, elegante y magestuoso: su versificacion la mas llena, armoniosa y corriente que se conoce. Cuando pinta, no tiene igual

entre los nuestros; pero cuando se empeña en filosofar y ostentar erudicion, es harto infeliz. Para saber cómo se han de estudiar sus obras con utilidad, no se puede imaginar comparacion mas propia que la de Saavedra: se ha de entrar en ellas como en una rica y abundante almoneda, donde se encuentran hacinadas sin distincion todas las galas poéticas. Conviene elegir de entre ellas con mucho discernimiento y gusto las que convengan para adornar cada asunto. Él no hizo ninguna Epopeya perfecta; pero el que quisiese componer un poema épico, hallaría infinito que imitar en la Jerusalen. Sus comedias son todas defectuosas, pero su estilo, invencion y enlace y desenlace ofrecen bastante para la imitacion. De sus muchas composiciones líricas se pudiera hacer una coleccion no pequeña de perfectos modelos en su línea. El empeño de abultar volúmenes con todo lo bueno y malo de Lope, no creo haya contribuido mucho á acreditar á este célebre ingenio.

(13)

Pág. 33. *Sin reparar en el órden y disposicion.* No se crea que nuestro autor quiso hacer aquí una exacta enumeracion de nuestros buenos poetas, cosa muy agena de su intento, y que sería molesta. Los pocos que ha apuntado son muy suficientes para dar alguna noticia de nues-

tros poetas; así como tratando de la pintura solo nombró á Velazquez y á Navarrete, omitiendo hacer mencion de otros igualmente célebres. Por tanto no se debe creer que el no nombrar á Fr. Luis de Leon, Jáuregui, Villegas, Rioja, Quevedo, y otros muchos excelentes, es porque los juzgue inferiores á los que aquí ha citado.

(14)

Pág. 34. *Muchos no aprueban este estilo de enseñar la gramática.* Muy juiciosas son todas estas reflexiones, las cuales muestran claramente que el buen gusto de nuestro autor era universal en todas materias. No hay duda que por descuido de los padres é ignorancia de los maestros pierde la juventud inútilmente los mas floridos años en que con menos trabajo se pudiera adquirir no solo la inteligencia de la lengua latina y de la griega, igualmente necesaria, sino tambien unos buenos principios de las Humanidades, sumamente necesarias para estudiar con provecho las ciencias superiores. Este descuido, de que siempre se han estado quejando los doctos, no es privativo de nuestra nacion, sino tambien de todas las demas, como podemos inferir por las quejas continuas de sus sabios, que se lamentan de que cada dia va en aumento entre ellos la decadencia de las buenas letras, y que sin mas aparato que una corta noticia del latin, se emprende la carre-

ra de las ciencias: en las cuales qué progresos se puedan hacer sin conocimiento de las lenguas sabias, ni de las Humanidades, lo saben muy bien los que en edad crecida se han visto precisados á dedicarse seriamente á estos estudios, por no poder sin ellos pasar de una vulgar mediania.

Pero en órden á enseñarse las ciencias en latin, á lo que se inclina Saavedra, debo advertir que esto podia ser conveniente en aquellos tiempos, en que todas las obras científicas se escribian en lengua latina; pero al presente no sé qué pueda contribuir esta costumbre á otra cosa, que á corromper en los jóvenes el buen gusto de la latinidad, y á que no sepan hablar en materias científicas, sino en un castellano sumamente bárbaro é incomprehensible, como lo vemos prácticamente. Todas las naciones cultas con deseo de perfeccionar sus idiomas, ó porque así pueden expresar sus ideas con mas claridad y energía, todo lo escriben al presente en lengua vulgar: por el cual medio han logrado hacer estimables sus lenguas, y que se estudien con el mismo ó mayor empeño que las antiguas. Por tanto debemos nosotros tambien esmerarnos en hacer apreciable para los extrangeros nuestra lengua, de la cual dice el Abate Pluche, que es la mas rica y magestuosa de la Europa, llamándola la lengua griega de las vivas; pero que es inútil para los extrangeros el aprenderla, porque no hay obras

científicas escritas en ella. Para evitar pues tan severas censuras debemos aplicarnos á escribir en ella de todas materias, empleando en descubrir sus gracias y riquezas todo el tiempo y estudio que antes se gastaba en formarse un estilo puro y elegante para escribir en latin, el cual no sé por qué desgracia ya no es de moda.

(15)

Pág. 36. *Grande era el ruido de los estudiantes.... En algunas de las universidades no correspondia el fruto al tiempo y trabajo.* Los mas útiles establecimientos no surten á veces el efecto que sus autores se prometen, porque los hombres regularmente comunican la corrupcion de sus vicios á todo cuanto pasa por sus manos. No se puede dudar que las universidades son uno de los mas útiles establecimientos de la sociedad; pero es preciso confesar tambien, que es muy justa la censura que de ellas hace Saavedra. Tal vez no es lo peor que regularmente sea en sus alumnos *mayor la presuncion que la ciencia: que el tiempo, no el saber, y á veces el dinero, dé los grados*; lo que parece mas intolerable á los hombres de juicio es la arrogancia con que algunos de los así graduados desprecian á los que no han cursado universidades, por mas que den las pruebas mas auténticas de un saber sólido; como que en su concepto no ser hombre de carrera y ser

un ignorante, son frases sinónimas. Estos, que son las heces de las universidades, hacen odiosos con su vana presunsion á los sólidamente doctos, que en ellas se forman; dando motivo á censuras y sátiras que infaman á todas las universidades.

(16)

Pág. 36. *Este... que camina con pasos graves.* Para expresar el autor con gracia su juicio sobre los historiadores antiguos y modernos, se vale del artificio que usan mucho los poetas épicos, para hacer alarde de algun egército ó cosa semejante. En este de nuestro Saavedra se debe admirar la agudeza y gracia con que elogia ó censura á cada uno de los historiadores, expresando en su porte, trage ó fisonomia el mérito particular, ó defectos de cada uno de ellos.

(17)

Pág. 41. *Y Mariana cabezudo.* Muchos tendrán por injusta la censura que se hace aquí de uno de nuestros mejores historiadores: yo por mi parte no puedo aprobarla enteramente. Llama á Mariana cabezudo, porque quizá no agradaba á Saavedra tanta severidad en su crítica, y que desprecie tan abiertamente los falsos cronicones de Dexiro, Máximo, Luitprando y otros semejantes, cuyas patrañas no se desdeñó Saavedra de citar en su *Corona Gótica.* Tan difícil es

el cargo de historiador, que si adopta las fabulas sin examen, se hace despreciable para con los extrangeros y nacionales desapasionados; y si usa de una crítica severa, se grangea la censura y ódio de los que fundan la gloria de la patria en las opiniones vulgares. Tambien nota Saavedra en el estilo de Mariana la afectacion del lenguage antiguo: lo cual á muchos no parece reprehensible, sino muy loable, porque así, dicen, da mas gravedad a la historia. Pero en todo es necesaria la moderacion; y esta se echa menos á veces en Mariana, por usar de expresiones anticuadas ó muy bajas, que afean mucho la gravedad de la historia, y hacen débil el discurso.

(18)

Pág. 44. *Entre ellos vi á Prometéo.* Aquí va explicando el autor con aguda concision el sentido de algunas fabulas que inventaron los poetas antiguos. De Prometéo finguieron que habia formado un hombre de barro, y que para infundirle el espíritu y la vida, robó fuego del cielo. De Endimion que estaba enamorado de la luna: de Atlante que con sus hombros sostenia el cielo: de Protéo que se convertia en todo género de formas.

(19)

Pág. 53. *Vimos á un lado y otro muchos hornillos encendidos.* Nadie debe persuadirse que el

autor censura aquí la Química, de cuyo estudio han resultado tantas ventajas y utilidades á la Física, Medicina y usos humanos. Búrlase sí de los que llaman alquimistas, que con vano afan buscan el modo de convertir en oro otros metales. Y aun este ciego empeño ha sido en cierto modo provechoso; pues ha contribuido no poco á la perfeccion de la Química, y ha descubierto por casualidad algunos mixtos útiles á la vida humana.

(20)

Pág. 57. *Lo mismo pretendia Lucano con una trompeta de bronce.* Censura aquí Saavedra con mucha agudeza la Farsalia de Lucano, significando la hinchazon de su estilo *en lo encendido del rostro y carrillos hinchados.* No hay duda que la Farsalia está muy léjos de ser un perfecto poema épico: tambien es cierto que hay alguna hinchazon en su estilo, aunque no tanta como ponderan los pedantes: ni se puede negar que sus discursos y frecuentes sentencias huelen algo á la declamacion de la escuela. Pero á pesar de estos defectos (muy dignos de perdon en un jóven que murió á los veinte y seis años) se hallan en la Farsalia á cada paso bellezas muy originales, que en vano se buscaran iguales en Homero, ni en Virgilio. Hay en ella pasages muy sublimes y patéticos: muchos de sus discursos estan llenos de un fuego que inflama; y su conci-

sion á veces es inimitable. Estas y otras muchas bellezas que no las imitó de otro, como lo hizo Virgilio, sino que las sacó del fondo de su ingenio y fantasía, han dado motivo para que se hagan paralelos entre la Farsalia y la Eneida; y no han faltado extrangeros que den á aquella la preferencia; pero injustamente si se miden por las leyes de la Epopeya. Al contrario algunos pesados gramáticos, incapaces de percibir ninguna belleza poética, han pretendido abatir el mérito de la Farsalia hasta negar á su autor el nombre de poeta con su acostumbrada arrogancia. Pero si dejando preocupaciones pueriles y parcialidades ridículas, queremos examinar atentamente el mérito de la Farsalia, hallarémos que es muy inferior á la Eneida en la disposicion, en la fábula, en la economía y en todo lo que pertenece á una perfecta Epopeya; pero al mismo tiempo es preciso confesar que Lucano en este su poema, ó sea historia en verso, dió pruebas de mayor ingenio, y mas fogosa imaginacion, que Virgilio en su divina Eneida.

(21)

Pág. 58. *Todo lo notaban Juvenal, Persio.* Es muy digna de notarse la agudeza y gracia con que el autor ha ido expresando hasta aquí todos los géneros de poesía, los objetos de cada uno de ellos, y los mas célebres poetas de todas las naciones. En Homero, Virgilio, el Taso y Camoes

se significa la poesía épica, cuyo fin es *encender los ánimos á las acciones heróicas*. El mismo objeto se debe proponer la lírica sublime, representada aquí en Píndaro, Horacio y los demás; y por tanto dice el autor que acompañaban con sus liras al concierto de los épicos. No ignoro que además de las alabanzas de Dios, de los héroes y de las acciones virtuosas, pertenece tambien á la lírica

Et juvenum curas, & libera vina referre:

pero si se considera que el objeto principalísimo de toda poesía debe ser la utilidad y enseñanza de los hombres, no sé qué provecho se pueda sacar para las costumbres de las poesías amorosas, ni de las anacreónticas; antes bien estoy persuadido que contribuyen en grande manera para la corrupcion de la juventud. Ya estamos fastidiados de tantas bagatelas amorosas; y causa dolor el ver desperdiciados tantos tesoros de erudicion, ingenio y fantasía en asuntos tan frívolos. No hay que dudar, que si se hubiese empleado en hacer deleitable la doctrina de las verdades útiles todo el ingenio que han malgastado nuestros poetas en perfeccionar el género amatorio, seriamos la nacion mas sabia é ilustrada del mundo.

Al compás del concierto de los líricos danzaban Eurípides y Séneca con coturnos; en lo cual se nos representa la tragedia que entre griegos y latinos usó de este calzado, y era acompañada del

canto, pero no tan inverisimil como el que se usa en el Melodrama moderno. Plauto, Terencio y Lope danzando con zuecos, significan la Comedia; y añade que éstos y los trágicos con sus acciones dejaban purgados los ánimos de los afectos y pasiones. A la verdad este debiera ser el objeto del drama; pero por desgracia, ó por mejor decir, por culpa de los dramáticos regularmente producen efectos muy contrarios. Despues está expresada la poesía bucólica en Teócrito, Sanázaro y el Guarino; y la sátira y epígrama en Juvenal, Persio, Marcial y Góngora. No cuenta entre los bucólicos á Virgilio, porque antes le ha puesto entre los épicos, que es el género en que mas sobresalió: ni á Horacio, Catulo y Argensola entre los satíricos, aunque fueron tambien excelentes en este género, porque ya los ha colocado entre los líricos.

(22)

Pág. 59. *Despues de estas soledades deshabitadas entramos en lo poblado.* Ya desde aquí comienza á insinuar lo vano y ridículo que hay en la República Literaria, cuya realidad no corresponde con mucho á sus brillantes apariencias, porque es infinito mas lo que se ignora que lo que se sabe; y aún en lo mismo que se presume saber, es tanta la incertidumbre nacida de la variedad de las opiniones, que son excusables

los escépticos en sus dudas. El afan de los ciudadanos ocupados únicamente en fabricar obras nuevas con las ruinas y materiales de otras, denota principalmente la vanidad de los filósofos, que en vez de dedicarse á perfeccionar las verdades conocidas, y á descubrir nuevos conocimientos, se emplean en substituir sistemas aëreos á otros igualmente vanos; en lo cual ni aun tienen el mérito fantástico de la invencion, pues está demostrado por M. Dutens que todos los sistemas que se venden por invenciones modernas en todas las partes de la filosofia, fueron doctrinas muy comunes entre los antiguos. No hay cosa que mas estorbe los progresos de los conocimientos humanos que la manía de establecer sistemas y defenderlos; y ha sido gran perjuicio para la República Literaria que se hayan empleado en esta vana ocupacion algunos sublimes genios, nacidos para aumentar y perfeccionar los conocimientos sólidos y útiles. Á este objeto deberían dirigir sus fatigas todos los ciudadanos de esta República sin envidia ni discordia; pero es imposible que esto se verifique, mayormente en la plebe de esta ciudad que se compone de las heces de los ruinos profesores, los cuales proseguirán siempre aborreciéndose y despreciándose mútuamente. Y aunque es comun á los que profesan una facultad el mirar con desprecio á los de distinta profesion, pero la arrogancia de todos jun-

tos no iguala de ningun modo á la de los gramáticos, gente insufrible, que pretende sujetar á su censura todas las artes y ciencias. Tanta es su insolencia, que nuestro Saavedra estuvo por volverse atrás, sin entrar en la República Literaria, por no pasar por las manos de los porteros gramáticos.

(23)

Pág. 63. *Por una calle venia Mecenas.* La inmortal fama que ha conseguido este insigne protector de los buenos ingenios, no la debió al valimiento que tuvo con Augusto, sino á la proteccion que dispensó á Virgilio y á Horacio. Pero esta no se reducia únicamente á darles rentas ó posesiones: ademas de esto se preciaba de ser su mas íntimo y familiar amigo, y con una franqueza filosófica, muy rara en los que ocupan altos puestos, descansaba de las fatigas de su ministerio con el trato de sus amigos. ¡Grande egemplo para los poderosos! Si aspirais á tener fama gloriosa en la posteridad, vosotros, á quienes los empleos ó riquezas os constituyen árbitros de la suerte de los literatos, protegedá los buenos ingenios, amadlos, admitidlos á vuestra amistad. Ellos son los únicos que haciendo obras inmortales á la sombra de vuestro favor, pueden hacer eterna y amable vuestra memoria. ¿Esperais vuestra fama de las torpes adulaciones de esos escritorcillos serviles? Si por vuestra desgracia pudie-

sen sobrevivir sus miserables escritos, ellos serían vuestro mayor oprobio y afrenta. ¿Qué es de aquellos poderosos romanos, que hubieran dejado perecer en la miseria á Horacio y Virgilio, al mismo tiempo que derramarían sus tesoros en el lujo y proteccion de hombres viles? ¿Quién sabe sus nombres? ¿Qué es de sus magníficos palacios, de sus preciosas estátuas, con que creyéron eternizar su memoria? Todo pereció: un eterno olvido cubre todos sus hechos; aunque es de creer tuviesen sus Mevios y Bavios, que en sus miserables versecillos los llamasen Cresos, Alejandros y aun Dioses.

Debe advertirse que es muy poco decoroso y falso el carácter que Saavedra atribuye aquí á Virgilio, cuando le introduce acusando á su amigo Horacio de haber satirizado á Mecenas. Este papel se debiera haber dado á Rutilo ó á algun otro vil adulador y enemigo de Horacio, para guardar la mayor propiedad. Sabemos por el mismo Horacio que reynaba la mayor armonía entre los que concurrían á la casa de Mecenas. "No usamos »aquí (dice en una sátira) (*) de tan torcidos ar»tificios. Nada me perjudica el que alguno de »los concurrentes sea mas rico ó mas docto que »yo; porque en esta casa se procede con la ma»yor sinceridad, y está muy agena de tan malas ar-

(*) *Sát. 9. Lib. I.*

»tes. En ella cada uno ocupa el lugar y grado de »estimacion que le corresponde."

Que Horacio haya satirizado á Mecenas bajo el nombre de Maltino por su modo de ceñirse la toga, no es tan cierto que se pueda afirmar positivamente. Para mí es mas probable que satirizando Horacio en comun aquella ridiculez, en que suponen habia incurrido Mecenas, juzgasen los mal intencionados se dirigia contra este personalmente aquel tiro. Y como quiera que fuese, el defecto satirizado era de tan poca consideracion, que si Mecenas creyó hallarse comprehendido en la comun censura, debió agradecerlo con generosidad filosófica. Así que no puedo aprobar la máxima que de este falso supuesto deduce Saavedra, ni el reirse de Mecenas, *porque gastaba su hacienda en la proteccion de un liberto atrevido*; pues este liberto le recompensó abundantemente la proteccion con hacer eterna y muy amable la memoria de su protector, con los excelentes retratos que nos ha dejado de su virtud y generosidad. *El tener léjos de sí á los satíricos*, como aconseja Saavedra, es máxima muy importante y necesaria para los viciosos; porque deben temer que teniendo los satíricos á la vista unos modelos tan perfectos del vicio, los copien fielmente, y tomen de ellos los mas vivos colores para hacer resaltar su deformidad. Y es tambien muy útil para los mismos satíricos; pues si los poderosos llegan á

reconocerse en estos retratos tan acabados, juzgarán que es sátira personal la que no hace mas que pintar el vicio en comun, y será muy costosa al satírico su destreza. Pero los que estan defendidos contra los tiros de la sátira con aquel muro de bronce, que es

Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa;

estos protejan, amen, tengan cerca de sí á los ingenios que saben manejar la terrible arma de la buena sátira, que cuando no tropieza en los extremos de libelo, ó de vana declamacion, es la mas propia para limpiar la sociedad de ridiculeces y reprimir á los viciosos cuando no alcance á corregirlos. Ningunos son mas dignos, ni necesitan de mas poderosa proteccion, que los que arriesgan hasta la vida por hacer este tan gran beneficio á la humanidad. Sé bien que este modo de pensar agradará á muy pocos; porque la mayor parte de los hombres somos interesados en que se sepultase hasta el nombre de sátira: pues

Ense velut stricto quoties Lucilius ardens
Infremuit, rubet auditor, cui frigida mens est
Criminibus, tacita sudant præcordia culpa.
Inde iræ, & lachrymæ.

(24)

Pág. 64. *Apuleyo en un asno alazan se paseaba por la ciudad.* Cualquiera que coteje el *Asno de oro* de Apuleyo con el *Asno* de Luciano,

hallará sin duda que el uno está tomado del otro. Solo se distingue el de Apuleyo por estar mas adornado de bellos episodios, principalmente el de Psiques, y porque no es tan torpe como el de Luciano.

(25)

Pág. 66. *Algunos se desvelaban en leer piedras y medallas.* No llevarán á bien los matemáticos el ver aquí tratadas casi de locuras sus loables tentativas para hallar la *cuadratura del círculo, y la certeza de la longitud en la navegacion.* Aun con mas razon pueden quejarse los anticuarios, viéndose encerrados en la misma gavia, que los discípulos de Lulio y Tritemio y demás locos literarios. Nadie debe dudar que han resultado muchas utilidades á la historia y á las buenas letras del estudio de las antigüedades: por lo cual no hay razon para despreciar ni para tratar de locos á los doctos que se dedican á tan laboriosas y molestas tareas, á fin de ilustrar las memorias antiguas. Pero suele haber tanta charlatanería y fanatismo en algunos de esta profesion, mayormente en Italia, que Goldoni tuvo por necesario ridiculizarlos en una comedia dirigida únicamente á este objeto. Contra éstos pues se dirige la censura de nuestro autor; pero de ningun modo debe comprehender á tantos varones industriosos, cuyas doctas investigaciones son tan útiles á la República Literaria. En España no hay

necesidad de reprimir con el ridículo ningun exceso en los anticuarios; pero necesitan mucho de este freno los demás locos literarios que despues refiere nuestro autor, en especial los que con solo aprender los títulos de los libros, las varias ediciones que se han hecho de tal obra, y otras circunstancias menudas de bibliografía, pretenden acreditarse de sabios. Cuando estas noticias recaen sobre un buen fundamento de doctrina, sin duda no se deben despreciar; pero un charlatan empeñado en ostentarse docto por las librerías con sola esta mezquina erudicion, es digno de ser retratado por el pincel de algun Boileau ó Moliere.

(26)

Pág. 67. *En una sala vi un gran número de filósofos.* No hay que extrañar que en tan grande multitud de opiniones y sistemas de los antiguos se hallen tantas extravagancias como aquí se insinúan: mayormente versándose sobre puntos en que la razon humana sin ayuda de la revelacion caminaba á ciegas. Mayor admiracion debe causar á cualquiera que reflexione sin preocupacion, el ver que entre tantas tinieblas algunos antiguos distinguiesen la verdad, no solo en estos puntos que insinúa el autor, sino tambien en otros muchos, cuya certeza nos consta por la revelacion. El objeto de Saavedra en esta ficcion graciosa fue ponernos delante un ejemplar admirable de la de-

bilidad de nuestra razon, cuando en estas materias se abandona confiada en sus fuerzas. ¡Con qué destreza hace resaltar el ridículo con el contraste de tan contrarias y extravagantes opiniones! ¡Qué escena tan graciosa sería juntar á Voltaire, Rouseau, Helvecio, Baile y otros impíos, y hacerles pronunciar sus oráculos absurdos, contrarios y ridículos, á imitacion de este pasage de Saavedra!

(27)

Pág. 73. *Entrando por una calle vi á Luciano.* Aquí en breves líneas está expresado graciosamente el carácter de este filósofo, que fue el Voltaire de su tiempo, burlándose sin ningun miramiento de todo género de personas y asuntos, aun los mas sérios y respetables. Se mofó en varios lugares de todas las sectas de los filósofos, de sus opiniones y autores: demostró los absurdos y ridiculeces de los dogmas gentílicos, pero sin dar muestra de tener alguna religion ú opiniones mas razonables; ni á la religion verdadera de Jesucristo perdonó, si es suyo el diálogo intitulado *Philopatris*, que anda entre sus obras. Para significar su inclinacion á burlarse de todo, le introduce aquí nuestro autor mofándose de los naturalistas, cuyas investigaciones son las menos susceptibles del ridículo, como que son las mas serias de toda la filosofía, y de las mas útiles al género humano.

(28)

Pág. 75. *Vi salir de su casa á Arquimedes.* Es muy cierto que son ineptos para el trato y ocupaciones de Corte los grandes genios, porque embebecidos siempre en sus profundas meditaciones se cuidan muy poco de las apariencias exteriores, ni hacen caso del juicio que se hace de su porte y persona. Es esto tan cierto que aún los hipócritas del saber ponen todo su estudio en fingirse perpetuamente distraidos, y en andar desaliñados; pero es facil distinguirlos, así como á los hipócritas de la virtud, atendiendo á sus efectos. El hecho que aquí atribuye Saavedra á Arquímedes, basta para fundar sobre él sus reflexiones: mas sin suponer nada, pudiera haberle introducido corriendo desnudo por las calles, y gritando *lo hallé*, *lo hallé*, cuando en el baño le ocurrió la solucion del problema de la corona de Hieron. Este hecho confirma enteramente las reflexiones de Saavedra, si con ellas quiso dar á entender que semejantes hombres son muy poco aptos para aquellos oficios de Corte, que requieren grande circunspeccion y compostura del exterior, como quiera que lo interior esté dispuesto. Pero en órden á la estimacion que se debe hacer de estos raros genios, conviene advertir que ellos han sido el honor del género humano, los mas útiles á las ciencias, y á aquellos mismos pue-

blos que se burlaban de sus distracciones; de lo cual fue admirable ejemplo el mismo Arquímedes. De nada hubiera servido contra el ardor de Marcelo la ventajosa situacion de Siracusa, ni su numerosa guarnicion, como dice Tito Livio, si no hubiera sido por un hombre que á la sazon se hallaba en ella: éste fue Arquímedes, admirable astrónomo, pero mas admirable inventor de máquinas é ingenios, con que lograba inutilizar á muy poca costa los grandes aparatos de los romanos. Entre otras invenciones de que se valió, es muy famosa la de los espejos ustorios con que abrasó la armada naval de los romanos á una larga distancia; invencion tan admirable, que casi todos los modernos la han tenido por fábula, hasta que el P. Kirker y el Conde de Buffon han demostrado prácticamente su posibilidad. Pero fue muy fatal últimamente á Arquímedes aquella intension con que se enagenaba de los sentidos, cuando se aplicaba á sus investigaciones; pues en el saqueo de Siracusa fue muerto por un soldado sin conocerle, habiéndole hallado distraido en las figuras geométricas que habia formado en el polvo. Su muerte fue muy sensible al General Marcelo, que habia dado órdenes muy estrechas para que nadie le hiciese ningun daño: hizo buscar á los parientes de este incomparable matemático, y por respeto á su memoria les hizo muchos honores. Cuidó tambien de erigirle un honroso se-

pulcro, el cual por mucho tiempo estuvo ignorado de sus paisanos, hasta que Ciceron siendo Cuestor en Sicilia lo descubrió.

(29)

Pág. 76. *Al doblar una esquina topamos á Cipion Africano.* Era fama comun en Roma, que Escipion y Lelio, no menos grandes en sabiduría y doctrina que por sus proezas militares, ayudaban á Terencio en la composicion de sus comedias. Este mismo lo dió á entender así en el prólogo de los *Adelphos*, convirtiendo en alabanza propia lo que sus enemigos le objetaban por oprobio. Nuestro autor parece que se inclina á no dar crédito á esta opinion; pero sin duda fue para introducir oportunamente aquellas discretas reflexiones en que vitupera las malas artes y violencias de algunos poderosos. En los puntos dudosos suele muchas veces Saavedra inclinarse á aquel que ofrece campo para algun documento moral ó político, como se puede observar en muchos lugares, y particularmente en este, y cuando habla del *Asno de oro* de Apuleyo.

(30)

Pág. 78. *Entraba por una calle Demócrito.* Es muy admirable y digna de atencion la propiedad con que Saavedra escoge los personages mas acomodados para el carácter que les quiere atri-

buir. Ningunos mas propios para hacer de severos censores de la República Literaria que Demócrito, de quien dice se reía continuamente de las ridiculeces y extravagancias de los hombres, y Heráclito, que de esto mismo tomaba motivo para su perpetuo llanto. Pone pues el autor en boca del primero un discurso, que por la solidez de las razones, por la belleza del estilo, y por la concision y vehemencia no tiene igual en su género. Aquí pudieran convencerse algunos envidiosos de nuestra nacion de la falsedad con que sin tener noticia de nuestros buenos autores se han arrojado á afirmar que la libertad de pensar está prohibida á los españoles: calumnia inventada por el superficial Voltaire, y repetida por sus despreciables adoradores. Y realmente si la libertad de pensar consistiese en profanar lo mas respetable de la religion, en persuadir las mas horribles paradójas contra los sagrados dogmas, contra la piedad y buenas costumbres; en insultar á las leyes y supremas potestades con injurias é imposturas; si fuese preciso incurrir en alguno de estos abominables excesos, para merecer el renombre de pensadores, nosotros con gusto renunciariamos esta gloria ridícula y perniciosa, convirtiendo en nuestro mayor elogio tales improperios. Pero seguramente no es esta la libertad de pensar que se debe recomendar y permitir en toda República bien ordenada, sino

aquella que sin daño de la religion, de las costumbres ni de las leyes se dirige á la utilidad de los hombres, perfeccionando las artes y ciencias, persuadiendo á la piedad sólida, sin dar en el extremo de supersticion; inventando nuevos medios para disminuir y aliviar las miserias, y destruyendo los errores y preocupaciones que en todas las cosas se han introducido por malicia ó ignorancia de los hombres. Siendo pues esta la verdadera idea que todo buen filósofo debe tener de la libertad de pensar, ¿quién será tan neciamente temerario que crea haber estado jamas prohibida á los españoles? Léanse nuestros buenos escritores; y sin salir de esta obrita reflexiónese con particuladidad este discurso de Demócrito, y se verá claramente que para decir las verdades mas útiles, para censurar la corrupcion de las ciencias y de las costumbres, no es preciso ser insolente, extravagante ni impío. Se propone nuestro autor hacer una severa censura de los vicios y superfluidades que se han introducido por culpa de los hombres en las artes y ciencias, y de los perjuicios que de aquí resultan á las costumbres, religion y felicidad humana. Para este fin ¿qué necesidad hay de empeñarse en persuadir absurdas paradojas, como lo hizo el filosofo de Ginebra, ni de sembrar doctrinas impías y máximas escandalosas, destructivas de las buenas costumbres y de la justa subordinacion á las leyes y

autoridad legítima? No hizo nada de esto Saavedra; ¿y por tanto no merecerá nombre de filósofo? ¡Qué calumnia tan injuriosa para la filosofía pretender que no se puede llegar á ella sino por la impiedad y extravagancia! Pero nosotros huyamos del trato pestífero de tales monstruos, que con el falso título de filósofos pretenden destruir, aniquilar y arrancar de los corazones cuanto hay de sagrado y respetable para los hombres, quitando de este modo á los miserables el último recurso y consuelo en sus aflicciones, y á los poderosos el único freno de sus violentas pasiones. Jamas la verdad, dicen, puede ser perjudicial á los hombres. Yo así lo creo; y esta es para mí una grande prueba de que no se funda en la verdad su doctrina, pues tantos perjuicios causa al género humano.

Volviendo á nuestro asunto, admiremos la solidez de las razones con que nuestro autor va demostrando los defectos de cada una de las artes y ciencias. Hasta aquí se habia entretenido en los arrabales y plebe de la ciudad: ahora ya se dirige á lo mas escogido de ella, á aquellos que son reputados por nobles. No censura ya á los ruines profesores, sino que examina las mismas artes y ciencias, segun el estado en que las poseen los ciudadanos mas principales; mostrando de paso en qué consiste la verdadera sabiduría. Por no aumentar demasiado estas notas, dejo á

la consideracion del lector infinitas reflexiones que se pudieran hacer sobre cada uno de los puntos que en este discurso se tocan.

(31)

Pág. 99. *Siendo estas unos atributos ó partes principales de Dios.* Despues que el autor en persona de Demócrito y de Heráclito ha examinado las artes y ciencias, segun se hallan corrompidas por vicio de sus profesores, expresa aquí lo que debian ser, atendido su objeto, su naturaleza y emanacion de la divina Sabiduría. Esta segunda consideracion era sumamente necesaria para que no se presumiese que el autor pretendia desacreditar el estudio de las ciencias y desterrarlas del mundo, como despues lo ha intentado Juan Jacobo Rouseau; á cuyas ponderadas razones se puede dar una convincente respuesta con esta breve enumeracion que hace Saavedra de lo que son las ciencias consideradas en sí mismas.

(32)

Pág. 100. *Vi salir de su casa á Safo.* Bien notorias son las torpezas y desastrado fin de esta insigne poetisa, á la cual introduce oportunamente nuestro autor para tener motivo de hacer algunas reflexiones sobre la literatura de las mugeres, que aunque muy juiciosas, no sé si agradarán á todos. Mucho se ha escrito en estos últimos tiempos sobre este particular: muchos han

consagrado sus plumas á lisonjear á las mugeres, pretendiendo probar que son iguales, y aún superiores á los hombres en las prendas del alma; de donde infieren que se debe admitirlas á los empleos públicos, á regentar cátedras, al mando de ejércitos, en suma á todo. Si esto no es ridiculizar al bello sexo en tono de elogio, yo no sé cuál es la sátira fina; y creo que en esto convendrán conmigo las mas prudentes. Doy de barato que sean las mugeres iguales á los hombres en los talentos: no niego que muchas han sobresalido en literatura; ¿convendrá por tanto trastornar el órden de la sociedad, fomentando tan locas pretensiones en las mugeres? No juzgo necesario advertir que cuando se trata de los estudios de las mugeres, se habla solo de la clase media, pues en las de la suprema militan otras razones que nos persuaden sería muy útil que á lo menos tuviesen unos buenos principios de las artes y ciencias. Tambien es muy necesaria la instruccion en las de la clase media; ¿pero en qué materias y conocimientos? Precisamente en los que tengan conexion con el puesto que ocupan en la sociedad: en aquellos que pueden contribuir al mejor cumplimiento de sus obligaciones. Causa la mayor compasion ver cuan abandonada está por lo regular la educacion de las mugeres. De este descuido se sigue necesariamente que la mayor parte de ellas se ocupan en futilidades pueriles,

son el juguete de la malicia de los hombres, llenan la infancia de errores y preocupaciones, y abandonan vergonzosamente á manos serviles el alto empleo de dirigir los primeros años, de lo cual se siguen daños irreparables. El conocimiento sólido de la religion las libraria de dar en la supersticion, á que son muy propensas; las haria conocer sus obligaciones, y las inspiraria los sentimientos de verdadera piedad, que muy desde luego deben infundir á la niñez. Sobre esta ciencia, mas vasta de lo que comunmente se piensa, recae bien la lectura de aquellos libros que cultivan el espíritu, enseñan á pensar y á filosofar sobre el corazon humano, ciencia sumamente necesaria á todo racional. Estos son los únicos estudios convenientes á una muger de honor, que no quiera salir de la esfera en que la naturaleza la ha constituido. Pretender distinguirse por otros conocimientos científicos, aunque lo consiguieran, es una vanidad pueril muy agena de su condicion y estado; no de otro modo que si un Obispo se preciase de grandes talentos militares, ó un General de ejército de entender á fondo la teología mística. ¿Qué es una muger muy preciada de doctora (dice un filósofo), que va á establecer en su casa un tribunal de literatura, sino el azote de su marido, de sus hijos, de sus criados y de todos cuantos la tratan? Elevada en el alto trono de sus pretendidos talentos, se desdeña de todos los

oficios y obligaciones mugeriles. Desde luego consigue hacerse ridícula; es censurada por los mismos que en su presencia la adulan; y con mucha razon, porque no puede menos de excitar la indignacion y desprecio de todos el que se sale de su esfera por mezclarse en asuntos agenos de su estado. Estas mugeres famosas por sus ponderados talentos solo pueden alhucinar á los bobos: por lo regular se trasluce quién es el amigo literato que dirige su pluma, y las dicta en secreto sus oráculos. Semejante charlatanería es muy indigna de una matrona honesta: aún cuando tuviese verdadero mérito, su ridícula pretension lo envilecería. La mayor dignidad de una muger es ser ignorada del público; su gloria consiste en la estima de su marido; sus placeres deben ser la felicidad de su familia.

Sin embargo nunca faltarán torpes aduladores que fomenten esta necia vanidad en las mugeres. ¡Qué espectáculo tan admirable, dicen algunos, ver á Corlla Olímpica coronada en el capitolio por su talento poético! Yo no sé qué juicio hará la posteridad de este hecho tan extraño; pero estoy firmemente persuadido que el espectáculo mas honorífico para el bello sexo es ver á una matrona rodeada de su familia, distribuyendo y dirigiendo sus tareas, procurando la felicidad de su marido y casa, y dando á sus hijos y criados documentos y ejemplos prácticos de virtud. Entonces

es cuando una muger de honor aparece en su mayor dignidad, é inspira á todo el mundo amor y respeto.

(33)

Pág. 101. *La misma pena daban á un gran número de ultramontanos por amancebados con la lengua griega.* Es evidente que aquí censura Saavedra el abuso que algunos hereges y novadores ultramontanos han hecho de la lengua griega para impugnar la religion. Es así que no hay cosa, por mas loable y útil que sea, que no venga á ser perjudicial cuando abusan de ella hombres perversos. Por lo demas se necesita mucha ignorancia y preocupacion para despreciar el estudio de esta lengua la mas bella, rica y magestuosa de todas, depósito de todo lo bueno y bello de la antigüedad, en cuyos elogios me detendria con gusto, si no temiese parecer prolijo. Ni basta, como algunos han pensado neciamente, informarse de la antigüedad por las traducciones; pues estas por la mayor parte son poco fieles, y todas las latinas pecan, ó por muy literales, ó por muy parafrásticas. Ademas no se pueden trasladar á otra lengua, y en especial á la latina, la incomparable belleza y armonía de la griega; y así los que carecen de su conocimiento no pueden tener idea de la perfecta poesía, ni de la sólida elocuencia de los griegos. Por otra parte casi todos los traductores ó por defecto de las lenguas á que tra-

ducen, ó por su poca habilidad, usan frecuentemente de un modo tan equívoco de expresar el sentido del original, que es preciso se conciban ideas muy distintas y contrarias del pensamiento del autor. Esto se vé manifiestamente en algunas traducciones castellanas de escritores clásicos griegos, las cuales cotejadas con el texto, muestran claramente que se hicieron de la traduccion latina; lo cual se conoce por las frecuentes equivocaciones, pensamientos trastornados, y á veces totalmente contrarios por las omisiones de cosas sustanciales, ó adiciones importunas, y otros mil defectos que los inteligentes advierten al punto son procedidos de falta de conocimiento del original.

De esta ignorancia de la lengua griega se sigue regularmente el despreciar cuanto hay escrito en ella, fundándose en la autoridad de algunos charlatanes que acostumbran despreciar todo lo que ignoran. No lo han hecho así los mayores hombres que en estos últimos siglos han ilustrado las artes y ciencias; antes bien han dado repetidos testimonios de la estimacion que hacian de los antiguos, y del mucho provecho que sacaron de los pocos fragmentos que nos han quedado de la antigüedad. Pero á los que sin conocimiento de ésta, y solo en fé de algunos escritores despreciables, se arrojan á decir mil despropósitos contra los antiguos, de quienes apé-

mas saben los nombres, se les debia aplicar la pena del tormento, que dice Saavedra, como á perjuros.

(34)

Pág. 103. *Prisian ú Julio César Escaligero con una mordaza en la boca, y esposas en las manos.* Se puede haber observado en todo el discurso de esta obra la justa indignacion del autor contra los gramáticos, á los cuales nota de arrogantes, vanos, insolentes y calumniadores. En efecto no hay en la República Literaria gente mas soberbia que ellos, siendo los que menos motivo tienen para engreirse; pues todos sus conocimientos se reducen á lo material de las palabras, sin ser capaces de pensar cosa útil para los hombres. Además siempre han sido y serán los mayores impedimentos para la perfeccion de las artes, con sus reglillas pueriles y críticas mordaces. Aunque no hubiera mas ejemplar que Escaligero, él solo bastaria para justificar estas censuras de Saavedra; pero casi todos, y aun los mas insignes, le han igualado, si no le han excedido, en la arrogancia é insolencia. Fué Julio César Escaligero un mediano gramático: entendia bien el latin y lo escribia con aquella pureza y propiedad que son posibles en una lengua muerta: supo tambien el griego, y aunque egercitó la medicina, fue sólo para tener con que subsistir. Con este caudal se creyó suficientemente provisto para

ser venerado por oráculo de toda literatura. La obra que mas le acreditó fue su Poética; en ella hallará mucho que aprender un gramático, pero es enteramente inútil y aun perjudicial á un poeta. Flaquea por los cimientos, pues carece de todo buen gusto: toda está llena de reglillas y observaciones menudas. No se vé allí ningun precepto para la grande y perfecta poesía; ningun auxilio para un genio, que necesite ser instruido y juntamente inflamado; nada que eleve el espíritu, encienda el entusiasmo, y dé nueva extension á las ideas del poeta. Este es el juicio que hace M. Dacier de esta poética. Además de su inutilidad, principalmente habiéndose escrito posteriormente tantas obras excelentes en esta materia, se empeña el buen Escalígero en los dos últimos libros que intituló *Crítico é Hypercrítico* en censurar y corregir á casi todos los poetas griegos y latinos, mostrando en sus desatinados juicios un gusto tan depravado y tan grosera ignorancia, que con razon se hizo la risa y escarnio de todos los literatos, y aún de su mismo hijo. Á esto pues alude la querella que finge Saavedra de los poetas contra este capataz de aquellos gramáticos *berceros y fruteros, que de unas tiendas á otras con verbosidad y arrogancia se deshonraban unos á otros, motejando tambien á los que pasaban sin perdonar á ninguno.* Por lo tocante á su arrogancia é insolencia, aunque fueron excesivas, le dis-

putan la preferencia su hijo José Escaligero, Gaspar Sciopio (digno enemigo de tal padre y tal hijo), y otros muchos gramáticos célebres que se llaman lumbreras de la literatura, abismos de erudicion y antorchas de los ingenios. No hay armas tan prohibidas por la religion y urbanidad de que no se valgan en sus logomaquias. Quiso Erasmo ridiculizar en sn *Ciceroniano* la manía de los que en su tiempo se decian imitadores de Ciceron. Dióse por ofendido Escaligero, que debia de estar comprehendido en la censura; y en su respuesta no contento con llamarle necio, ignorante, estúpido y bestia, pasa á las costumbres, y le calumnia de vano, mentiroso, beodo, torpe, impío, sacrílego y lleno de todos los vicios y maldades. Sería necesario formar una historia no poco voluminosa, si se hubiesen de referir las escenas ridículas y escandalosas que han dado y dan contínuamente los gramáticos.

(35)

Pág. 107. *Un tropel de pueblo entró lamentándose de que madamas las ciencias faltaban de su palacio.* En todo el discurso de esta obrita merecen particular atencion la propiedad y belleza de las ficciones del autor, cuyo fecundo ingenio supo adornar con primores tan originales unos asuntos tan estériles á primera vista. Este singular mérito, en que muy pocos suelen parar

la consideracion, se podrá estimar mas bien cotejando esta obra, cuya materia parece incapaz de todo adorno poético, con otras muchas secas y fastidiosas en materias abundantísimas que ofrecen ancho campo á la fantasía é ingenio. La ficcion de la fuga de las ciencias, que podemos llamar el desenlace de esta fábula, muestra la prodigiosa fecundidad del ingenio de Saavedra, que despues de tantas y tan bellas invenciones quiso dejar saboreado al lector con este gracioso remate. Bajo esta alegoría nos hace palpable el estado en que á la sazon estaban las artes y ciencias; y con nueva gracia recopila la doctrina esparcida por toda la obra. Fingiendo que las ciencias se habian huido de su palacio, y que solo habian dejado algunos rastros y reliquias de lo que fueron, muestra el estado miserable de toda literatura en España por aquellos tiempos. ¿Qué otra cosa quedaba entonces de la verdadera retórica, sino *un baquerillo de primavera*, esto es, la corteza exterior de la elocuencia, los adornos vanos y fútiles de una pomposa verbosidad? ¿Qué restaba de la perfecta poesía, sino *un rocallo de cintas*, sirviendo únicamente para el vano deleite de unos gustos enteramente depravados? Lo mismo decimos de las demas artes y ciencias, cuya decadencia de ningun modo se podia significar con mas propiedad y concision, y que diciendo, se habian hui-

do. ¡Cuántos desvelos y fatigas no ha costado y cuesta el volverlas á su palacio! Pero en fin las ciencias útiles y sólidas ya se cultivan entre nosotros con el mas feliz suceso, desterrada en gran parte la barbarie de los tiempos anteriores: las nobles artes tienen excelentes profesores que las ejercitan con el gusto mas delicado: efectos todos de la proteccion y providencias de nuestro augusto Soberano, y de su sábio Gobierno. En otro tiempo era muy cierto, como dice Saavedra, que la filosofía *estaba envuelta en sofisterías y calumnias de palabras, confusa en los mismos términos que habia inventado, tan divertida en ellos, que no levantaba los ojos ni la consideracion á penetrar los ocultos secretos de la naturaleza, como hacia en sus principios*; pero al presente se la vá restituyendo á su primitivo instituto, haciéndola servir no á interminables y vanas disputas de sofistas arrogantes, sino á la utilidad de los hombres. Las ciencias exactas, que tan olvidadas estaban en tiempo del autor, se cultivan ahora con bastante ardor; y persuadidos ya casi todos de la necesidad é importancia de estos estudios, facilitados con tantos y tan habiles profesores públicos, y obras tan excelentes, es de creer vayan cada dia mas en aumento. En suma, porque no es mi ánimo hacer aquí una apología, el buen gusto en todos los ramos de literatura se va haciendo general; y po-

demos prometernos que en virtud de los muchos y magníficos establecimientos que se van erigiendo por la beneficencia y paternal cuidado de nuestro actual Monarca, cobrarán cada dia nuevo vigor las artes y ciencias útiles. Esta sin duda era la reforma que Saavedra deseaba establecer en la República Literaria, con demostrar los vicios y ridiculeces de su constitucion en aquel tiempo, con presentar á la vista los mas excelentes héroes y modelos de todos los siglos, y con hacer presente el orígen é instituto de cada una de las ciencias. No pudo ver ningun efecto de sus buenos deseos, por la calamidad de aquellos tiempos; mas puesto que nosotros los hemos logrado tan felices, en que ya se va introduciendo la reforma general, debemos contribuir cada cual por su parte á que se verifiquen las sabias intenciones de un Gobierno tan ilustrado, y propicio á las letras y á sus cultivadores.

FIN DE LAS NOTAS.

INDICE

DE LO MAS NOTABLE QUE CONTIENE LA REPÚBLICA LITERARIA.

A

Abejas; pág. 97.
Académicos. Filósofos, 45.
Acragas, 8.
Adivinaciones. Libros que tratan de ellas, 23.
Adivinos, 55.
Aduana de libros, 21, 26.
Aërománticos, 55.
Aforismos, 66.
Africanos que dominaron á España, 29.
Agataro, 7.
Agelades, 9.
Aglafon, 11.
Agripeos, 44.
Aguja de marear. Su invencion, 20.
Alberto Magno, 91.
Alcalá. Su Universidad, 36.
Alcamenes, 9.
Alces, 76.
Alciones, 98.

Aldobrando (Ulises), 78.
Alejandro Magno: quien le retrataba, 9.
Ales (Alejandro de), 70.
Alma. Opiniones de su naturaleza, 68. Falsedad de su transmigracion, 75.
Alonso el Sabio (el Rey Don), 58.
Alquimia. Libros que tratan de ella, 23.
Alquimistas, 53.
Alvarez (Manuel), 33.
Ambrosiana Librería, 42.
Amfion, 82.
Ammiano Marcelino, 62.
Anacardina, 2.
Anades, 98.
Anagramas, 66.
Anaxarcas, 46.
Anguilara (Juan Andrés), 31.
Anibal, 86.
Animales, maestros de la vida, 97.
Ansares. Sus cañones ó plumas, 3.
Antonelo de Medícina, 11.
Antipatro, 8.
Apeles, 10, 14.
Apiano Alejandrino, 62.
Apio, gramático, 81.
Apolo, 5.
Apolodoro, 11.
Apuleyo, 64.
Aquiles, 86.

Aquilon, 26.
Araña, 97.
Ardices, 11.
Argensola (Bartolomé Leonardo de), 32, 57.
Ariadne, constelacion, 58.
Arimfeos, 44.
Ariosto (Luis), 28, 57.
Arístides, 12.
Aristipo, en que constituyó la felicidad, 87.
Aristocracia, 97.
Aristóteles, 69: reprehendido, 60: en que constituyó la felicidad, 87.
Aritmética, 99: su orígen, 88.
Arjena (Juan de), 31.
Arquímedes, 75, 89.
Arquitas, 89.
Arquitectos célebres, 7.
Arquitectura, sus órdenes, 4: cómo se representa, 7: es igual á la pintura y escultura, 15.
Artemidoro, 8, 51.
Arte, 16. 17.
Artes, cómo se perfeccionan, 11.
Artemisa, Reyna, 8.
Artes liberales, 15.
Artes mecánicas, 6.
Asinio Polion, 38.
Asirios, inventores de las letras, 20.
Asno, su muerte, 73.

Astros, 79, 91.
Astrología, inutilidad de sus libros, 23: su falsedad, 90.
Astrólogos, 61.
Astronomía, su incertidumbre, 89: inutilidad de sus libros, 23: su invencion, 97: alabanza, 99.
Athalo, Rey, 8.
Ateistas, 71.
Atlante, 44.
Augures, 56.
Audiencia de jueces, 102.
Austro, 27.
Ausonio (D. Magno), libre en la poesía, 31.
Azogue, 53.

B

Baco, 18.
Bachilleres. Este grado, 36.
Barahona (Luis de), 31.
Barbas, 77.
Barberos, 77.
Barreno. Su invencion.
Basto (Marqués del), 41.
Beda, 106.
Belona, su estatua, 10.
Beritense, universidad, 35.
Beto, 8.
Bodino (Juan), 39.

Boecio, 84.
Bolonia, su universidad, 36.
Bonarota (Miguél Angel), 7, 150.
Bootes, constelacion, 58.
Bordadores, 9.
Boscan (Juan), 31.
Boticarios, 61.
Bracmanes, 44.
Brocardicos, 68.
Bruto (Marco), 83.
Buda, 54.
Budeo (Guillermo), 38.
Burilistas célebres, 8.

C

Cabalistas, 44.
Cadmo, inventor de 16 letras, 21.
Caldeos, inventores de las letras, 20: Filósofos, 44.
Caliso, en qué constituyó la felicidad, 87.
Caliope, 5.
Camoes (Luis de), gran lírico y épico, 30, 57.
Cañones de ansares y cisnes, 3.
Caractéres y sus inventores, 20.
Cardano (Gerónimo), 51.
Caretes, 8.
Carneades, 45.
Carondas, 92.
Carta, ciudad, 42.

Cartagena, poeta español, 29.
Cassio (Cayo), 83.
Caton (Marco Porcio), 83.
Catulo (Cayo Valerio), 57.
Cesar (Julio), 40, 62, 86.
Censores de libros, 21: de la República, 62.
Centáuros, 79.
Céntonistas, 62.
Cépticos filósofos, 46, 48.
Cetina, poeta español, 31.
Ceusís, su competencia con Parrasio, 11.
Chancillerías, 101.
Ciceron (Marco Tulio), 83, 38: reprehendido, 66.
Ciencias humanas, su vanidad, 78: su fuga, 106.
Cigüeña, 97.
Cínicos filósofos, 48.
Cinocéfalo, 98.
Ciopio (Gaspar), 34.
Cipion (Publio y Gneyo), 76, 86.
Círculo, su cuadratura, 65.
Ciro, Rey, 86.
Cirujía, su invencion, 97.
Cirujanos, 77.
Cisne, sus cañones ó plumas, 3: su último canto, 73.
Claudio Cesar, inventor de cuatro letras, 21: estimador de Tácito, 38.
Claudiano (Claudio), 104, 107.

Clerománticos, 55.
Clio, 5.
Clistel, 97.
Clitomaco, 45.
Cobre, 53.
Codorniz, 97.
Coimbra, su universidad, 36.
Color, blanco y negro, quién empezó á pintar con ellos, 11.
Coloso de Rodas, 8.
Comines (Felipe de), 41.
Confirmacion, parte de la oracion, y su oficio, 103.
Conocimiento propio, 74.
Corintio metal, 15.
Costana, poeta español, 29.
Credulidad, 101.
Críticos, 60, 77, 103.
Cricias, 9.
Cricías Ateista, 71.

D

Dafne, su estátua, 10.
Dante Aligero, 28.
Darío, 86.
Dédalo ateniense, 6.
Dedicacion de libros y su abuso, 81.
Delfines, 98.
Delfos, su templo, 8.

Demócrito, 78.
Demóstenes, 83.
Descorteses, 76.
Diágoras, 71.
Dialéctica, 15.
Dibujadores primeros, 11.
Dido, 84.
Diocleciano, restaurador de la universidad de Berito, 35.
Dinomaco, en que constituyó la felicidad, 87.
Dogmáticos, filósofos, 47.
Doctores, sus grados, 36.
Diodóro, filósofo, en que constituyó la felicidad, 87.
Diodóro de Sicilia, 63.
Diógenes Cinico, 49, 74.
Dion Casio, 62.
Dioscórides, 61.
Dórico, órden, 4.
Doctores, este grado, 36.
Driades, 79.
Druidas, 44.

E

Eaco, 102.
Economía, 97.
Edificar, quién lo inventó, 97.
Eléboro, 2.

Elefante, 75, 97.
Encina (Juan de la), 30.
Endimion, 44.
Eneida de Virgilio, 101.
Enigmas, 66.
Enio (Quinto), 104.
Epaminondas, 86.
Epicúreos, sus vicios, 87.
Epícúro, en que constituyó la felicidad, 87.
Epílogo, su oficio, 103.
Erasmo, Desiderio, 70.
Erato, 5.
Ercilla (Don Alonso), su Araucana, 31.
Esbirros, 103.
Escalígero (Julio Cesar), 103, 106.
Escoto (Juan Duns), 70.
Escuelas, su símbolo, 36.
Escultores célebres, 9.
Escultura, como se representa, 7: si debe preferirse á la pintura, 14.
Escurial, su librería, 42.
Esfinges, 79.
Españoles descubridores del Nuevo Mundo, 17, 19.
Esparciano (Elio), 39.
Espartanos, no admitian la Retórica, 82.
Espindaro, 8.
Estacio (Publio Papinio), 104: su traduccion española, 31.
Estado, sus consejeros, 69.

Estaño, 53.
Estío, 26.
Estóicos, filósofos despreciadores de la gloria, 16: arrogantes, 87: su modo de filosofar, 48.
Estrabon, 63.
Estratónico, 8.
Estilo, por qué se dijo así, 42.
Estudiosos, 59, 96, 107.
Eumenes, Rey de Atalia, 43.
Eurípides, 57.
Euro, 26.
Euterpe, 5.
Exordio, su oficio, 103.

F

Fama, cómo se perpetúa, 17.
Farnesio (Vesalio), 68.
Faro, su torre, 8.
Fastos de Ovidio, 101.
Fatiga, 16.
Favonio, 26.
Febo, 18.
Felicidad, en qué la constituyeron los filósofos, 87.
Felipe IV, inclinado á la poesía, su retrato, 13.
Fenices inventores de las letras, 20.
Fídias, 10.
Filodes, 11.
Filosofía, libros que tratan de ella, 24.

Filosofía moral, 98, 99, 107.
Filosofía natural, 86, 99.
Filósofos, 61: sus vicios, 86: caprichosos, 68.
Filósofos morales y naturales, 73.
Flamencos, 9.
Focas, 79.
Foro de Trajano, 8.
Fracastorio (Gerónimo), 106.
Futuros contingentes, su preciencia, 56.

G

Galeno (Claudio), 68.
Gelio (Aulo) reprehendido, 60.
Genocrates, 46.
Genofonte, 37, 69, 86.
Geománticos, 55.
Geometría, 88, 99.
Gerges, 86.
Gesnero (Conrado), 73.
Gigas, 11.
Gimonosofistas, 44.
Gloria, 16.
Godos enemigos de libros, 22, 69.
Golondrina, 97.
Góngora (Don Luis de), sus alabanzas, 32. Fue satírico, 58.
Gordiana Librería, 42.
Gobierno no se ha de fiar de ingenios especulativos, 70.

Gracos (Cayo y Tiberio).
Gramática, 33.
Gramáticos, su vanidad, 82. Porteros, 21, 103
á que se aplican en esta República, 60.
Grecia, sus sábios, 44.
Griega lengua, 102.
Griegos, 85.
Grifo, 101.
Grullas, 97.
Guarino (Juan Bautista), 58.
Guichardino (Francisco), 41.

H

Hamadriadas, 79.
Harpías, 79.
Harúspices, 56.
Habas, prohibidas por Pitágoras, 76.
Hector, 86.
Heliacos filósofos, 48
Heliopolitanos filósofos, 44.
Heráclito, 96.
Hércules, 86: constelacion, 58.
Hermes, 54.
Herodoto, 37.
Herostrato, 84.
Herrera (Hernando de), 27: su juicio de los poetas toscanos y españoles, 28.
Hialiso, 12.
Hiarco, 54.

Hidrománticos, 55.
Hierro, 53.
Hipógrifos, 79.
Hipopotamo, 97.
Historia, 84, 99. Libros de ella, 24.
Historiadores, 60, 84. Griegos y latinos, 36.
Homero, 57.
Horacio Flaco (Quinto), 63, 105.
Hormigas, 97.
Hosterías, 101.
Humanidad, libros que tratan de ella, 23.
Hurtos literarios, 62.

I

Idolatría, 79.
Imán, su uso para la navegacion, 20.
Imprenta, su invencion, 18, 20: su falta, 77.
Impresiones póstumas, 33.
Impresores, 100.
Impiedad de Polibio, 39.
Ingenios, su estimacion, 26: su variedad, 27: satíricos, 63: especulativos, 69, 70, 75.
Ingolstat, su universidad, 36.
Invencion, los griegos se la arrogaron, 84, 85.
Invierno, 26.
Isopo, 98.

J

Jovio (Paulo), 41.
Jueces, 76: de la República Literaria, 101.
Juicios, cuán pocos hay buenos, 27.
Julio Cesar (Cayo), 40.
Júpiter, 18.
Jurisprudencia reprehendida, 92: sus muchos libros, 22: su alabanza, 99: cuan poca se sabe, 107.
Juristas, 61: reprehendidos, 97.
Justiniano, enemigo de la multitud de libros de jurisprudencia, 22: réstaurador de la universidad de Berito, 35.
Juvenal (Decio Junio), 58, 105.

L

Laberintos, 66.
Lacedemonios, 62.
Laso de la Vega (Garci) Príncipe de la poesía lírica, 30: sus sonetos, y sus églogas, ibid.
Latina, lengua, 35.
Latinos, 85.
Lebrija (Antonio de), 33.
Lelio, 76.
Leonardo de Argensola (Bartolomé), 32, 57.
Leones, 75.
Letrados, 62.
Letras, sus inventores, 21.

Librerías célebres, 41, 42.
Libros, su multitud, 1: neciamente escritos, 22: buenos, 22: antiguos, 42. Etimología de este nombre, 42.
Licenciados. Este grado, 36.
Licinio Emperador (Cayo), 69.
Licurgo, 92.
Líneas, quién las inventó en la pintura, 11.
Lipsio (Justo), 38.
Lis (Flor de), 101.
Lisipo, 10, 14.
Lisandro, 86.
Livia, 86.
Livio (Tito), 39, 62.
Locos (Casa de los), 64.
Lógica, 15.
Lógicos, 61.
Longitud, su certeza, 65.
Lucano (M. Anneo), 57, 105.
Luciano, 73.
Lulio (Raimundo), 65.
Luna, 53, 64.

M

Maccio (Sebastian), 37.
Magiriscia, 8.
Magos, 44.
Malthino, 63.
Mantuano (Bautista), sus églogas, 30.

March (Ausias), 29.
Marcial (Marco Valerio), 58; 105.
Mariana (Juan de), 41.
Marino (Juan Bautista), 28.
Marte, 53.
Mausoleo, 8.
Maximiano Emperador, restaurador de la universidad de Berito, 35.
Mecenas, 63.
Medallas, su estudio, 66.
Medicina, libros que tratan de ella, 24: su incertidumbre, 95: su alabanza, 99.
Médicos reprehendidos, 61, 93.
Mela (Pomponio), 63.
Melpomene, 5.
Memoria, 2, 3.
Mena (Juan de), 29.
Mendoza (Don Diego de), 51, 41.
Mentor, 8.
Mercurio, inventor de los caractéres, 26.
Metal corintio, 15.
Metamorfóseos, 101.
Milano, 97.
Minos, 92, 102.
Monarquía, 97.
Mugeres, cuál debe ser su aplicacion, 100.
Musas, 4.
Música, 15.

N

Napeas, 79.
Narracion, su oficio, 103.
Navarrete (Juan Fernandez de), 13.
Náutica, quién la inventó, 97.
Nereidas, 79.
Nereo, 20.
Nestocles, 9.
Nigromancia, inutilidad de sus libros, 23.
Nigrománticos, 55.
Nilo, 89.
Nobles, 66.
Noche, cómo se representa, 17.
Numa Pompilio, 92.

O

Océano, 19.
Octaviana Librería, 42.
Oficios mecánicos, 6.
Oleo en las pinturas, quién le inventó, 11.
Olvido, 17.
Oradores, 82.
Orcades, 79.
Ordenes de arquitectura, 4.
Orestes, sus locuras, 8.
Orfeo, 82.
Orígenes, 91.
Oro, 3, 53.

Osiris, 92.
Osos, 76.
Otoño, 26,
Ovidio Nason (Publio), reprehendido, 60. Su oracion por los poetas, 103.

P

Palacio de la República Literaria, 107.
Palamedes, inventor de cuatro letras, 20.
Palatina librería, 42.
Panes, 79.
Papel, su invencion, 3: su etimología, 42.
Papiro árbol, 42.
Parnaso, 57.
Parrasio, su competencia con Ceusis, 11.
Patavina librería, 42.
Patérculo (Cayo Veleyo), 62, 86.
Pegaso, 57, 79.
Perfiles, cómo se observaron, 11.
Pergaminos, por qué se llaman así, 42.
Periandro, en qué constituyó la felicidad, 87.
Peripatéticos, sus vicios, 87: por qué se dijeron así, 48.
Perlas, 50.
Perros, 76.
Persio (Aulo), 58, 105.
Perspectivos, 61.
Petrarca (Francisco), 28, 30, 57.

Pincél, quién le inventó, 11.
Pintores célebres, 10.
Píndaro, 57.
Pintura, cómo se representa, 7: sus alabanzas, y su invencion, 11: si se prefiere á la escultura, 14.
Pirgoteles, 10.
Pirománticos, 55.
Pirron filósofo, 46.
Pirro Rey, 86.
Pirro pintor, 11.
Pitágoras, en qué constituyó la felicidad, 87: su metemsicosis, 75.
Pitagóricos, 48.
Pitias, 8.
Plantino (Cristobal), 101.
Planetas, cómo los llaman los alquimistas, 53.
Plata, su invencion, 3: cómo la llaman los alquimistas, 53.
Platon, 45, 47, 69: reprehendido, 60: en qué constituyó la felicidad, 87.
Platónicos, arrogantes, 87.
Plauto (Marco Accio), 58, 104.
Plebe, 60.
Plaza, 101.
Plinio (Cayo) el Mayor, reprehendido, 60: su facilidad en creer, 73: el Menor, 39.
Plomo, 53.

Plutarco, 37, 62.
Pluton, 20.
Poesia, 83, 99, 107: tiene muchos libros inútiles, 23.
Poetas, 61, 76, 96: Españoles, 29: Italianos, 28: heróicos, líricos, cómicos, trágicos, bucólicos y satíricos, 58: ladrones, 62: tropa de poetas, 103.
Polidoro Virgilio, 15.
Polignoto, 11.
Polimnia, 5.
Polion (Asinio), 38.
Política de hoy, 9, 25, 84: libros que tratan de ella, 24: quién la enseñó, 97.
Polibio, 37, 39.
Pólvora, 38.
Pomona, 18.
Pompeyo (Gneyo), 86.
Pontano (Jacobo), 106.
Porteros de la casa de los locos, 65: de la sala, 102.
Primavera, 26.
Príncipes, cómo suelen obrar, 9, 10, 75, 76: cuáles son felices, 25: sus cabezas, 68.
Prometéo, 44.
Pronósticos, 56.
Propercio (Sexto Aurelio), 104.
Proposicion, parte de la oracion y su oficio, 103.
Protéo, 45.

Protógenes, 12.
Providencia divina, 19.

Q

Quadratura del círculo, 63.
Quirománticos, 56.

R

Radamanto, 102.
Razon de estado, libros que tratan de ella, 24.
Religion peregrina, 18.
Repertorios, 66.
Relox natural, 98.
Remos, su invencion, 97.
República Literaria, 2.
Reyes, no deben divertirse en especular las ciencias con demasía, 58.
Retórica, 81, 99, 107.
Retóricos, 61.
Risa descompuesta, 78.

S

Saavedra, sus Empresas Políticas, 26; sus estudios, 101.
Sabio, quién es, 108.

Sabios de Grecia, 44.
Saducéos filósofos, 44.
Safo, 100.
Salamanca, su universidad, 36.
Salamandra, 101.
Salustio (Cayo Crispo), 38: reprehendido, 60.
Samaneos, filósofos, 44.
Sanázaro (Jacobo), 58, 106.
Sanchez (García), 29.
Sanchez Brocense (Francisco), 34.
Sangría, su invencion, 97.
Santillana (Don Iñigo Lopez de Zúñiga, marqués de), 29.
Satíricas poesías, su destino, 23.
Satíricos, 79.
Saturno, 53.
Sciopio (Gaspar), 34.
Secretario, 63.
Senadores, 62.
Séneca (Lucio Aneo), 38: reprehendido, 60: (Marco), 102.
Sentencias fuera de su lugar, 66.
Seyano, 86.
Sibilas, 54.
Sicománticos, 55.
Sidonio (Cayo Sollio), 39.
Sierra, su inventor, 6.
Silenos, 79.

Silio Itálico (Cayo), 104.
Silvanos, 79.
Simónides, inventor de cuatro letras, 21.
Sócrates, 45: en qué constituyó la felicidad, 87.
Sol, 100.
Solon, 45, 92.
Solsticio, 98.
Sortilegios, inutilidad de sus libros, 23.
Sostrato, 8.
Steganografia, 65.
Sueco, 76.
Sueño, 51.
Suetonio Tranquilo (Cayo), 39, 63.
Sugila, 8.
Supersticion de Lívio, 39.

T

Tácito (Cayo Cornelio), 86,
Tajo, 19.
Talmudistas, 44.
Tapiceros, 9.
Taso (Torquato), 28, 57.
Teger, quien lo inventó, 97.
Telefano, 11.
Temporales, 98.
Terencio (Publio), 58, 76, 104.
Thales, 45.

Thalia, 5.
Temístocles, 86.
Teócrito, 58.
Teodoro ateista, 71.
Teodosio, Emperador levantó la universidad de Bolonia, 36.
Teofrastro, en que constituyó la felicidad, 87.
Tersicore, 5.
Teseo, 86.
Tucídides, 37.
Tiberio (Claudio), 86.
Tíbulo (Albio), 104.
Tiempos del año, 86.
Timon, su invencion, 97.
Tinta, su invencion, 16, 18.
Títulos griegos en libros latinos ó vulgares, 23.
Tolomeo Filadelfo, su librería, 42, 43.
Torre del Faro, 8.
Trajano, su Foro, 8.
Tranquilo (Cayo Suetonio), 39.
Trípode, 45.
Tritemio (Juan), 65.
Tritones, 79.
Troyanos, bordadores y matizadores, 9.
Turanio, 101.
Turdetanos filosofos, 44.

U

Ulpia librería, 42.
Universidades mas celebradas, 35.
Urania, 5.
Urbino (Rafael de), 10.

V

Vándalos 69.
Varron (Marco Terencio) compañero y guia de Saavedra, 2, & seq.: su erudicion, 2.
Vaticana librería, 42.
Vega Carpio (Lope de), 33, 58.
Velas, su invencion, 97.
Velazquez (Diego), 13.
Veleyo Patérculo (Cayo).
Venus, 53.
Vesta, 18.
Vida, su brevedad, 8.
Viena, su universidad, 36.
Vigilancia, 16.
Virtud, madre de la gloria donde habita, 16.
Virgilio (Polidoro), 15.
Virgilio Maron (Publio), sus Eglogas, 30. Poeta heróico, 57: reprehendido, 60, 63.
Virio, 98.

Vopisco (Flavio), 39.
Vulcano, 20, 45.

Z

Zodiaco, 26.
Zopiro, 8.
Zoroastes, 54.
Zurita (Gerónimo), 41.

FIN.

CATALOGO

de varias obras que se venden en Madrid en la librería de Sojo, calle de las Carretas, y sus precios.

Historia eclesiástica, desde el establecimiento de la Iglesia hasta los tiempos presentes: escrita en francés por el abad de Berault-Bercastel, canónigo de Noyon, traducida al castellano y adornada con una estampa fina: 25 tomos en cuarto, á 450 rs. en rústica y 550 en pasta.

Historia del antiguo y nuevo Testamento y de los Judíos: escrita en francés por el P. D. Agustin Calmet, benedictino; y traducida al castellano para que sirva de introduccion y complemento á la historia eclesiástica del abad de Berault-Bercastel. Con estas dos obras se completa una excelente historia general de la religion desde el principio del mundo hasta nuestros dias: 5 tomos en cuarto, á 90 reales en rústica y 110 en pasta.

Historia general de la Iglesia cristiana, desde su nacimiento hasta el último estado de triunfante en el cielo, sacada principalmente del Apocalipsi de san Juan: escrita en inglés por el señor Pastorini: traducida al francés por el padre Wilson, monge benedictino de la congregacion de san Mauro, y al castellano por el P. Hipólito

Lereu, de las escuelas Pias: 3 tomos en octavo prolongado, con una estampa alusiva á esta revelacion divina, á 48 reales en rústica y 54 en pasta.

Catecismo para el uso de las iglesias de Francia, aprobado, propuesto y recomendado á los Obispos, por el señor Cardenal Caprara, Legado de la santa Sede en París. En éste catecismo se halla distribuida toda la doctrina de la Iglesia con un órden admirable: un tomo en octavo prolongado, con una estampa fina, á 14 reales en rústica y 16 en pasta.

Obras predicables del Ilustrísimo señor Don Fr. Miguel de Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza: 12 tomos en cuarto, los 5 de doctrinas y sermones morales, 2 de panegíricos, 2 de pláticas y egercicios espirituales para el clero, uno para religiosas, otro de sermones dogmáticos para conversion de los incrédulos, y otro de cartas familiares, con algunos otros opúsculos en prosa y verso: á 20 reales cada tomo en pergamino y 22 en pasta.

Sermones panegíricos de varios misterios, festividades y Santos, por el P. Fr. Pantaleon García, del órden de San Francisco, doctor teólogo, y catedrático de la universidad de Córdoba del Tucumán, &c.: 6 tomos en cuarto, á 120 reales en pergamino y 132 en pasta.

El Evangelio en triunfo, ó historia de un filósofo desengañado: 4 tomos en cuarto, á 159 reales en pasta con estampas finas, y á 100 sin ellas.

Armonía de la razon y la religion, ó respues-

tas filosóficas á los argumentos de los incrédulos: obra escrita en portugués por el P. D. Teodoro de Almeyda, y traducida en castellano por el P. D. Francisco Vazquez, Clérigo reglar de san Cayetano, lector de teología: 2 tomos en octavo prolongado, con una estampa fina. Con estos dos tomos, escritos en defensa de nuestra santa religion, concluye el celebre P. Almeyda su *Recreacion filosófica*: á 32 reales en rústica, y 36 en pasta.

Los apologistas involuntarios, ó la religion cristiana probada y defendida por los escritos de los filósofos, en que se refutan victoriosamente los argumentos mas comunes de los impíos; y á continuacion se pone una apología de la religion cristiana contra las blasfemias y calumnias de sus enemigos, que se publicó en Francia en tiempo de la revolucion el año de 1795: ambas obras traducidas por Don Josef de la Canal, presbítero: un tomo en octavo prolongado, con una estampa fina, á 17 reales en rústica y 20 en pasta.

Conspiracion de los sofistas de la impiedad contra la Religion y el Estado, ó memorias para la historia del jacobinismo y de los fracmasones: obra escrita en francés por el señor abate Barruel, y traducida al castellano de la última edicion corregida y aumentada por el autor: 4 tomos en cuarto, á 72 reales en rústica y 88 en pasta.

Historia de la persecucion del clero de Francia en tiempo de la revolucion: escrita en francés por el señor abate Barruel, y traducida al castellano: un tomo en cuarto, á 18 reales en rústica y 22 en pasta.

Deberes del cristiano hácia la potestad pública, ó principios para dirigir á los hombres de bien en su modo de pensar y su conducta en medio de las revoluciones que agitan los imperios: obra publicada en Francia en tiempo de la revolucion, y traducida al castellano: un tomo en octavo, á 8 reales en rústica y 10 en pasta.

Manual del cristiano para asistir al santo sacrificio de la Misa. Contiene el ordinario de ésta, las que son propias de todas las dominicas de adviento, cuaresma y festividades de nuestro señor Jesucristo y su santísima Madre, con las de algunos otros Santos, una oracion para cada dia, y otras para confesar y comulgar: sacadas de la misma misa, y de la santa Escritura. Dispuesto y traducido por Don José de la Canal, presbítero: un tomo en octavo, á 8 reales en rústica y 10 en pasta.

Compendio de la historia natural del conde de Buffon, clasificado segun el sistema de Lineo por Renato Ricardo Castel; traducido é ilustrado por Don Pedro Estala, presbítero: obra completa en 22 tomos en dozavo mayor, con el retrato de Buffon, y 90 estampas mas: á 264 reales en rústica y 330 en pasta con estampas sin iluminar, y á 352 en rústica y 418 en pasta con estampas iluminadas.

Viage del joven Anacarsis á la Grecia, á mediados del siglo IV antes de la era vulgar: compuesto en francés por Juan Jacobo Bartelemi, y traducido al castellano por la última edicion francesa, publicada con la vida del autor, escrita

por el mismo, corregida y aumentada la obra considerablemente: 7 tomos en octavo prolongado, de buena impresion y buen papel, con el mapa de la Grecia y retrato del autor, grabado todo con esmero: á 120 reales en rústica y 140 en pasta. Sería inútil recomendar una obra tan excelente y acreditada en todas las naciones sabias de Europa.

Las leyes ilustradas por las ciencias físicas, ó tratado de medicina legal y de higiene pública: escrito en francés por el ciudadano Francisco Manuel Foderé, médico del hospital de Caridad de Marsella, y traducido al castellano: obra necesaria á los médicos y cirujanos, á los jueces, abogados &c., y utilísima á toda clase de personas: 8 tomos en octavo, á 80 reales en rústica y 96 en pasta.

Influjo de las pasiones del alma en las enfermedades, y de los medios propios para corregir sus malos efectos: obra escrita en francés por Mr. Tissot, y traducida al castellano por Don Francisco Bonafon, profesor de medicina: un tomo en octavo, á 12 reales en pasta y 10 en rústica.

Ensayo sobre la naturaleza y curacion de la tisis pulmonal: escrito en inglés por Tomas Reid, traducida al francés por los señores Dumas y Petit-Darson, y al castellano por Don Juan Vicente Carrasco, médico de los reales hospitales General y Pasion de Madrid, con un discurso de Cárlos Dumas sobre las enfermedades crónicas en general, y sobre la tisis en particular: un tomo en octavo, á 12 rs. en rústica y 14 en pasta.

Tratado completo de los síntomas, efectos, naturaleza, y verdadero método de curacion de las enfermedades venéreas. Por F. Swediaur: traducido de la última edicion francesa con notas y adiciones por Don Bartolomé Colomar, profesor de Medicina, é individuo de varias academias: 2 tomos en cuarto, á 56 reales en pasta y 44 en rústica.

Exposicion de los diversos métodos de curar el mal venéreo, y sus diferentes modificaciones segun la edad, el temperamento y las enfermedades que le acompañan: obra en que se expresa con especialidad las reglas del método curativo que actualmente se ha adoptado en el hospital de enfermedades venéreas de París: escrita por Mr. Lagneau, médico de la escuela de aquella capital, &c., traducida al castellano por D. Juan Vicente Carrasco, médico de los Reales hospitales General y Pasion de Madrid: un tomo en octavo, á 8 reales en rústica y 10 en pasta.

Introduccion al estudio de la naturaleza y de la medicina: obra escrita en aleman por Mr. Selle, médico del hospital de Caridad, miembro de la academia de ciencias de Berlin, &c. y traducido del francés por Don Francisco Bonafon, profesor de medicina: un tomo en octavo, á 14 reales en rústica y 16 en pasta.

Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte: obra escrita en francés por Javier Bichat, y traducida al castellano por Don Tomas García Suelto, profesor de medicina: 2 tomos en octavo, á 24 reales en rústica y 28 en pasta.

Tratado de Hipócrates de los ayres, aguas y lu-

gares: por el Dr. Coray, médico de las escuelas de Mompeller, y traducido al castellano por D. Francisco Bonafon, profesor de medicina: un tomo en octavo, á 10 reales en rústica y 12 en pasta.

Tratado médico filosófico de la enagenacion del alma ó mania: escrito en francés por Felipe Pinel, catedrático de la escuela de medicina de París, y miembro de muchas academias: traducido por el Dr. D. Luis Guarnerio y Allavena, médico del Real sitio de san Ildefonso: un tomo en octavo prolongado.

El hombre feliz independiente del mundo y de la fortuna, ó arte de vivir contento en todos los trabajos de la vida: obra escrita en portugués por el P. D. Teodoro de Almeyda: nueva traduccion, mejorada en el estilo y en los versos por el Padre D. Francisco Vazquez, clérigo reglar de san Cayetano, Lector de teología: 4 tomos en octavo, adornada con 25 estampas, é ilustrada con notas del autor, y un discurso del traductor sobre las bellezas de este poema: á 48 reales en rústica y 56 en pasta.

Aventuras de Gil Blas de Santillana: obra traducida del francés por el célebre P. Isla: nueva edicion en 5 tomos en octavo, aumentada con la continuacion de la historia del héroe hasta su muerte, y adornada con estampas finas: á 60 reales en rústica y 70 en pasta.

Obras jososas y divertidas en prosa y verso de F. Francisco Quevedo Villegas, en 6 tomitos en dozavo con el retrato del autor y viñetas finas: á 60 reales en rústica y 72 en pasta.

Teatro crítico universal, ó discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes, nueve tomos en cuarto; y *cartas eruditas y curiosas*, en que por la mayor parte se continúa el designio del *Teatro crítico universal*, cinco tomos en cuarto: escritas ambas obras por el muy ilustre señor Don Fray Benito Gerónimo Feijóo y Montenegro, maestro general del órden de San Benito, del Consejo de S. M. &c. Nueva y hermosa edicion, corregida y aumentada con varios discursos inéditos y con el retrato del autor. Se venden los catorce tomos en pasta en 336 rs. y 280 á la rústica; y se vendérán sueltos los cinco tomos de cartas en 120 reales en pasta y 100 á la rústica.

Indice general del Año cristiano del P. Juan Croiset, de la Compañía de Jesus, para el uso mas fácil de esta obra, y mayor utilidad de las personas que buscan en ella los puntos de la moral cristiana, y particularmente para los predicadores y confesores que han de ejercer su ministerio. Compuesto por el P. Fr. Manuel de Espinosa, del órden de San Francisco, predicador del Rey, &c. Se ponen á continuacion las dedicatorias y prólogos del célebre P. Isla, que se hallan en las primeras ediciones de los tomos de enero, febrero, marzo, abril y mayo; de cuyas piezas interesantes y curiosas, carecen todas las impresiones posteriores, y se reimprimen ahora en obsequio del público. Este indice está dispuesto de modo que sirve para todas las ediciones que se han hecho y pueden hacerse de esta importante obra, y con él queda entera-

mente completa: un tomo en cuarto con el retrato del mismo P. Isla, copiado de un original que poseía su hermana Doña María Francisca de Isla: á 16 reales en rústica y 20 en pasta.

Conservacion de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el supremo Consejo de Castilla hizo al señor Rey Felipe III, dirigida al mayor bien de estos reynos, dedicada al Presidente del mismo supremo Consejo, por el licenciado D. Pedro Fernandez Navarrete, con una carta instructiva y curiosa de Lelio Peregrino á Estanislao Borbio, privado del Rey de Polonia: un tomo en cuarto, á 18 reales en rústica y 22 en pasta.

Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar: por D. Antonio Capmani y Mompalau, individuo de número de la Real Academia, y de las buenas letras de Sevilla y Barcelona: un tomo en cuarto, á 16 reales en rústica y 20 en pasta.

Tratado de economía política, ó simple exposicion del modo con que se forman, distribuyen y consumen las riquezas: por Juan Bautista Say: refundido por el mismo, y aumentado con un *Epítome* que comprehende los principios fundamentales de esta ciencia, y una tabla analítica de materias: traducida del frances por D. Manuel María Gutierrez, catedrático de economía y comercio en el Real Consulado de Málaga: 3 tomos en octavo prolongado. Su precio sin el epítome 52 rs. en rústica y 60 en pasta. El Epítome se vende tambien suelto á 6 reales en rústica.

Cartilla de economía política, ó instruccion fa-

miliar, que manifiesta cómo se producen, distribuyen y consumen las riquezas: obra fundada en hechos, y útil á toda clase de personas: escrita en frances por Juan Bautista Say, y traducida al castellano, en octavo prolongado: á 10 reales en rústica y 12 en pasta.

De la Inglaterra y de los ingleses, por Juan Bautista Say: obra traducida del frances al castellano: un tomo en octavo prolongado, 6 rs. Estas tres obras de Say se venden tambien juntas en 4 tomos, en 80 reales en pasta y 68 en rústica.

Discurso inaugural y sucinta exposicion de los principios de economía política, demostrados por Juan Bautista Say, que en la instalacion de las dos cátedras de economía y comercio dijo en el consulado de Málaga el dia 27 de marzo de 1818 su profesor D. Manuel María Gutierrez; un cuaderno en cuarto, 8 reales.

Principios de economía política, considerados por las relaciones que tienen con la voluntad humana; y *Principios lógicos* ó recopilacion de los hechos relativos al entendimiento humano. Por Mr. Destutt, Conde de Tracy, Par de Francia, miembro del Instituto nacional y de la sociedad filosófica de Filadelfia: traducido por D. Manuel María Gutierrez, catedrático de economía pública y de comercio en Málaga: 2 tomos en octavo mayor, á 32 reales en rústica y 38 en pasta.

Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, recogidas y ordenadas por D. Manuel Josef de Quintana: 3 tomos en octavo mayor, á 54 reales en rústica y 64 en pasta.

Gonzalo de Córdoba, ó la conquista de Granada: obra escrita por el caballero Florian, y traducida por D. Juan Lopez Peñalver: 3 tomos en octavo, á 34 reales en pasta.

Historia familiar de unos ilustres ingleses, con estampas: 4 tomos en octavo, á 40 reales en pasta.

Alejo ó *la casita en el bosque*, novela divertida: 4 tomos en dozavo con estampas, á 40 reales en pasta.

La Muger felíz dependiente del mundo y de la fortuna: su autor el filósofo Incógnito, 3 tomos en octavo, á 30 reales en pasta.

Memorias históricas y críticas acerca de los mas célebres ingleses que actualmente viven. Contiene esta obra muchas noticias relativas al estado que tienen en aquel reyno la literatura, la política, las ciencias y las artes: traducida al castellano: 2 tomos en octavo, á 24 reales en pasta.

Diálogos de Federico II, Rey de Prusia, con el doctor Zinimerman, médico y compañero de S. M. Británica, traducidos al castellano: un tomo en octavo, á 8 reales en rústica y 10 en pasta.

Cartilla elemental de agricultura, acomodada á nuestro suelo y clima por D. Antonio Sandalio de Arias y Costa, director del jardin botánico: un tomo en octavo, á 12 reales en pasta.

La Huérfanita inglesa ó historia de Carlota Summers: obra agradable y ejemplar, escrita en frances por Mr. de la Place, y traducida al castellano: 4 tomos en octavo, con estampas, á 40 rs. en pasta.

El Decameron español, ó coleccion de varios

hechos históricos, raros y divertidos, por D. Vícente Rodriguez de Arellano: 3 tomos en octavo, á 30 reales en pasta.

Historia de la conquista de México, poblacion y progresos de la América setentrional, conocida por el nombre de *Nueva España*: escrita por D. Antonio de Solís, Secretario de S. M. y su cronista mayor de las Indias: 5 tomos en doazvo, en papel fino, de buena letra y con estampas, á 90 rs. en pasta.

Elementos de fortificacion, en que se explican los principios y método de delinear las obras de fortificacion regular é irregular, los sistemas de los mas célebres ingenieros, &c.: obra que escribió en frances Mr. Le Blond, maestro de matemáticas del señor Delfin, y demas Príncipes de Francia: un tomo en octavo mayor, á 28 reales en pasta.

Hamlet, tragedia de Guillermo Shxespeare, traducida é ilustrada con la vida del autor, y notas críticas, por D. Leandro Moratin (ó Inarco Celeneo P. A.), y adornada con una estampa fina: un tomo en cuarto de papel superior, á 24 reales en pasta.

Las comedias publicadas hasta el dia por D. Leandro Moratin (ó Inarco Celeneo, P. A.): todas en octavo regular de papel fino, y de buena letra, corregidas con todo esmero por el autor.

La nueva Clarisa, historia verdadera: publicada en frances por madama Beaumont, y traducida al castellano: 3 tomos en octavo, á 34 reales en pasta,

Cartas Pastoriles, escritas en ingles por Ale-

jandro Pope, y traducidas del frances por D. Gerónimo Valenzuela, Capitan del regimiento provincial de Jaen: en dozavo, con una estampa, á 6 reales en pasta.

Ensayo histórico crítico sobre la antigua legislacion y principales cuerpos legales de los reynos de Leon y Castilla, especialmente sobre el código de D. Alonso el Sábio, conocido con el nombre de *las Siete Partidas*: por el Doctor Don Francisco Martinez Marina, canónigo de la Real iglesia de san Isidro, académico de número y Director de la Real Academia de la Historia: un tomo en cuarto mayor: 40 reales en rústica, y 48 en pasta.

Diccionario geográfico histórico de España, por la Real Academia de la Historia, 2 tomos en cuarto mayor, que comprenden el reyno de Navarra, Señorío de Vizcaya y provincias de Alava y Guipúzcoa, á 78 reales en rústica, y 90 en pasta.

Las siete Partidas del Rey D. Alonso el Sábio, cotejadas con varios códices antiguos, por la Real Academia de la Historia: 3 tomos en cuarto mayor, á 132 reales en rústica y 150 en pasta.

Memorias de la Real Academia de la Historia: 5 tomos en cuarto mayor, á 234 reales en rústica y 284 en pasta.

Tratado elemental de aritmética y álgebra para el uso de la escuela de matemáticas del ilustre consulado de Bilbao: por su catedrático D. Alberto Lista: 2 tomos en cuarto, á 8 reales cada uno en rústica. Seguirán á estos dos tratados los de geometría elemental, aplicacion del álgebra á la geometría, y trigonometría plana.

Curso de agricultura práctica, conforme á los últimos adelantamientos hechos en esta ciencia, y á las mejoras prácticas agrarias de las naciones de Europa: por D. Agustin de Quinto: 2 tomos en cuarto con seis estampas de los instrumentos rurales, á 48 reales en rústica y 56 en pasta.

El Baron de Robinski, ó la moral del labrador: por D. Agustin de Quinto: un tomo en cuarto, á 20 reales en rústica y 24 en pasta.

Sistema marítimo y político de los europeos en el siglo XVIII, fundado en sus tratados de paz, comercio y navegacion: obra escrita en frances por el ciudadano Arnould, gefe de la oficina de comercio y de la balanza, traducido al castellano: un tomo en cuarto á 16 reales en rústica y 20 en pasta.

Recopilacion de los derechos de aduanas y sisas que pagan los artículos extrangeros que se introducen y extraen en la Gran Bretaña, &c. Escrita en ingles por Eduardo Mascall, y traducida al castellano: un tomo en cuarto, á 20 reales en rústica y 24 en pasta.

Demostraccion histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrian en Castilla durante el reynado del señor D. Enrique IV, y de su correspondencia con las del señor D. Cárlos IV, con un apéndice de instrumentos que justifican el valor de las mismas: noticia de los precios de los granos, carnes, pescados, jornales de los labradores y artistas en aquel tiempo, y su equivalencia á las monedas actuales, y algunos otros documentos útiles y curiosos: su autor el P. Fr. Liciniano Saez, monge benedictino y aca-

démico de número de la Real Academia de la Historia: un tomo en cuarto mayor, á 44 reales en rústica y 50 en pasta.

Elogio de Antonio de Lebrija, leido en junta pública en la Real Academia de la Historia por su académico de número D. Juan Bautista Muñoz el dia 11 de julio de 1796: un cuaderno en octavo mayor, á 4 reales en rústica.

Cartas de Gonzalo Ayora, cronista de los Reyes Católicos, primer capitan de la guardia Real, primer coronel de Infantería española, é introductor de la táctica de las tropas de á pie de estos reynos. Escribíalas al Rey D. Fernando en el año de 1503 desde el Rosellon, sobre el estado de la guerra con los franceses: un tomo en cuarto, á 7 reales en rústica.

Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia, en 10 de junio de 1783, sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna, relativa al lugar de las sepulturas: un tomo en octavo mayor, á 10 reales en rústica y 13 en pasta.

Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las mas antiguas medallas y monumentos de España, por D. Luís Josef de Velazquez, caballero del órden de Santiago, de la Academia de la Historia: escrito, revisto y publicado de órden de la misma Academia: un tomo en cuarto mayor, á 18 reales en rústica y 28 en pasta.

Educacion de los niños: obra escrita en ingles por Mr. Loke, y traducida al castellano: 2 tomos en octavo, á 24 reales en pasta.

El viagero universal, ó noticia del mundo an-

tiguo y nuevo, obra recopilada de los mejores viageros: por D. Pedro Estala, presbítero: 43 tomos en octavo prolongado: 645 reales en pasta sin estampas, y 1648 con ellas iluminadas.

Compendio de la historia de España, sacado de la historia universal de Anguetil: 2 tomos en octavo, 30 reales en pasta.

Diccionario geográfico universal, que comprehende la descripcion de las cuatro partes del mundo: 6 tomos en cuarto, 150 reales en pasta.

El gran Diccionario histórico, escrito en frances por Luis Morori, y traducido al castellano por Don Josef de Miravil, 10 tomos en folio mayor, en pasta 900 reales.

Diccionario de medicina y cirugía, ó Biblioteca manual médico-quirúrgica, por D. Antonio Ballano: 7 tomos en cuarto, 172 reales en rústica y 200 en pasta.

Juicio crítico sobre la marina militar de España, dispuesto en forma de cartas: 9 cuadernos, 60 reales en rústica.

Conversaciones de un padre con sus hijos sobre la historia natural: obra elemental, traducida del frances: 4 tomos en octavo mayor, 72 reales en pasta.

Compendio de los juzgados militares, para el uso de los Corregidores y Alcaldes de los pueblos de España, por el Coronel D. Felix Colon de Larriátegui, Capitan del regimiento de Reales Guardias de Infantería española: 2 tomos en cuarto, 48 reales en pasta.

Gramática francesa, por D. Juan Mayrán, maestro de la Real Academia de Caballeros cade-

tes del regimiento de Guardias españolas: segunda edicion, corregida y aumentada por el autor: un tomo en cuarto, 12 reales en rústica.

Práctica criminal, por principios, ó modo y forma de instruir los procesos criminales de las causas de oficio de justicia: compuesta por el Licenciado Don Juan Alvarez Posadilla: un tomo que contiene el tratado de delitos y sus penas, segun la legislacion de España, 20 reales en rústica.

Práctica de Rentas Reales por principios, ó instrucciones de la jurisprudencia práctica de Rentas, por el Licenciado Don Juan Alvarez Posadilla: un tomo en cuarto, 26 reales en pasta.

Cuaresma sagrada de la Pasion de Cristo, sacada de la que escribió el Evangelista San Juan, repartida en los 46 dias que tiene la cuaresma, con una meditacion para cada dia. Compuesta por el P. M. Fr. Zacarías Sanchez, del órden de San Bernardo: dos tomos en cuarto, 34 reales en rústica y 42 en pasta.

Summa Theologica de Santo Tomas: siete tomos en cuarto mayor, impresion de Madrid: 200 reales en pasta y 165 en pergamino.

Obras y Cartas de Santa Teresa de Jesus: 6 tomos en cuarto mayor 180 reales en pasta, y 150 en pergamino.

Itinerario descriptivo de las provincias de España, y de sus islas y posesiones en el Mediterraneo; con una sucinta idea de su situacion geográfica, poblacion, historia civil y natural, agricultura, comercio, industria, hombres célebres, carácter y costumbres de sus habitantes,

y otras noticias que amenizan su lectura. Traduccion libre del que publicó en francés Mr. Alejandro Laborde en 1809. Acompaña un Atlas de 29 mapas: dos tomos en cuarto mayor, 74 reales en rústica.

Diccionario Ricciano y Antirriciano, publicado por Severino Desserti, y traducido de la lengua italiana por el Marques de Méritos: 2 tomos en cuarto, 30 reales en rústica y 36 en pasta.

Arte de Canto-llano y Organo, ó prontuario músico. Por D. Gerónimo Romero de Avila, Racionero y Maestro de melodía de la santa Iglesia de Toledo: un tomo en cuarto, 26 reales en pasta.

Arte ó compendio general de Canto-llano, figurado y órgano. Por D. Francisco Marcos y Navas, salmista por S. M. en su Real Iglesia de S. Isidro de Madrid: un tomo en cuarto, 30 reales en pasta.

Tratado de los venenos, sacados de los reynos mineral, vegetal y animal, ó toxicologia general, consideradas todas las relaciones que tiene con la fisiologia, la patologia y la medicina legal. Por el Dr. D. Mateo Orfila, Médico de S. M. Cristianisma, miembro del Instituto de Francia, Catedrático de Química, de Fisica y de Medicina legal en París, &c. &c. Traducido al castellano por el Dr. D. Mariano de Larra, Profesor de Medicina, miembro de la Sociedad Médica de Burdeos, Académico de la de Medicina práctica de Paris, &c. &c.: 4 tomos en cuarto. El primero, que se ha publicado ya, se vende á 22 reales en pasta y 18 en rústica, y se irán dando los demas con la posible brevedad.

Doctrinas prácticas que sólia explicar en sus misiones el V. P. Pedro de Calatayud, de la Compañía de Jesus: 8 tomos en cuarto, con el retrato del autor, 146 reales en pergamino y 176 en pasta.

Lecturas útiles y entretenidas, por D. Atanasio Céspedes y Monroy: once tomos en octavo con estampas, 132 reales en pasta.

Apuntes sobre el bien y el mal de España, por D. M. A. de la Gándara: un tomo en octavo, 16 reales en rústica.

Tratado elemental de matemáticas, por Don Josef Mariano Vallejo: 5 tomos en cuarto, á 30 reales cada uno en rústica y 36 en pasta.

Compendio de Matemáticas puras y mixtas, por D. José Mariano Vallejo: 2 tomos en octavo mayor, 40 reales en pasta.

Poemas cristianos, en que se exponen con sencillez las verdades mas importantes de la religion, por el autor del Evangelio en triunfo: un tomo en cuarto, 24 rs. en pasta.

Salterio español, ó version parafrástica de los salmos de David, de los cánticos de Moysés, de otros cánticos, y algunas oraciones de la Iglesia, en verso castellano. Por el autor del Evangelio en triunfo: un tomo en cuarto, 25 reales en pasta.

Elementos anatómicos de osteológia y miológia, para el uso de los pintores y escultores, por J. H. Labater: traducidos al castellano: un tomo en cuarto, 24 rs. en pasta.

Principios de lengua francesa para uso de los españoles, por el Dr. D. Luis Monfort, pres-

bitero: un tomo en octavo 12 rs. en rústica.

Sermones escogidos, pláticas espirituales privadas, y dos pastorales, por el Excmo. Sr. Don Alonso Nuñez de Aro y Peralta, Arzobispo de Méjico: 3 tomo en cuarto con el retrato del autor, 50 rs. en pasta.

Breve exposicion de la Doctrina de Adam Smith, comparada con la de los economistas franceses, y método para facilitar el estudio de su obra intitulada *Riqueza de la naciones*, traducida del francés: un tomito en octavo prolongado, 4 rs. en rústica.

Observaciones sobre la octava edicion de la ortografia castellana, por la Real Academia española, y sobre algunas frases del prólogo de su gramática de la cuarta edicion, por D. Valentin de Foronda: en octavo, 4 reales en rústica.

Coleccion de historias interesantes y divertidas: 8 tomos en octavo, 112 reales en pasta.

Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada: 6 tomos en folio, 215 reales en pergamino y 245 en pasta. Las mismas obras en 19 tomos en octavo mayor, impresion de Sancha, 236 reales en pasta.

Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas, 11 tomos en octavo mayor, impresion de Sancha, 220 reales en pasta.

Sermones del Illmo. Sr. D. Juan Bautista Massillon, Obispo de Clermont, traducidos del frances por el P. Pedro Diaz de Guereñu, Clérigo Reglar de San Cayetano: 11 tomos, 176 reales en pasta y 154 en pergamino.

Año Panegírico, ó Sermones escogidos Pane-

giricos, repartidos por los meses del año: sacados de los autores mas clásicos por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, Clérigo Reglar de S. Cayetano: 6 tomos en cuarto.

Biblia, traducida en español por el P. Scio: 19 tomos en octavo mayor, impresion de D. Benito Cano, 650 reales en pasta regular, y 700 en pasta fina. Es la mejor edicion y mas correcta que se ha publicado.

El Telémaco, traducido al castellano, con el texto frances: 4 tomos en octavo, 40 reales en pasta.

Abrégé de L' Histoire de la Gréce, traduit de L' Anglais du Docteur Goldsmith, par M. Bruiset: un vol. en 12, 18 reales.

Abrégé de L' Histoire Romaine, despuis la fondation de Rome jusqu' à la chute de l' empire Romain en Occident, traduit de L' Anglais du Docteur Goldsmith, par M. Bruiset, un vol. en 12: 18 reales.

Año Cristiano, ó Ejercicios devotos para todos los dias del año, domingos, dias de cuaresma y fiestas movibles: escrito en frances por el P. Juan Croiset, de la Compañía de Jesus, y traducido al castellano por el P. Josef Francisco de Isla, de la misma Compañía, 19 tomos con el Indice general alfabético de toda la obra, y el retrato del traductor, copiado de un original que poseía su hermana Doña María Francisca de Isla, y grabado con todo esmero por un profesor de acreditada habilidad: 380 reales en pasta.

TABLA

DE LO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

NOTICIA de la vida y escritos de Don Diego Saavedra. . . . . Pág. III.
PRÓLOGO de Don Gregorio Mayans, puesto en la reimpresion de la *República literaria*, hecha en Madrid el año de 1735. XVIII.
DISCURSO de Don Gregorio Mayans en elogio de Don Diego Saavedra. . . . . XXXI.
REPÚBLICA LITERARIA de Don Diego Saavedra. . . . . I.
LOCURAS DE EUROPA: Diálogo entre Mercurio y Luciano. . . . . 109.
NOTAS á la República literaria. . . . . 171.
ÍNDICE de lo mas notable que contiene la *República literaria*. . . . . 223.
CATÁLOGO de varias obras que se venden en Madrid en la librería de Sojo, calle de las Carretas.. . . . . 249.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
44.	4.	nunca encomendaban á la pluma su ciencia.	á la memoria, no á la pluma, encomendaban su ciencia.
52.	4.	habiendo dado.	hablendole dado.
63.	5.	miembsos.	miembros.
88.	26.	podria.	podía.
98.	2.	señaló.	señala.
122.	20.	le diviertan.	le divierten.
130.	17.	pueda.	puede.
131.	4.	dominacion.	diminucion.
Ibid.	13.	consideran.	consideren.
132.	8.	Dunquer.	Dunquerque.
143.	10.	nunca mas.	nunca son mas.
153.	9.	falsas.	falsos.
168.	11.	á los franceses á Italia.	los franceses á Italia.
Ibid.	12.	la retendrán.	las retendrán.
214.	21.	Colla.	Corila.

RETURN TO **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 **HOME USE**	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.

Books may be Renewed by calling 642-3405

DUE AS STAMPED BELOW

ALLOWANCE DEC 21 '93		

FORM NO. DD6

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
BERKELEY, CA 94720

TC 45132

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C046105742

471040

Saandra

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY